

A close-up portrait of a woman with long, dark, wavy hair and light-colored eyes. She is looking directly at the camera with a neutral expression. The background is softly blurred, showing some white flowers on the left side. The text is overlaid on the image in a light blue, sans-serif font.

SECRETOS DEL CORAZÓN

NORAH JONES

Secretos del corazón

© 2017. Secretos del corazón, saga: corazones prohibidos

© Norah Jones

© safe creative: 1704211862158

Escrito por: Norah Jones

Imagen de portada: pexels.com

Maquetación y corrección por Norah Jones

Impresión: Indepent publisheng

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, sin el permiso de la autora.

Secretos del corazón
saga: corazones prohibidos

by:
Norah Jones

Índice de contenido

Dedicatoria

1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11.....	
12.....	
13.....	
14.....	
15.....	
16.....	
17.....	
18.....	
19.....	
20.....	
21.....	
22.....	
23.....	
24.....	
Palabras de la autora.....	

Dedicatoria

A todas esas personas maravillosas que me han dado su apoyo y sus consejos. Os lo agradezco.
Y gracias a los lectores, disfrutad de esta historia.

1

La mañana avanzaba demasiado deprisa para Heather Hamilton, pues la joven no tenía el menor interés en volver a su casa. Prefería estar como en ese momento: tranquila. Dueña de sus actos, de sus decisiones y sin tener que estar luchando consigo misma, para no oír las discusiones diarias de sus padres. Ciertamente, que tenía el apoyo de Grace, pero últimamente estaba distante, y cada vez que le preguntaba el motivo, respondía con evasivas sin sentido.

—¿Sabes una cosa, Regina? —preguntó tras un largo silencio, únicamente roto por el sonido de los caballos que a esa hora llenaban Hyde Park.

—Vas a aceptar. ¿A qué sí? —preguntó Regina Harper, una buena amiga de Heather casada hacía dos años y que, desde hacía seis meses, ella misma se consideraba viuda, pues su esposo tomó un y nada más se supo.

—Pues sí, voy a aceptar —sentenció con una leve sonrisa de satisfacción—. No seré la única soltera, Grace puede acompañarme y tú también irás ¿verdad?

—Claro que iré, no me perdería una tarde, y menos un fin de semana, en un lugar como ese ni loca —sentenció con una carcajada de orgullo—. Además, estoy segura de que lo pasarás muy bien, como tú misma has dicho, no serás la única soltera, y si tus padres intentan fastidiar, ya me encargaré yo. Confía en mí.

—Confío en tí, por eso voy —dijo sonriente.

Ambas amigas continuaron un rato más cabalgando por el parque londinense. A ninguna se le pasaba que muchas miradas quedaban clavadas en ellas, miradas, algunas, que lamentaban la situación de lady Harper, ignorando que ella estaba viviendo los mejores meses desde que se vio obligada a comprometerse con lord Harper, un vividor y juerguista cuyos ojos nunca estuvieron puestos en su esposa.

Heather conocía muy bien lo pasado por su amiga, ambas fueron confidentes una de la otra desde el día que fueron presentadas en sociedad, teniendo una 16 años y la otra, 18.

Aquella noche, todos los ojos fueron puestos en Heather Hamilton. Su belleza quedó en un segundo plano, pues lo más llamativo de ella fue su ternura, su silencio y su simpatía. El comportamiento de su madre dejó mucho que desear, de hecho, interrumpió dos bailes y la joven acabó llorando a escondidas, pero nadie lo tuvo en cuenta, no tardaron en llegar las primeras invitaciones a bailes y eventos sociales, así como las primeras notas de interés por parte de las primeras amistades, entre ellas: Regina.

Lady Harper, vio en Heather la oportunidad perfecta de tener una amistad con quien hablar, con quien ser ella misma y, sabía, eso también le convendría a la joven, sobre todo, después de conocer a la madre, quien a todo lo que se refería a su hija, decía lo mismo: no.

Heather recibió una educación esmerada, digna de una princesa. Sabía tocar el piano, cantar, bailar, hablar francés y español, dibujar, coser, montar a caballo, escribir y, pese a la negativa de su madre, también le fue enseñado algo de cocina, pues la institutriz no lo vio con malos ojos y la cocinera,

no podía negarse a una petición tan inocente si llegaba de parte de alguien como ella.

Pero todo eso estaba destinado para algo tan sencillo como el matrimonio, aunque aún no había aparecido el hombre adecuado.

Por suerte.

Heather Hamilton únicamente deseaba vivir, disfrutar un poco, pero con tantas negativas le resultaba muy difícil. Sin embargo, los consejos de su amiga y de Grace, la institutriz, que se quedó por motivos desconocidos, hicieron de ella una chica mucho más valiente, que, si bien respetaba a sus padres, tomaba sus propias decisiones, como lo era acudir a pasar el fin de semana en la mansión de los Jefferson, quienes lo celebrarían en su casa de campo, en Silverley. Un lugar desconocido por ella, quien quedó ensimismada observando una mariposa posarse con delicadeza en las crines de su caballo blanco.

—Tierra llamando a Heather —dijo Regina con una amplia sonrisa— ¿Has oído lo que te he dicho?

—Perdona, estaba observando la mariposa —respondió mientras seguía con la mirada el vuelo del pequeño insecto cuales colores parecían imposibles—. ¿Qué decías?

—Decía que si quieres venir a mi casa, puedes decir en la tuya que te vienes para hacerme compañía, de seguro que no te lo niegan, y con tu institutriz para vigilarte... —dijo con segundas intenciones pero sin maldad alguna.

—Me parece una idea fantástica. ¿Puedo serte sincera? —preguntó Heather con seriedad.

—Claro, ¿qué pasa? —preguntó Regina intrigada, pues si su amiga se ponía así, significaba que el tema a tratar o era muy delicado o era un asunto muy privado.

—¿Recuerdas cuando al desaparecer Nicholas fuiste a mi casa? —preguntó con el caballo detenido cerca de la entrada de Hyde Park.

—Sí, lo recuerdo. Tu madre me dio un sermón sobre como debía tratar a mi marido y que hacer para recuperarlo. No he vuelto a tu casa y no pienso volver a hacerlo, un sermón así no me lo dio ni mi madre y eso que lo de casarme con Nicholas fue cosa suya —explicó Regina sin entender muy bien hacia donde iba Heather.

—Aquel día casi te pregunté si querías que me fuera a tu casa a hacerte compañía —dijo Heather, sin saber si debía o no contarle.

—¿Y por qué no lo hiciste? —preguntó Regina extrañada—. Creí que éramos amigas y que no había secretos entre nosotras.

—Temí que me dijeras que no —confesó ella avergonzada.

Lady Regina Harper no pudo evitar reír a carcajadas por aquella confesión. Para su amiga no resultaba gracioso, pero sabía, cuando pasara el tiempo lo comprendería, y también reiría.

—Pues ahora soy yo quien te lo pregunta, o mejor, te invito. Nada mejor que pasar al temporada juntas ¿te animas? —preguntó con una sonrisa.

—Claro que sí —respondió Heather con una grata sonrisa, ilusionada, pues le daba la impresión de que cumplir los 18 años había sido lo mejor que le podía pasar, aunque no hubiera sido posible sin aquella noche de presentación que tan desastrosa le resultó, pero tantas, alegrías le dio luego.

—Pues vamos a tu casa, recoges tus cosas y te vienes conmigo. Y también se viene Grace, me cae muy bien, seguro hace buena amistad con mi criada —dijo con la esperanza de poder ayudar a ambas, pues por alguna razón, Grace le caía muy bien, tanto como lo hacia Jane.

Las dos amigas se dirigieron a la casa de lady Heather Hamilton, la cual nada más llegar, solicitó la presencia de su institutriz, quien no tardó en responder a la llamada.

—Por favor, recoge mis cosas y las tuyas, vamos a pasar una temporada en casa de Regina —dijo con una sonrisa.

—Por supuesto, será un placer señorita —respondió.

—¿Podemos dejar eso de señorita? Llámame Heather, te lo ruego —pidió, a lo cual la institutriz accedió con una leve sonrisa y una pequeña revelencia—. Por favor Grace, las revelencias a mí no, te lo ruego.

—Como desee Heather —respondió con ternura, para, a continuación, subir las escaleras y cumplir las órdenes de Heather como, desde los 16 años sucedía, pues ella opinaba que no tenía nada más que enseñarle, lo había aprendido ya todo, solo necesitaba una amiga, una acompañante, y nadie mejor que Grace, quien conocía todos los secretos de la familia.

Para ninguna de las dos fue un problema. Muy al contrario, ambas lo celebraron en secreto, pero ninguna supo que también su madre lo había celebrado, así sus secretos permanecían a salvo, pero el principal, el que ella más temía, lo dejó tan oculto en la memoria que incluso lo olvidó. Además, estaba segura de que, en cuanto ella se casara, la vida le daría el regalo de pertenecer a la realeza, algo que no pudo conseguir por casarla su madre con un simple comerciante, pero Heather, o se casaba con un noble, o no se casaba.

Y cuando ella informó de ir a pasar la temporada en casa de Regina, el miedo y el orgullo se apoderaron mitad y mitad de su mente. Desconocía que decir, como hacerlo... Sintió que su hija se escapaba de sus manos como las riendas de un caballo furioso.

—¿Por qué esa decisión sin consultarlo antes? —preguntó su madre intentando no mostrarse excesivamente enfadada, pues no era correcto, y si aspiraba a que el futuro marido de Heather la invitase a palacio, debía aprender a controlarse, claro que, para eso, el marido de Heather debía de ser un Blackburn, pero no Christopher.

—Llevo mucho tiempo pensándolo y hoy me ha invitado Regina, se siente sola en su casa, pero quiere seguir allí por si su marido regresa algún día. De todos modos, te aseguro madre, que no voy sola, Grace vendrá conmigo, así podrás estar segura de que no hago nada que afecte a mi reputación —dijo con una sonrisa delante de su madre, en pie, con seriedad y seguridad.

Su madre sintió que un cuchillo la atravesaba. El miedo la poseyó, pues de pronto, los recuerdos del pasado guardados bajo llave en un cajón de la memoria, escaparon sin control. ¿Qué iba a pasar? ¿Y si Grace confesaba? No supo que decir, ni que hacer, quedó en blanco, confusa. Se sentó junto a la chimenea observando su anillo, preguntándose si debía o no permitir a su hija aquella nueva rebeldía.

Pero cuando quiso darse cuenta, su hija ya no se encontraba a su lado. Se puso en pie, se acercó a la puerta y la pudo ver como su hija se marchaba en el coche de caballos de Regina Harper.

Regresó al salón, se sentó en el sofá y permaneció junto al calor del fuego, con la espalda recta, las manos enlazadas y la mirada perdida. Estaba cansada, pero se negaba a perder lo que al alcance de su mano, poseía. Ella, que se rindió a la petición de un hombre incapaz de amarla, incapaz de tocarla, incapaz de... De todo.

—¿Se marchó? —preguntó una voz masculina, severa y firme desde la puerta con una pipa en la boca.

—Sí, con Regina Harper —respondió sin mirarle.

—Tal vez sea bueno, quizás así nosotros no gastemos tanto dinero y ella, encuentre un marido adecuado, al fin y al cabo para eso se ha educado ¿no te parece? —preguntó él sentándose frente a su esposa.

—Sí, es cierto. Pero tengo miedo —dijo sollozando.

—No temas, nada malo hemos hecho y ella sabe lo que perderá si habla, no lo hará —dijo él descansando en el sillón como si pasara lo que pasara, no fuera con él.

La conversación quedó en el aire como una pesada carga que oprimía el pecho más que el propio

corsé, pero lo que no sabía era que ningún secreto le importaba a Heather ni a Grace. Ambas mujeres iban ilusionadas por la nueva aventura que se abría ante ellas. Todo era nuevo y nadie les iba a decir lo que tenían que hacer.

—Cuando lleguemos, lo primero será un buen almuerzo, pero lamento decir que mañana no se como comeremos, es el cumpleaños de mi cocinera y tengo por costumbre dejarla descansar, tal vez debí haberlo dicho antes, lo siento —dijo excusando su descuido, con la idea de ir a comer a algún lugar.

—Eso no es problema alguno, yo sé cocinar, permíteme que disfrute mañana —pidió con una sonrisa sincera Heather, ilusionada con meterse en la cocina, al menos una vez.

—¿Tú sabes? —preguntó extrañada Regina, pues aunque no era la primera vez que Heather lo mencionaba, supuso que podía tratarse de una broma.

—Claro, yo no miento y no me invento nada para ser más llamativa. Fue la cocinera de mis padres quien me enseñó —dijo, orgullosa de poder agradecer el favor de su amiga con algo así.

—Pues ya tengo ganas de probar tu comida... —dijo Regina con aire misterioso—. Por cierto, espero que disfrutéis de vuestra estancia en la casa, y de vuestras habitaciones, pues cada una tiene una propia, en la planta alta.

Planta alta. Heather abrazó a Grace emocionada. Por fin, su institutriz, su amiga, su confidente, tendría una habitación propia cerca de ella. Por fin, podría pasar horas hablando sin molestar a nadie y por fin, si se despertaba tras una pesadilla, podía llamarla.

También Grace se emocionó, lo único que había pedido a la vida era estar al máximo tiempo posible con ella, lo que estaba pasando parecía como un regalo por su silencio, un silencio que era más difícil de cumplir mientras más juntas estaban y más abrazos le daba Heather.

—Os queréis mucho ¿verdad? —preguntó Regina al tiempo que el coche— no detenía los caballos.

—Sí, es la persona que mejor que me trataba desde que tenía 4 años. Luego apareciste tú, y os quiero mucho a ambas —dijo con una sonrisa que parecía perenne en su rostro.

—Por eso mi invitación era para ambas —explicó Regina antes de aceptar la mano del cochero para que bajase del carro.

Cuando Heather y Grace bajaron, observaron extrañadas como salían de la casa una a una todas las criadas, incluso el mayordomo y el jardinero. Ellos también recibieron a las invitadas como si fueran las amas de la hermosa mansión.

Heather sonrió emociada, era increíble esa acto, ni a ella la recibían así en su propia casa, pero lo que estaba viendo... Personas vestidas todas iguales con los delantales, confias y guantes blancos, que sonreían, hacían revelencia y saludaban cortésmente no solo a ella, también a Grace, la cual saludaba con timidez, no acostumbraba a ese recibimiento.

—Os acompañaré a vuestras habitaciones, mi mayordomo y Jane se encargarán de vuestras maletas —dijo Regina, antes de entrar en la mansión, donde el espacio no faltaba pero todo parecía dedicado a algo determinado—. Toda esta planta es para la servidumbre, excepto esta sala que es para todos, incluso para nosotras, y esa pequeña —señaló una con chimenea— donde todas las tardes leo para los criados y enseño a leer a los que no saben que son tres, las más jóvenes, tienen 12 años, así que intentar no pedirles cosas muy complicadas, por favor.

—Si usted lo desea puedo ayudarla —dijo Grace con humildad.

—Lo agradezco, pero no es necesario, ellas trabajan aquí, hacen que mi día a día resulte mucho más fácil y cómodo, enseñarlas a leer creo que es lo mínimo que puedo hacer —explicó con serenidad, comenzando a subir las amplias escaleras cubiertas con una alfombra gruesa que acallaba los pasos.

—Comprendo, es algo que ellas no olvidarán —indicó Grace comenzando también a subir.

La escalera era amplia, larga, pero muy interesante. Terminó en una pequeña sala con dos pasillos

cuyo final no se veía, aunque el cuadro que se mostraba como recibimiento, llamaba tanto la atención que Heather se acercó al marco dorado para contemplarlo en toda su gloria.

—Es tan maravilloso... —susurró Heather, que nunca había visto una obra similar.

—Es una obra de Giovanni Pannini, mi abuelo me lo regaló por mi 18 cumpleaños. Cuando vivía con mis padres estaba guardado, pero cuando me casé lo dejé aquí para verlo mientras más, mejor —explicó—. Pero me extraña que tus padres no tengan nada, aunque tu padre sea un comerciante, tu madre no deja de pertenecer a la clase alta.

—No te entiendo Regina, ¿qué quieres decir? —preguntó extrañada.

—Ve a tu habitación, descansa, cuando la comida esté os haré llamar —indicó Regina caminando en dirección a la derecha cuya tercera puerta abrió—. Luego hablamos ¿vale?

Heather observó a Grace, quien le realizó un leve movimiento de cabeza para que hiciera lo que pedía su amiga, por lo que siguió a Regina, quien abrió la puerta y, lo que descubrió la mareó: era una habitación inmensa, una cama con dosel, un armario de cinco puertas con cristal en el centro, cortinas en las ventanas, mesa redonda con mantel a ambos lados de la cama. También, en el centro de la habitación, un sofá con una mesita y en la pared, una chimenea, un mueble con libros y figuras decorativas. Luego, al otro lado, un gran biombo y junto a la pared, un lavabo de mármol.

Era tan hermoso que Heather quedó ensimismada, ni se percató de que el mayordomo había entrado y dejado sus maletas en el diván.

—Voy a necesitar más vestidos para llenar ese armario —musitó sin poder darse cuenta de que aquella palabras fueron oídas, pues su emoción era tal, que creyó estar en un sueño.

2

Christopher Blackburn, empezaba a sentirse incómodo en los bailes de sociedad. Él, que a los 17 años había sido el alma de las fiestas, buscaba ya una esposa, pero una esposa que deseara realmente casarse con él, no por su dinero, no por su posición social y no por un capricho. Quería una boda por amor, y quería que la chica tuviera inteligencia, que pudiera tomar sus propias decisiones y solucionar los inconvenientes con los cuales se encontrara por sí misma.

Pero en su casa, su padre opinaba todo lo contrario, su hermano se metía con él y su madre callaba, porque según ella, las mujeres debían permanecer calladas, motivo por el cual Christopher nunca hablaba en voz alta, pues aunque respetaba y quería a sus padres, las peleas entre ambos eran demasiado desagradables.

Cierto que era joven aún, pero quería buscar un sitio en la sociedad, ya tenía 30 años y, aunque su hermano tenía 32 y ningún interés en casarse, no iba a esperar a que Henry se lo planteara, si encontraba una mujer respetable a la que consiguiera enamorar y por la cual sintiera un verdadero amor, iba a casarse con ella aunque Anthony no pasara por el altar, y no iba a imitar a su amigo Nicholas, quien se casó a las primeras de cambio por la fortuna de una hermosa doncella y que, cansado de la vida de casado, se marchó al mar hacia ya seis meses, pese a que aún no había dos años de la boda, pues la temporada comenzaba y la celebración se llevó a cabo en la época navideña.

Claro que se alegraba en parte, pues le estaban enseñando lo que no se hacía, pero otra parte de él le decía que, posiblemente, bastaba con tener un poco de sentido común. ¿Casarse para abandonar a su esposa? Las cosas no le cuadraban mucho. Además, a los 7 años lo tomarían por muerto, ¿qué iba a hacer? ¿Aparecer antes para no perder su fortuna?

—¿En qué piensas Christopher? —preguntó Henry sentado en el sillón cómodamente con el periódico abierto entre las manos y la pierna izquierda sobre la derecha dejando ver los botines que su padre le regaló por el cumpleaños y que él no pidió, pero los negocios le iban bien y su padre nunca faltaba a una petición suya—. Ah, se me olvidaba que tu no hablas, no sé como conseguirás esposa si ellas no pueden hablarte.

Christopher dejó de observar el jardín, donde las criadas se afanaban en dejarlo todo lo mejor posible para la drink tea que tendría lugar en un rato, y clavó la mirada en su hermano, el cual sonreía, pues estaba seguro de que, en esa ocasión, si iba a hablar, pero se equivocó, pues no dijo nada, únicamente le miró.

—Por favor, dime algo —pidió con una sonrisa molesta—. Es agobiante tu silencio.

—Hablo cuando es necesario —sentenció a media voz, sentándose en el sillón, al calor de la chimenea.

Henry se levantó, dejó el periódico en el sillón y se marchó malhumorado, ante la mirada confusa de Christopher, quien no comprendía la necesidad de gastar la saliva en cosas sin importancia. Además,

¿de qué iba a hablar? ¿El tiempo? ¿El dinero que tal o cual estaba gastando en el club? No era cosa suya, no le afectaba, no le importaba. Su vida si le importaba y era, precisamente, lo que parecía no importar a nadie.

Entonces ¿para qué perder el tiempo?

Quedó en el sillón, con el periódico frente a él, pero no le gustaba leerlo, prefería algo más, algo como un libro de terror. En la estantería junto a él, había al menos una treintena que nadie tocaba, pues los compró con su dinero y todos decían que no se leyeran para que él no se enfadara, pero en verdad, él nunca decía que no los tocaran, decía que los cuidaran, una cosa era muy diferente a la otra. Como cada palabra era mal interpretada, cada vez hablaba menos, y como siempre estaba serio, también los demás dejaron de hablarle.

—Pues a leer —susurró para sí mientras tomaba en sus manos un ejemplar de El vampiro escrito por John William Polidori—. Me hubiera gustado vivir en 1820...

Se sentó y comenzó a leer.

Sus palabras hacían referencia a la otra teatral que se estrenó en la English Opera House de Londres. Su abuelo solía hablarle mucho sobre obras de teatro basadas en libros, y era, esa, la preferida, aunque nunca leyó el libro, siempre le pedía a Christopher que lo leyera, y cuando le veía triste, las palabras que salían de su boca, eran unas muy sencillas: nunca digas nada sin que sea estrictamente necesario.

Y eso hacía.

Por desgracia los consejos no fueron tantos como le hubieran gustado, en verano de 1830, teniendo él 10 años, su abuelo falleció en unas circunstancias bastante sospechosas. Nadie le dió ninguna explicación, únicamente le llevaron al cementerio y le dijeron que allí estaba. Sus preguntas no fueron respondidas, le obligaron a callar y pasaron a otra cosa.

Pero aún así, la idea de saber que le pasó realmente a su abuelo, estaba latente en su corazón.

Mas sabía, no era aún el momento, no lo era aunque lo quisiera.

Leyó tranquilo el libro hasta que llegaron las invitadas al té y los hombres comenzaron a inundar la sala con el humo del tabaco, olores de alcohol, charlas y golpes al sillón donde se encontraba sentado como si fuera una molestia que estuviera en su propia casa leyendo.

Se levantó en silencio, se llevó el libro y subió a su habitación donde nada más cerrar la puerta, alguien llamó con suavidad. Resignado, se dio la vuelta y abrió: era la cocinera.

—Miriam... ¿qué hace aquí? —preguntó extrañado al verla allí, pues la creía en la cocina.

—Pues todas disfrutan de un refrigerio y de bebidas en el jardín, y los hombres de otro tanto en la sala de lectura, de donde se, a usted le han sacado, de modo que le he traído algo ¿le apetece? —preguntó la cocinera con la bandeja aún en la mano.

Christopher no sabía que responderle, de manera que se apartó de la puerta y le hizo una señal con la mano para que pasara, cosas que ella hizo, dejando la bandeja en una mesita frente a la chimenea.

—Hoy hace mucho frío, le pediré al mayordomo que suba para que encienda la chimenea. ¿Está todo bien o necesita algo? —preguntó ella viendo como él se sentaba en el sofá, dejaba el libro a un lado y se servía una taza de té con cuidado.

—¿Sabe por qué no he recibido ninguna invitación? Me paso los días esperando, mi hermano recibe, mis padres también y yo ¿qué? —preguntó con la mirada puesta en la chimenea, las manos enlazadas y una leve sonrisa de conformidad.

—No sé que decirle, yo oigo cosas pero... Se lo diré al mayordomo, tal vez él sepa responderle —confesó al cocinera, pues ser sincera con Christopher era demasiado difícil, no quería herir el corazón de quien mejor trataba a la servidumbre.

—Muy bien, dígaselo y cuando él venga, hágalo usted también y traiga más refrigerio y té, aquí veo para uno —dijo cogiendo un bollo y comenzando a comer con la mirada aún fija en la chimenea— no para tres.

—Muy bien, como usted desee —dijo ella aceptando la amable invitación. ¿Cómo negarse? Desde que les fue presentado el bebé por el ama de llaves, supo que era especial. Su cabello no era rubio como el de la mayoría de la familia, era café oscuro, y sus ojos eran del mismo color, no azules ni verdes.

Durante un rato, Christopher permaneció en el sofá, sentado, con el bollo en la mano. La soledad empezaba a ser bastante molesta, cada día la soportaba menos pero cada día la sentía más. Por eso hizo esa petición a la cocinera. Además, no sería la primera vez que comía con ella y con el mayordomo, había perdido la cuenta de tantas como habían sido. Se comió el bollo y esperó a sus invitados.

No tardaron mucho en llegar. Miriam, la cocinera, llevaba una bandeja y el mayordomo otra. Ambos, la pusieron en la mesa junto a la de Christopher, quien sonrió encantado.

—Encenderé la chimenea —dijo el mayordomo, acercándose a la chimenea cuyo calor no tardó en empezar a abrazar a todos los presentes, que comieron en silencio con agrado, pues estaba tan cómodo, que las palabras sobraban por completo en un momento como ese.

Fuera, las damas de la sociedad, conversaban sin importantes nada. En la sala de lectura, los hombres hacían lo mismo. Todos hablaban, todos ignoraban y lo prefería, con él no iban las clases sociales, con él no iban las medias tintas, con él no iba eso del poder, prefería compartir lo poco que tenía con personas que tenían menos, aunque eso significara ir contra su familia.

—Me gustaría saber, si ahora que la temporada está a punto de comenzar... ¿he recibido alguna invitación? —preguntó observando al mayordomo, pues ya había preguntado a la cocinera y no supo que responderle.

Pero tampoco el mayordomo sabía que decir, la verdad resultaba demasiado dolorosa, aunque una mentira no era lo más adecuado. La duda se apoderaba de él y la mirada de Christopher resultaba de lo más inquietante.

—Lo siento mucho, todas las invitaciones han sido recibidas de forma general invitando a sus padres, su hermano y a usted, pero escuché a su padre de que aceptaría para ellos y Henry, sobre usted han puesto excusas —confesó el mayordomo flotándose las manos de forma nerviosa, y sin saber hacia donde dirigir la mirada, pues las palabras que decía, se le clavaban a él como cuchillos, no quería pensar en lo que estaba sintiendo Christopher.

—Comprendo... No pasa nada —mintió.

Una vez acabaron con el refrigerio y el té, tanto el mayordomo como la cocinera recogieron las bandejas y salieron en silencio, pero antes de cerrar la puerta, Christopher formuló otra pregunta que hizo que a la cocinera se le cayera la bandeja de las manos.

—¿Dónde va esta noche mi familia? —preguntó mientras sujetaba la puerta con una mano—. En la sala de lectura conversaban sobre un evento en la tarde.

—Van a la ópera —respondió el mayordomo.

—Está bien, infórmeme de cuando se hallan ido, quiero ver una cosa. Espere —dijo, y se agachó para ayudar a la cocinera, al tiempo que el ama de llaves hacía acto de presencia con su habitual severidad—. No le riña señora Wyle, no ha tenido la culpa ni ha sido su intención.

—Lo sé señor Blackburn, lo he visto. También he oído que desea ver algo cuando sus padres y su hermano se marchen, me gustaría que me informase de eso con, al menos, un día de antelación, de manera que yo pueda organizar a las criadas —habló firme, recta, con las manos enlazadas a la altura de la cintura.

—Lo hubiera hecho —dijo, al tiempo que se ponía en pie después de recoger todo lo de la

bandeja—, si me hubiera enterado de que mi familia me deja de lado en los eventos sociales.

—Comprendo —sentenció seria—. Yo misma vendré a buscarle cuando su familia se marche —dijo caminando en dirección a la habitación de su madre, aunque tras unos pasos se detuvo y habló sin darse cuenta—. Y, por favor, llámeme en privado, Eusebia.

Christopher sonrió. El ama de llaves tenía fama de severa, firme y malhumorada, pero en realidad, era una mujer que comenzó a trabajar a los 12 años, y que había llegado a ese puesto por sí misma. No tenía ninguna queja de los señores, quienes presumían más de ella que de sus propios hijos, aunque obedecía todas las peticiones de él sin dudarle, incluso si esa petición iba en contra de los señores.

Por ello, cuando se marcharon dejándole solo, se tumbó en la cama para descansar y coger fuerzas, pues su idea exigía un poco de esfuerzo, quizás mucho más del que estaba acostumbrado a hacer, pero no le asustaba, al contrario, le ilusionaba, si todo salía bien, se beneficiaría toda la servidumbre y él también.

En la cama se quedó dormido, aunque no descansó demasiado, al contrario, la pesadilla le impidió todo relax. Por suerte, la llamada en la puerta le rescató y se puso en pie de inmediato. Agradecía, por primera vez, que le despertaran.

Abrió la puerta y encontró a un ama de llaves como ella hubo prometido.

—¿Le he despertado? —preguntó inmune a la cara de sueño de él.

—Sí, pero se lo agradezco, tenía una pesadilla terrible, por suerte no la recuerdo —dijo—. ¿Ya se han ido?

—Sí. He esperado un poco por si regresaban en busca de algo, pero con la hora que es, no regresarán hasta el final del baile. ¿Qué desea hacer?

—Arriba hay habitaciones vacías. Por ejemplo; la sala de juegos. ¿Podemos utilizarla? —preguntó saliendo de la habitación.

—Claro, mientras no haya niños... ¿Qué quiere hacer? —preguntó sin poder comprender lo que realmente quería Christopher.

—Lo primero es verla ¿puede ser? —preguntó él señalando con el pulgar la dirección hacia donde se encontraba la escalera.

—Es su casa, no tiene que pedir permiso —sentenció.

Juntos subieron las escaleras hasta la planta alta. El silencio se hacía incluso molesto, pero se comprendía, allí no iban nada más que a dormir cuando había invitados y esas ocasiones escaseaban.

En el fondo del pasillo, podían ver la sala más grande de la planta. Cerrada con llave, cuya única copia tenía en su poder la señora Wyle, la sala, al ser abierta, dejó escapar un enorme tufo a humedad. Tanto Eusebia como Christopher necesitaron cubrirse la boca y la nariz durante un largo rato antes de poder respirar por sí mismos.

Pero excepto por ese detalle, la sala estaba en perfecto estado para una fiesta de Halloween: polvo, telarañas, arañas vivas, muebles apilados de cualquier forma, sábanas que cubrían enormes espejos con una forma fantasmal y otras que cubrían figuras que parecían fuesen a cobrar vida de un momento a otro.

—¿Qué desea hacer aquí? —preguntó el ama de llaves con el candelabro en la mano.

—Limpiar, recoger, ordenar y podríamos tener aquí un lugar donde cuando mi familia salga, todos podríamos disfrutar ¿no le parece? —preguntó sin mirar nada más que a los dos ventanales completamente cerrados. Los otros dos estaban cerrados pero permitían el paso de la luz solar.

—Buena idea. Pero ¿no debería hablar con sus padres? —preguntó ella con un poco menos de severidad.

—¿Y ellos no deberían de consultar conmigo antes de excluirme de los eventos sociales?

—preguntó él con una media sonrisa—. Dígame ¿se puede hacer?

—Pues sí, y si lo desea, podríamos empezar ahora mismo, pues lo primero, es saber que ocultan las sábanas —indicó ella señalando una.

Christopher la observó. Tenía razón, pero le daba miedo lo que pudiera encontrar, aunque suponía que además de espejos, cuadros y figuras no habría demasiado, tal vez algún mueble, pero no mucho más. Sin embargo, allí, en la casi oscuridad, iluminado por la luz del candelabro, parecía una escena de uno de esos libros que tanto le gustaba leer.

—¿Le da miedo? —preguntó extrañada bajando la guardia—. Con los libros que lee pensé que era más valiente.

—En los libros es diferente... —suspiró— Pero en fin, allá voy.

Cólocó la mano en la sábana blanca y tiró con fuerza de ella. El polvo que se levantó le hizo toser con fuerza y casi apaga el candelabro, pero todo quedó en un susto que terminó en dos sonoras carcajadas en la relajación por parte del ama de llaves y en la confianza por parte de Christopher, quien descubrió un hermoso espejo vertical decorado en oro.

Sonrió y siguió retirando sábanas, pero la octava le dejó paralizado, y al ama de llaves, con el candelabro en una mano y la otra en la boca ahogando un grito que el asombro no le permitió dar.

3

Heather Hamilton no lo sabía, pero el armario estaba repleto de vestidos de todas las clases, aunque todos eran de colores pasteles, rosas y celestes. Aun así, eran hermosos. Muy de la época y muy correctos. Los adornos de flores y lazos no faltaban en ninguno, así como los de baile disponían de una cola de más de un metro. Regina quería lo mejor para Heather, si sus padres se negaban a ello, ella lo haría, alguien debía tomar las riendas, su amiga no podía por sí misma ¿cómo hacerlo si todo cuánto hacía estaba mal?

Además, Regina se negaba a que su amiga se casara con quien sus padres dijeran, conocía muy bien lo que se sentía y sabía lo que significaba. Estaba dispuesta a todo por evitar aquel sufrimiento.

—Bueno, dime ¿te gusta? —preguntó Regina entrando en la habitación de su amiga llamada por la curiosidad de saber qué opinaría Heather del regalo.

—Me gusta, me encanta, es tan hermoso... —dijo con una gran sonrisa, sin saber que más podía decir— pero es... No sé, no esperaba tanto.

—Bueno, mi habitación es igual, supuse que tu querrías algo así. ¿Por qué no descansas? Luego te ayudaré con tu ropa —invitó Regina con un beso en la mejilla a Heather.

Heather Hamilton asintió con la cabeza. Tantas novedades era demasiado para ella, sus nervios estaban alterados, pero era comprensible, desde los 16 años no recibía nada sin una doble intención, pero Regina le daba, en ningún momento pidió nada para ella, todo era para los demás, o en beneficio de los demás.

Con ese pensamiento, una vez sola, se dirigió hacia la cama. Como a ella le gustaba, la cama era muy mullida, suave. Cálida. Se tumbó y se sintió abrazada. Sin darse cuenta, se durmió hasta que Grace la despertó con una sonrisa.

—La cocinera de tu amiga ha preparado una comida exquisita, te esperan en el comedor —dijo mientras le colocaba bien las horquillas— si lo deseas, puedes probar uno de los vestidos de tu amiga, me ha dicho que te ha llenado el armario.

Heather la miró con asombro. ¿El armario lleno? Se puso en pie y se acercó a él. Abrió las puertas. Primero dos y... los vestidos eran preciosos. Nuevos. Los tocó y no estaban usados. Los lazos, las flores, los colores, los tejidos... No eran vestidos que luciera cualquier mujer, eran vestidos de una calidad que ella no esperaba.

Cerró la puerta y abrió los otros dos, pero más de lo mismo: hermosos vestidos de cola con colores impresionantes y encajes que ella no creía que algún día pudiera lucir.

—Pero esto es increíble... —dijo al tiempo que miraba a Grace.

—Aún no ha visto todo —respondió Grace, mientras se acercaba al armario y abría, sonriente, la puerta donde se encontraba el espejo, pues estaba esa parte llena de sombreros y zapatos, algo que no esperaba.

—¿Sabes? Esto debería de hacerme feliz, pero me pone triste. Siento algo en mi interior que... —guardó silencio. Cerró el armario y regresó a la cama donde se sentó a llorar en silencio.

Grace podía con todo, menos ver a Heather llorar. Sabía que era una muchacha dulce, agradable, una chica que no hacía daño a nadie, que callaba para no herir y que, incluso, iba contra sí misma para no contradecir a los demás. Sus padres la usaron como quisieron hasta los 16 años y, entonces, comenzaron a ignorarla pero ofrecerla, al mismo tiempo, como mercancía barata para todo aquel que pudiera ser su marido. Comprobaban, su madre ante todo, la fortuna de cada persona que se le acercaba y, si no era el doble de la suya, ya podía olvidarse de cortejarla, incluso de bailar o hablar con ella. Eso era algo que entristecía profundamente a Heather, pero que su madre ignoraba al igual que su padre, el cual incluso preguntaba si era necesario celebrar el cumpleaños de ella o esas meriendas de té que tan mal le caían, pues luego debían ir a las viviendas a las que eran invitados y, ese ambiente, le recordaba que su fortuna se la debía a su esposa, nada tenía que ver con los enormes esfuerzos realizados a la largo de su vida antes de casarse, cosa que no hizo hasta los 35 bien cumplidos.

—Lo único que desea Regina es darte la oportunidad que nadie antes le dio a ella. Claro que estás triste, esto que hace ella por ti deberían hacerlo tus padres —dijo con todo el dolor de su corazón— pero ya que ellos se desentienden, aprovecha la oportunidad que te da Regina. Yo estoy aquí, no estás sola —explicó dándole un enorme abrazo.

Heather comprendía muy bien las palabras de Grace, de hecho, lo comprendía demasiado bien, por eso, esa ayuda que tanto agradecía, le dolía con tal intensidad, pero, sin saber que hacer, se limpió las lágrimas y le dijo:

—Anda, escógeme un vestido, no quiero parecer descortés —pidió dejando escapar un enorme suspiro.

Grace no se hizo de esperar, se dedicó a escoger el que a ella más le gustaba, de todos modos, sus gestos y los de Heather eran muy similares, tanto, que incluso se terminaban las frases la una o la otra y preferían los mismos platos y la misma música.

Escogió un hermoso vestido sencillito, en color azul cielo con volantes blancos y manga corta. Estaba decorado por un gran lazo blanco a la altura de la cintura que se anuaba en la espalda. Hizo acompañar el vestido con unos zapatos blancos, también a estrenar.

—Regina te conoce bien, cualquiera diría que te lo ha hecho a medida —dijo Grace, al ver a Heather tan hermosa.

—Las dos tenemos la misma talla, aunque ella posee un pecho más voluminoso que el mío, pero por lo demás, la diferencia en el cuerpo es mínima —explicó Heather, quien suponía, que los vestidos habían sido realizados para ella, pero por algún motivo los regaló. Podía preguntar y sabía, Regina le confesaría la verdad, pero prefería imaginarse una excusa, no deseaba llorar más por algo que ni lo merecía, ni estaba en su poder controlar—. Bajemos, no deseo hacer esperar más.

Bajaron al comedor que localizaron enseguida, por la enorme mesa rectangular y estar Regina de pie junto a la entrada esperándola.

Su amiga también estaba bellísima con un vestido blanco y el volante del escote, el lazo y las flores, en verde. La gargantilla que decoraba su cuello era verde con un perla blanca en el centro.

—Heather estás impresionante, pero ¿por qué has tardado? —preguntó con una sonrisa llena de picardía, como si conociera la respuesta sin necesidad de que nadie le dijera nada.

—Bueno, yo... lo siento —dijo ella sin saber que decir, sus emociones estaban a flor de piel pero sus palabras escaseaban—. Gracias por todo Regina, de verdad, gracias.

—Venga ya, soy yo quien te tiene que agradecer, no sabes lo largo que son los días en esta casa sin nadie a quien contar mis cosas, ni con quien debatir las lecturas, ni con reír hasta que nos duela el

estómago. Jane es excelente, no te digo que no, pero ella... Verás ella se ha enamorado del mayordomo y, como comprenderás, aprovechan cada momento libre para estar juntos, no creo que sea justo que la obligue ¿no? —informó mientras caminaba hacia la mesa con la mano izquierda en la espalda de Heather—. Además, a tí te viene bien y, me consta, también a Grace, es tu acompañante, tu amiga, no es una simple criada, tu misma me lo has dicho muchas veces.

Heather se sentó junto a Regina a la mesa. Las palabras de ésta tenían todo el sentido del mundo. Además, Grace nunca vistió como una criada hasta que ella no cumplió los 16, le parecía cruel, aunque también sabía que no guardó en su maleta más vestidos que aquellos.

—Eso me recuerda, Grace, que en tu armario también hay vestidos. Son más sencillos que los de Heather, pero los tienes, te agradecería que, para la hora del té lucieras uno, por favor.

Regina no pidió permiso a su amiga para tal petición, todo lo contrario. Si su amiga desconocía la fortuna de su madre, como ella desconocía las deudas de los Hamilton, también desconocía la verdad sobre Grace, de manera que quedaba esperar el momento adecuado para hablar, pero ese no lo era. Mas si lo era para que Grace comenzase a sentirse una dama de la sociedad, no una criada, algo con lo que tenía muy poco que ver. Demasiado poco.

—Muy bien señora, como usted desee —respondió Grace, realizando enormes esfuerzos por no sonreír, pues se sentía gratamente agradecida por poder volver a vestir aquellas ropas, no sabía lo mucho que la echaría de menos cuando le pidieron los Hamilton que vistiese como una criada más de la casa.

—Gracias Regina, te lo agradezco, verla con esa ropa me pone triste, antes ella era muy alegre, cantaba, bailaba, tocaba el piano, pintaba... Ahora lee y, en ocasiones, ni opina en voz alta lo que lee. Unas veces hace muecas de aprobación y otras de rechazo, pero nada más —expuso Heather, al tiempo que desdoblaba la servilleta y la colocaba sobre su regazo extendida, pues la criada ya llegaba con la comida: ensalada, pollo al horno con patatas asadas y fruta confitada.

—Pues si de verdad lo agradeces, come, mañana te toca a tí cocinar, y espero que sepas hacer un buen pastel —dijo Regina con una amplia sonrisa mientras la criada le servía la ensalada.

—Lo haré lo mejor que pueda, pero estoy algo desentrenada —excusó, pues desde hacía más de cuatro meses no entraba en la cocina.

—No se preocupe señorita, nosotras la ayudaremos en todo cuanto usted necesite —indicó la criada sirviendo la ensalada.

—Gracias, os lo agradecería —dijo Heather con una amplia sonrisa.

Comieron con tranquilidad. Por algún motivo, aquella comida, que tantas veces había comido en casa de sus padres, le resultaba algo novedoso. Tenía un sabor diferente, existía un halo de misterio y amor en aquel lugar que no lo había sentido en su casa ni una sola vez. No era la inmensidad del lugar, era la delicadeza de sus muebles, la sencillez que lo rodeaba todo, la paz que se respiraba, era todo en conjunto, además de que Grace se mostraba más relajada, Regina era puro candor y, por algún motivo desconocido pero encantador, ella, sentía que el futuro no era tan negro, al contrario, era... era casi blanco, pero lo más importante, le pertenecía.

—Y no olvides Heather que la temporada está a punto de comenzar, quiero que aceptes todos los bailes que sean de tu agrado, si vas a un baile sin ganas ni ilusión, no me cabe la menor duda, de que tus posibles pretendientes lo notarán, y eso, querida, no es algo que les guste, muchos suelen pensar que estás incómoda por ellos y se ofenderán, sin olvidar que, si no estás donde deseas, no disfrutarás la velada —aconsejó con una amplia sonrisa, intentando ayudarla en todo cuanto estaba en su mano.

—De acuerdo, así lo haré, gracias por el consejo —respondió llevándose a la boca el último trozo de patata asada de su plato.

—No me lo agradezcas, basta con que lo sigas, ojalá a mi me lo hubieran dicho en lugar de

exponerme como si fuera una muñeca de porcelana —replicó con un halo de tristeza que, pese a esforzarse en ocultar, no lo conseguía para una experta en tal técnica y para una maestra en realizarla y detectarla.

Sin embargo, ninguna de las tres dijo nada. El silencio se hizo dueño de la estancia, mientras acababan el almuerzo y ambas amigas se dirigían a la sala de lectura. Grace, tal como le había sido rogado, subió a su habitación y se cambió de ropa.

Al abrir el armario, se dio cuenta de que realmente su ropa era más sencilla que la de Heather, pero también más cómoda, e igual de hermosa: los vestidos eran simples, se cerraban por delante con un fino lazo y la mayoría no tenía adornos, sí un pequeño volante en el escote de un color diferente al del vestido, aunque también había otros más recargados y elegantes con estampados, grandes volantes y llamativos lazos que, suponía, serían para los domingos u otro evento social.

Escogió uno de color mostaza claro que era el más lindo que en su vida había visto. Un pequeño volante camel cubría el escote y un lazo del mismo color cerraba el vestido por delante hasta la cintura. Llevaba, eso sí, las mangas cortas y, como era de esperar, mostraba los hombros, aunque ella hizo todo cuanto el vestido le permitió, para enseñar lo menos posible.

Aun así, nunca, en los dos últimos años, se había visto más hermosa. Bajó feliz hasta la sala de lectura, que, si las emociones no la traicionaban se encontraba en la planta baja.

Y no se equivocaba.

Encontró allí a Regina Harper sentada en una silla junto a una mesa ricamente decorada con tres tazas de té, y dos bandejas con distintos tipos de refrigerio. Heather Hamilton también se hallaba sentada, pero no tardó en levantarse y abrazar a Grace, la cual no sabía como conseguía controlar su emoción, aunque empezaba a comprender a Heather, la cual frente a sus padres, realizaba enormes esfuerzos por no dar arcadas ante los pretendientes que su madre le ponía delante.

—Estás bellísima, ven a sentarte con nosotras y a tomar el té —invitó Heather mientras caminaba hacia la mesita.

La joven Hamilton recordaba la última vez que su madre intentó emparejarla, era con lord Speak. Un hombre de casi 40 años o más, que parecía querer devorarla con la mirada, y cuyas manos no podía dejar quietas aunque nunca la tocó. Su mirada era penetrante, su boca horrible y su lengua siempre fuera, lamiéndose los labios como si en lugar de mirarla la comiese. Heather quiso huir cuando le vio: «un viejo lobo de mar» lo llamó su madre. Y sí, ciertamente lo parecía, además de su rostro y sus manos, por el hecho de que no vestía adecuadamente, vestía la ropa típica de los marineros, así como por el tufo a pescador podrido.

—Ha atracado su barco y, su primera parada, ha sido venir a conocerte, tu padre le informó y, él, viene expresamente por tí. Eso no lo esperabas ¿a qué no? —preguntó su madre sonriente.

—Yo... —Heather quería responder, pero ¿por dónde comenzar? Las palabras se esforzaban por salir, pero todas a un mismo tiempo y todas desagradables.

—Está emocionada, no puede creerlo... —excusó su madre su comportamiento.

—Exacto, no puedo creer que me quieras unir con alguien como él, alguien tan... tan... No conozco palabras para describirle, si se quiere casar que lo haga con... con... Con un pulpo bien lejos de mí —dijo al fin, dejando a sus padres y a ese lobo de mar, mientras ella se dirigía a su habitación, donde sus padres la castigaron varios días, en los cuales ella disfrutó como desde niña no hacía.

Con aquel recuerdo en la mente, Heather comenzó a reír a carcajadas sin poder callarse, ante la mirada de su amiga y de Grace.

—¿Qué te pasa? —preguntó Regina.

—Me estaba acordando del pobre lobo de mar, aquel que quería casarse conmigo —dijo Heather

sin atreverse a decir su nombre en alto.

—¿Lord Speark? —respondió Grace, quien le conocía bien, pero no iba a contar su historia, eso le pertenecía a Regina.

—¿Él? —preguntó Regina con una gran sonrisa—. Pero él es mi tío, lord Speark el marino es mi tío, tiene 45 años y busca una mujer con dinero para vivir la vida, nunca ha trabajado, se echó a la mar por que unos acreedores le buscaban para darle una paliza por las deudas que contrajo en el juego. Incluso se quiso casar conmigo... pero yo ya estaba comprometida y me casaba a los pocos días. De buena me libré... —contó Regina feliz—. ¿Cuándo fue eso? No me lo has contado nunca hasta ahora.

—Hace unos 6 meses —quiso recordar Heather sin tenerlo muy claro.

—Entonces ya se lo que ha sido de mi marido, mientras él viva no voy a ver a Nicholas —dijo sonriente— y mientras eso no pase, viviré a mis anchas.

Las tres rieron felices, dándose cuenta de que, en realidad, las tres tenían el camino medio llano y era la ocasión para vivir, dar a conocer los secretos guardados y, quizás, encontrar, en el caso de Heather, a un hombre que de verdad mereciera ser su esposo, aunque ninguno superior a los 25, ella tenía 18.

Claro que estaba el asunto del gusto ¿sería el de Regina cómo el suyo? Sí, era joven, pero no podría regresar a casa de sus padres y en casa de Regina no podría vivir siempre ¿y si regresaba Nicholas? ¿Cuánto tiempo en verdad tenía para casarse? ¿Y si el problema de sus padres se agravaba? La deuda ya rondaba las cinco mil libras y si no se casaba, sería vendida, pero eso prefería callarlo. Mientras más vueltas le diera, más triste se sentiría y no podía permitir que Regina lo supiera, si lo hacía, era seguro que no la ayudaría.

Christopher se sentó en lo primero que encontró sin importarle ni el polvo ni lo que fuera que ocupara. Aquel cuadro le dejó sin palabra y sin voluntad. Sintió una mano posarse sobre su hombro, una mano que le indicaba la existencia de alguien junto a él.

—Lo siento mucho, de veras que lo siento —dijo ella con la voz entrecortada—. No se lo diremos a nadie, lo guardaremos en secreto y mantendremos silencio. Vamos a hacer de esta habitación un lugar donde usted y nosotros disfrutemos cuando su familia esté fuera. Confía en mí ¿verdad?

Christopher sonrió sin dejar de observar aquel cuadro. Si había alguien en quien podía confiar era en la servidumbre, pero que las palabras no salían de su boca, tenía algo que le impedía hablar.

Observó como el ama de llaves tomaba el cuadro y lo guardaba en un viejo armario vacío de dos puertas. Era un mueble que él no recordaba haber visto nunca, aunque tampoco era que le importara demasiado. El armario tenía una llave que ella no tardó en guardarse en el bolsillo. Era de sobre conocido que cosa que ella guardaba, cosa que nunca más aparecía.

Sacó fuerzas de flaqueza y siguió descubriendo lo que había, aunque no encontró ninguna sorpresa más, al contrario. Todo eran pertenencias que no eran útiles y fueron guardadas allí, desde sillas hasta espejos pasando por ropa que ya no estaba de moda o bien se le había quedado pequeña. Christopher esbozó una sonrisa y observó los vestidos, eran tan hermosos y parecían tan nuevos que daba mucha pena que las polillas lo consumieran todo.

—¿Podemos hacer algo con ellos? —preguntó al ama de llaves con uno de ellos aún en la mano.

—Podríamos darlo a la beneficencia —indicó ella—, aunque lamento decirle que, sin el permiso de su madre, no podemos hacer nada.

—¿Y con qué permiso me ha dejado ella aquí? —preguntó él— ¿Y con qué permiso me ha ocultado la verdad?

Ella asintió con la cabeza, él llevaba razón, su familia tenía porque callar, y normalmente, cuando se guardaban los vestidos no se volvían a coger. Al contrario, solía quedar en el olvido y ser tirados a la basura por la siguiente generación, si alguien podía hacer uso de ellos... Mejor.

—Le pediré a las chicas que se encarguen, de ese modo no tendrán un trabajo tan pesado. Quién sabe, puede que incluso lo disfruten, son tan pequeñas... —dijo sin darse cuenta de que lo decía en voz alta.

—Pues este trabajo para ellas. A propósito ¿quiénes son? —preguntó él con una sonrisa, pues nunca había en la casa niñas en la servidumbre, su abuelo no las permitía menores de 16.

—Son Valeria y Elena. Son gemelas, tienen 12 años. Su familia es pobre y ellas son las mayores. Luego tienen un hermano que trabaja en la mina y que tiene 10 años. En la casa quedan sus padres y cuatro hermanos menores —explicó ella cerrando el armario.

—Pues yo lo tendría claro: que trabajen los padres. Pobre niño... en una mina... —Christopher suspiró y la miró— ¿Ellas saben leer, escribir o van a su casa? —preguntó.

—No, su padre no las enseñó ni tampoco llevó al colegio, y no quieren ir a casa, dicen que prefieren esto —contó el ama de llaves sin saber bien el motivo de tal interés.

—Pues los días que les corresponda descanso, que lo pasen aquí, jugando o con lo que sea y que alguien, en la tarde, tenga tiempo libre para enseñarles ¿es mucho pedir? —preguntó, al ver que ella sonreía.

—No, aunque no es lo habitual —explicó ella.

—Pues que no lo sea, es mi deseo —dijo siendo en verdad un poco egoísta, pues pensaba que en la vejez, en cuando estuviera enfermo ¿quién iba a leerle? ¿quién iba a escribir lo que él deseaba dejar para la posteridad?

El ama de llaves accedió a ello y continuaron descubriendo secretos: sillas, sillones, espejos, libros de su abuelo, algunas cartas sin abrir que él se guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, mesas, divanes e incluso el caballito de madera con el que pasaba horas jugando de niño, así como la escalera de jacob o los bloques de construcción. También encontró un aro y un tren de juguete.

Se sentó en el sillón y los contempló. Con delicadeza fue quitando el polvo ayudado por un trozo de sábana al cual le dio la vuelta. Fue descubriendo los colores que en sus primeros años tanto le llamaban la atención, así como las construcciones que de pequeño le hacían soñar con mundos en los cuales él era igual a su hermano mayor.

—¿Podríamos dejar esto? —preguntó, pues los recuerdos de su abuelo, aunque residían en su corazón, también lo hacían en aquellos juguetes, los únicos que le fueron comprados en 10 años.

—Claro, todos esos juguetes han sido comprados por su abuelo, estoy segura de que a él le haría mucha ilusión que conservara lo que con tanta ilusión le compró en su momento —contó ella, quien, a esas alturas, ya había comprendido que con él, era imposible proseguir con su severidad, él derribaba con su sonrisa todas las barreras que ella levantaba fueran del material que fueran.

—Si era de verdad mi abuelo, ya ha visto el cuadro y no creo que sea la imaginación del autor ¿verdad? —preguntó Christopher con tristeza.

—Llevo mucho tiempo aquí, demasiado, pero cuando llegué, usted ya había nacido —explicó—. De cualquier modo, le quería y si hubiera tenido algo que decir lo hubiera hecho, de eso estoy segura, recuerde que nunca le ocultaba nada.

Christopher asintió con la cabeza, estaba seguro de que ella le decía la verdad, además, su abuelo siempre le trató a él como a un adulto, nunca le ocultaba nada, por eso tenía tantas dudas sobre su muerte, no la creía. Algo pasó y todos guardaron silencio, pero él quería saber. Quería y lo necesitaba.

—Pues dejamos esto. Mañana que las chicas se hagan cargo de los vestidos pero antes, que alguien venga y limpie las ventanas para que entre la luz aquí —pidió poniéndose en pie—. Una vez los vestidos sacados, yo regresaré y podré empezar a ordenar, supongo que podemos hacer dos zonas.

—Como usted lo desee, usted manda —dijo con una sonrisa el ama de llaves observando una caja de zapatos.

—Abre la caja, si los zapatos son de su número, puede quedárselos —dijo él con una sonrisa cómplice.

Eusebia sonrió y abrió la caja. No eran zapatos, eran fotografías que guardaban allí. Fotografías realizadas por alguien a personas que ya no vivían. Sabía que allí las guardaban pero no donde ni como. Las fue observando una a una. Eran tristes, pero comprensibles, eran personas que querían guardar un recuerdo de esa persona que ya no estaba entre ellos.

—¿Qué hay? —preguntó al verla tan ocupada.

—Las fotografías que hace su tío. Bueno, hacía, recuerde que su padre decidió apartarlo de la familia. Se marchó a Francia —dijo ella—. Pero estas fotografías no se deben tirar, recuerde que el alma de los difuntos se encuentra aquí —explicó guardándolas en la caja de nuevo—. Será mejor que estén en otro lugar.

—En el armario donde se encuentra el cuadro —indicó—. Las niñas no las verán, el armario está cerrado con llave.

El ama de llaves obedeció a esas palabras, y salió de la sala junto a Christopher, quien ya pensaba como ordenaría la sala para el disfrute no solo de él, también el de la servidumbre, además de ser un lugar idóneo donde poder enseñar a las chicas a escribir y leer, dos cosas de vital importancia que, según decía su abuelo, toda persona debía aprender. Y era algo que él compartía.

Bajaron. El mayordomo les indicó que aún no había llegado nadie y que si lo deseaban, podían tomar algo, a lo que el ama de llave, con su habitual severidad que había recuperado en cuanto Christopher cerró la puerta accedió, con ciertas condiciones.

—Que todas las criadas participen, he de realizarles unas peticiones —pidió, y caminó hacia la escalera con las manos en los bolsillos—. Ah —dijo dándose la vuelta— ¿Valeria y Elena ya duermen?

—Como quieras. Y sí, ya duermen, ha habido un pequeño accidente y las he enviado a descansar, como no le veía... —dijo el mayordomo dispuesto a ayudar en todo cuanto pudiera.

—¿Un accidente? —preguntó Christopher asustado.

—No se alarme, no ha sido nada importante, pero son muy jóvenes, es su primer trabajo y están asustadas, su abuelo me hizo jurar que si sucedía algo similar, las enviara a sus habitaciones a descansar. Aunque también solicitó que nunca se contratara a nadie menor de 16 años. Desgraciadamente, no tengo voz ni voto sobre las personas a las que se contratan —comentó, mientras el ama de llaves bajaba las escaleras.

—Comprendo, me alegra que no haya sido nada. Que descansen, mañana les informaré yo mismo —dijo—. Voy a mi habitación, enseguida me reúno con todos.

—Como lo desee, gracias —respondió.

Con una leve sonrisa, Christopher se dirigió a su habitación, donde sacó las cartas del bolsillo interior de su chaqueta y las guardó en un cajón de su armario, bajo varias prendas. Estaba interesado en conocer que ponían, de quién eran y para quién, pero no era el momento más oportuno para ello. De todos modos ninguna llevaba sello, de manera que todas eran anteriores al 6 de mayo de 1840.

Una vez estaban a buen recaudo, salió de la habitación y se reunió con la servidumbre, quienes ya sabían un poco sobre lo que les esperaba, y estaban muy contentos.

Incluso parecían entusiasmados.

—Entonces mañana comenzaremos, yo misma me ocuparé de limpiar las ventanas, de manera que entre luz suficiente, y por la tarde, los muebles, comenzarán a ser movidos para crear las zonas, ha de decir cuales serán.

—Aún no lo sé, pero una vez todo limpio, estoy seguro de que se me ocurrirá algo —explicó—. Y ahora, a comer un poco.

Todos comieron un poco de lo que la cocinera preparó gustosa, pese a la hora, y que se acercaba, a pasos agigantados, el momento de levantarse, pero... Les era tan grato tener un lugar donde descansar, un lugar donde leer y aprender... Si iban a enseñar a las niñas, ¿por qué no a ellas? La esperanza estaba ahí, no iban a perderla, era un poco tonto.

La sorpresa fue para Christopher. La alegría de la servidumbre, las sonrisas de quienes antes padecían, la ilusión que mostraban, la relajación del ama de llaves... Todo aquello hacía que la pena se evaporara.

—Vamos a dormir un poco. Dejadme esto a mí, vosotros podéis retiraros —dijo él dejando todo recogido, solo para fregar.

—Pero es mi trabajo —dijo la cocinera preocupada.

—¿Y quién lo va a saber? Anda, venga, a la cama —insistió.

Todos aceptaron, y él, quedó ocupándose de los platos y las tazas.

En realidad, lo que le sucedía, era que sentía miedo, miedo de conocer que había escrito en aquellas cartas, miedo de que la historia que contaba el cuadro fuera cierta. Miedo de que la verdad le salpicara y su destino fueran los barrios bajos ¿quién se encargaría de la servidumbre? ¿Qué sería de ellos?

Una vez consiguió recoger todo, regresó a su habitación, donde, en lugar de dormir, tomó las cartas y se tumbó en la cama a la espera de decidir si debía o no leerlas, pues no le pertenecían ni sabía si era o no cosa de la familia.

Pero comprendía que, posiblemente, leer aquellas cartas era lo único que le podía dar una explicación, lo único que le podía ayudar. Abrió una y comenzó a leer, mas los ojos se le cerraban, tenía tanto sueño... quedó dormido allí, sobre la cama, con el montón de cartas sobre la almohada y una, abierta, en su mano.

Tan dormido estaba, que no se percató de que alguien entraba en su habitación y, con sumo cuidado, se acercaba a la cama y le retiraba la carta. La comenzaba a leer, pero con rabia, la arrugó entre sus manos y la arrojó con un tiro certero a la chimenea cuyos maderos ardían desde hacía ya un buen rato, pero consumieron el papel hasta convertirlo en ceniza.

A continuación, no dudó en coger las demás y darles el mismo final. Todo quedó consumido por las llamas. El fuego se alimentó de aquello que tan importante hubiera sido para Christopher, y, sin dudarlo, salió de la habitación para subir las escaleras hasta la habitación de juegos donde abrió el armario y, una vez tomó el cuadro revelador en sus manos, sacó la navaja del bolsillo y comenzó a rajarlo sin miramiento.

Una vez con el cupo satisfecho, se dedicó a tomar los restos y bajó hasta la habitación de Christopher, quien seguía completamente dormido y arrojó los trozos de lienzo al fuego que también se alimentó de ellos, así como de la madera que lo enmarcó. Solo quedó el alambre, pero eso lo dejó atrás, ya no significaba nada, tampoco podía hablar...

sonrió.

El secreto de los Blackburn quedaría a salvo, pero había un pequeño asunto del cual ocuparse: Christopher. Había visto el cuadro, tal vez leído esa carta que informaba de un cierto asunto muy turbio afectando a dos familias, aunque sabía, en realidad, afectaba a cuatro.

Del bolsillo de su abrigo, sacó un pequeño frasco de éter, y del otro bolsillo, un paño que empapó en el líquido. Sin dudarlo, lo colocó entre la boca y la nariz de Christopher. Durante un muy breve instante, el, abrió los ojos para volver a cerrarlos.

Cuando la toalla cumplió su función, fue colocaba en un cajón de la cómoda, y el frasco siguió en el bolsillo. No había pistas.

Salió de la habitación dejando la puerta abierta, mientras dos más entraban y sacaban el cuerpo inconsciente de Christopher, para subirlo al coche caballo y dejarlo abandonado en Kensington Garden, sin una palabra, sin una explicación, sin nada.

Regresaron a la mansión, se apagaron las únicas luces que quedaban encendidas y ninguna de las tres personas implicadas, sentían el menor remordimiento por los actos. Pero una persona lo lamentaba, lloraba en silencio en la cama con el dolor de haber traicionado a la única persona en quien podía confiar. En un mundo de poder, lo había perdido todo, todo lo que iba a conseguir.

Nadie excepto ellos, sabía nada. Todos dormían, ilusionados con el día que se les acercaba, soñando con las cosas que iban a aprender, pero él, seguía en Kensington Garden que cerró al atardecer. Quedó abandonado, a expensas de lo que pudiera suceder. La lluvia caía débilmente sobre la ciudad y sobre él, pero inconsciente, no sentía nada pese al frío y la humedad.

Poco a poco, el tiempo fue pasando. La oscuridad empezó a quedar atrás para dar paso a la luz del día, y el sueño de Christopher comenzó a quedar atrás.

Cuando despertó, desconocía dónde se encontraba, qué hacía allí y cómo había llegado. Le era complicado cualquier movimiento y se sentía muy mareado. Quiso ponerse en pie, más no pudo, cayó al suelo sin fuerza.

—¿Qué le pasa? ¿Puedo ayudarle? —escuchó que le preguntaba alguien. Quiso mirar, pero por algún motivo no conseguía clarear la vista, aunque la voz le era conocida— ¿Christopher, qué sucede?

Pudo ver cada vez con mayor claridad, como era Regina Harper a lomos de un caballo quien le hablaba. Suspiró. Consiguió ponerse en pie apoyado sobre un árbol, pero no sabía que decir, pues por mucho que lo intentara nada volvía a su memoria de una manera coherente, aunque al menos, si lo hacía la visión.

—Christopher, ¿os llevo a algún lado? —preguntó con paciencia esperando alguna respuesta para, al menos, una de las preguntas, aunque empezaba a creer que nada iba a conseguir—. Subid a mi carro, que nadie os vea así.

Él aceptó en silencio. Subió al carro y cerró la puerta, donde ella le llevara le daba igual, cualquier cosa era mejor que quedarse allí inmóvil, a espera de que alguien más le viera y no tuviera el respeto que esa mujer siempre tuvo con él.

Regina Harper no tenía la menor intención de quedarse con los brazos cruzados. Lord Blackburn había sido un libertino hasta que cumplió los 25 años. En ese momento, dejó de ir siempre en compañía de su amigo Nicholas y las mujeres y demás miembros de la sociedad, comenzaron a verlo con otros ojos. Incluso, le invitaban a actos donde antes no lo hacían.

Sin embargo, fue entonces cuando su familia comenzó a tratarlo de modo diferente. Le humillaban en público, le decían que estaba enfermo para excusar su ausencia, y luego, a los pocos días, le preguntaban a él y no sabía de qué le hablaban. Pero cuando cumplió los 29 aseguró que se iba a preocupar de conseguir una esposa. Todos creyeron que era una broma, mas al cumplir los 30 comprendieron que no mentía y luego...

Camino de no sabía dónde, Blackburn se iba preguntando ciertas cosas que no parecían tener ninguna respuesta, al menos, no en ese momento. Pero sabía que fue sacado de su casa porque no era bien recibido allí, abrió los ojos un breve instante y pudo ver un rostro, pero no terminaba de verlo con claridad.

—Hemos llegado lord Blackburn, lady Harper desea que usted se hospede en su casa hasta que se encuentre mejor y sepa que ha sucedido —explicó el mayordomo, quien había abierto la puerta al tiempo que el lacayo colocaba la escalera.

Christopher no sabía que decir. Suspiró y bajó del coche caballo. El frío le era demasiado intenso y, por primera vez, se dio cuenta de que estaba descalzo, no llevaba chaqueta y tampoco cartera.

—No se preocupe, le daremos lo que necesite —dijo el lacayo.

—¿Es lo que lady Harper hizo contigo? —preguntó Christopher con una leve sonrisa acariciando el cabello ensortijado del chiquillo.

—Sí, yo vive a robar comida y ella me ayudó, y aquí estoy —contó.

—¿Y tus padres? —preguntó curioso.

—No lo sé señor, un día mi padre salió y no volvió, y mi madre se murió. No tengo familia —respondió resignado—. Pero tranquilo, le darán todo lo que necesite.

Christopher entró en silencio en la vivienda. La servidumbre le saludaba con respeto cuando le veían y aunque era una casa muy diferente a la suya, resultaba más cálida, más confortable y mucho más relajante.

No se atrevió a moverse, de modo que se mantuvo en el lugar donde se encontraba a la espera de saber hacia dónde debía dirigirse, cosa que no duró mucho, pues el mismo mayordomo le invitó a que le siguiera, algo en lo que él no tuvo el menor problema.

—Antes de nada, le diré que aquí —habló el mayordomo mientras subía las escaleras— las cosas son sencillas: usted sigue siendo lord Blackburn para lady Harper y todo nosotros. La temporada comienza y no tengo duda de que lady Harper exigirá que usted participe en ella. Haya pasado lo que

haya pasado, todo se solucionará, se lo aseguro.

Christopher sonrió mientras continuaba caminando. En cuanto llegó, el hermoso cuadro que el día anterior tanto llamó la atención de Heather Hamilton, quien, pese a la hora, casi las diez de la mañana, aún dormía. Era tan hermoso que se quedó mirando unos momentos hasta ser llamado por el mayordomo.

—Perdone, ¿me acompaña? —preguntó con calma.

—Sí, lo siento —dijo Christopher asignada, el mayordomo abrió la puerta para que él entrara primero, cosa que hizo sin dudarle observando una habitación enorme, muy parecida a la suya, pero con colores más claros, lo que la hacía parecer de mayor tamaño.

—Esta era la habitación de lord Harper, mientras él no regrese, puede ocuparla —informó el mayordomo— el ayudante de cámara vendrá enseguida para ayudarle en todo cuanto necesite.

—Gracias —dijo Christopher, antes de dirigir sus pasos al sofá que frente a la chimenea apagada se encontraba, y que encendió.

Sentado en el sofá, esperó la llegada del ayudante de cámara. Desconocía quien era, pero al menos estaba seguro. Regina Harper siempre fue una mujer que nada tenía, todo era para los demás, a todos ayudaba, pero eso era algo que a más de uno molestaba y, sin embargo, nadie hablaba pues tenía motivos para callar y todas las habladurías no podían con su espíritu.

—Lord Blackburn, lamento mi tardanza, pero desde que Lord Harper se marchó, yo voy por libre y me encontraba ocupado, le prometo que nunca más sucederá —se excusó el ayudante de cámara acercándose al sofá donde Christopher se encontraba.

—No pasa nada, no soy quien para exigir nada en esta casa, únicamente soy un invitado —respondió—. Un invitado que nada comprende.

—Conozco a su familia lord Blackburn, y sé, ocultan muchos secretos que pueden hacer conocer hechos de lo más inquietantes, tenga paciencia —dijo—. Si me lo permite, necesita un baño y también ropa limpia, me ocuparé de ello.

Christopher sonrió agradecido. Asintió con la cabeza y continuó con su silencio. No estaba triste, ni tampoco enfadado, necesitaba respuestas, nada más, tampoco era lo más deprimente de todo. Además, así podía acudir a los bailes, a los conciertos, al teatro e incluso al fin de semana en Silverley. Mirando las cosas por ese lado, quien le había hecho tal daño, le había también regalado algo especial: una oportunidad.

Permaneció allí, sentado, hasta que el ayudante de cámara le avisó y se dirigió al baño. El agua caliente le relajó, le hizo sentirse mejor, acabó por sonreír, y una vez estuvo vestido, volvió a sentirse él.

—Si me lo permite lord Blackburn, debería bajar y desayunar, lady Harper le espera con su invitada, una amiga que vive aquí desde ayer —indicó el ayudante de cámara.

—Gracias, así lo haré... —Blackburn le observó fijamente, aún no sabía su nombre— ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Lion, lord Blackburn —respondió el muchacho.

—Muy bien, Lion. Llámame Christopher —pidió él.

El ayudante asintió con la cabeza y le acompañó hasta el comedor. No se quedó con ellos, alegó que ya había desayunado, se marchó de nuevo a su habitación y dejó a los tres allí con un gran festín en el cual no faltaba nada.

—Desayune con nosotras lord Blackburn, debe tener hambre —invitó lady Harper con una sonrisa—. Ah, ésta es lady Hamilton —dijo presentando a Heather, la cual, desde la ventana, le vio llegar en un estado lamentable— Heather, él es lord Blackburn.

—Encantada lord...

—Lo mismo digo lady Hamilton —interrumpió él con una sonrisa—. Por favor, llámame

Christopher, tanto lord Blackburn me abruma un poco, y... lamento haberos interrumpido lady Hamilton, por favor, disculpadme.

—Comprendo, no tiene importancia Christopher, si podéis, os ruego me llaméis Heather —respondió ella con agrado, a lo que él, únicamente contestó con un leve movimiento afirmativo de cabeza.

Con aquello, terminó la charla durante el desayuno. Nadie dijo una palabra, aunque con agrado, Regina fue testigo de más de una mirada entre sus invitados, ninguna sonrisa, pero ambos tenían la suficiente inteligencia como para aprovechar la oportunidad que ella les ofrecía, una oportunidad que, sabía, los padres de Heather no le darían.

Y Heather lo sabía.

Cuando despertó ese día, necesitó un largo rato para poder recordar dónde se encontraba, pues nadie la despertó, nadie le dio los buenos días con datos sobre el hombre que su madre o su padre habían encontrado para ella.

Todo lo contrario.

Se levantó cuando quiso, se vistió el traje que deseó y no había ningún hombre que quisiera casarse con ella o no ser que Regina invitase a Blackburn para tal fin, pero no estaba segura, no le parecía que su amiga fuese de ese tipo de personas, existían muchos motivos por los cuales Blackburn podría estar allí, aunque no se le ocurría ninguno con sentido.

Confiaba en ella, lo demás no importaba.

Y, estaba segura, si Regina hubiese querido que él fuera algo para ella, no le quedaba duda de que hubiera dicho durante el desayuno algo más que una simple presentación como dijo. Una presentación en la que, lo único dicho, fue un nombre, un nombre que a ella le decía bien poco, lo único que sabía de Blackburn era que fue un libertino años atrás y que, se rumoreaba, había decidido sentar cabeza, pero, de la noche a la mañana, desapareció de la vida pública.

Heather creía que, tal vez, en su libertinaje, hizo algo y no deseaba fuese conocido, por ello desapareció, mas algo en su interior le hablaba de cosas tan diferentes que nada tenía ningún sentido. Sobre todo, porque ella no disponía de demasiada información como para dar una opinión acertada.

De todos modos, no era capaz de hacer mucho más que no fuera pensar, aunque al descubrir la biblioteca de Regina no le quedó ninguna duda de que podría pasar muy bien el rato, y además, allí mismo encontró a Grace, quien charlaba animada con Jane, la doncella de Regina.

—Acérquese Heather, estamos conversando sobre el fin de semana en Silverley. Yo también iré. Es un sitio maravilloso, voy todos los años desde la presentación en sociedad de Regina —informó Jane con una amplia sonrisa—. Le gustará saber que leer, dibujar y pasear son las aficiones con más adeptos en el fin de semana.

—Eso es fantástico, pero no me he traído ni mi material de dibujo ni mis libros de lectura —dijo Heather, a la espera de que Jane pudiera darle alguna opción, sabía que Grace no podía ayudarla en ello.

—No se preocupe, Regina, estoy segura, estará encantada de compartir con usted su material de dibujo y sus libros —respondió la doncella sin defraudar a Heather, quien sonrió.

—Pero ¿cómo respondo a la invitación de la viuda Jefferson? —preguntó Heather extrañada.

—Por eso no se preocupe, ya se ha encargado de ello Regina, ha respondido esta misma mañana a primera hora a lady Jefferson y le ha informado que irá con usted y con lord Blackburn. Si saben que viven aquí, sus invitaciones a los bailes les llegarán aquí, no a sus casas —comentó Jane con respeto, cruzando sus manos delante—. Y no se preocupe, no tiene que cocinar, la cocinera ha decidido no tomarse el día libre. Lady Harper ha insistido, pero ella lo ha rechazado.

—Comprendo, muchas gracias —dijo Heather acercándose, a continuación, a la biblioteca—

cogeré un libro para leer.

—Claro, como desee —respondió Jane con un gesto de la mano y una amplia sonrisa.

Heather sonrió y tomó un libro. Se sentó en un sillón junto a la ventana y comenzó a leer en silencio. El día, al contrario de los demás, se encontraba triste, apagado. Aún no había visto la luz del sol y hacía más frío que el día anterior. Por un breve instante, Heather creyó ver que caían unas gotas de lluvia, pero supuso, habría sido, tal vez, su propia imaginación.

Sin embargo, no era así.

La lluvia caía silenciosa, acariciaba el verdor del jardín, las hojas casi marchitas de plantas, arbustos y árboles, las gotas competían en los cristales por ver quien llegaba antes a la meta. El cielo se cubrió por completo con oscuras nubes que parecían no estar nunca satisfechas y proseguían con su despliegue, aunque Heather no se daba cuenta de ello, inmersa como estaba en la lectura.

Tanto lo estaba, que no se percató de que Grace y Jane habían salido de la estancia dejándola sola con lord Blackburn, quien también leía, pero en otro lado de la sala y no en un sillón junto a la ventana, en un sofá cerca de la puerta, por si a ella le molestaba su presencia.

Heather no se dio cuenta de ello hasta que cerró el libro y observó la ventana. La lluvia continuaba con su desfile acompañada por un suave viento que mecía las hojas, las flores otoñales y las ramas más pequeñas. Pero la presencia de lord Blackburn se reflejó en el cristal.

En un primer momento se sobresaltó, mas casi al instante, se dio cuenta de que él no la veía, tan centrado en la lectura estaba que no alzó la vista ni cuando ella comenzó a caminar hacia él.

—¿Me ignoráis o me vigiláis? —preguntó a la defensiva— Parece que no os dais cuenta de que no soy de esas mujeres.

—Ninguna de las dos cosas lady Hamilton —se excusó él, al tiempo que cerraba el libro y se ponía en pie—. Lamento haberos incomodado, como podéis ver, mi intención es únicamente leer. Al entrar, os descubrí cerca de la ventana y decidí quedarme aquí para no molestaros.

—No me gusta que los demás supongan por mí, no volváis a hacerlo. Y no olvidéis que yo no soy nada vuestro, por lo tanto, me niego a permanecer a solas con vos —habló con severidad, ni ella misma comprendía que le pasaba—. ¿Seréis capaz de recordarlo?

—Por supuesto lady Hamilton, de veras, lo lamento yo...

—No me sirven vuestras lamentaciones, yo quiero hechos —sentenció al tiempo que alguien abría la puerta de la biblioteca—. No sé con que tipo de mujeres está acostumbrados a tratar, pero sabed que no soy de las que corren detrás de unos pantalones por mucho dinero que exista de por medio.

—Eso ya lo sé lady Hamilton, me lo habéis dejado claro desde el principio. Lo que iba a decir antes de que me interrumpierais, era que mi presencia aquí no tiene una doble intención: entré a leer, a dejar a un lado los problemas. La lectura ha sido siempre un apoyo para mí. Perdonadme si os he molestado, últimamente parece que es lo único que hago —dijo cabizbajo, y soltó el libro en el sofá.

Grace fue testigo de la conversación, mas nada dijo, permaneció junto a la puerta abierta en silencio, observó a lord Blackburn y le dejó salir de la sala sin decir nada, pues nada tenía que decirle, acababa de tener una conversación muy interesante con lady Harper, quien acababa de enviar a su cochero para que llevase la nota de agradecimiento a lady Jefferson, en la cual indicaba la intención de acudir con lady Hamilton y lord Blackburn. En dicha charla, lady Harper, informó que su cochero tenían un doble trabajo, ella quería que supiera la sociedad dónde se encontraba lord Blackburn, y necesitaba conocer qué ocurrió para que alguien como él apareciera descalzo, sin chaqueta, totalmente desorientado y sin dinero en un parque.

—Creo que habéis sido muy dura con él, demasiado —dijo Grace con una leve sonrisa—. Comprendo que os protegáis, pero él no es un enemigo, no os ha hecho nada ni a vos ni a nadie.

—¿Entonces qué es? —preguntó Heather extrañada.

—Un hombre que guarda un secreto —respondió Grace—. Posiblemente ni él mismo tenga claro dicho secreto.

—Está bien, pero no voy a disculparme —respondió ella con seriedad.

—No os he dicho tal cosa, pero sí diré algo: no hagáis como vuestra madre, no tratéis a los hombres como objetos. Ni como un modo de llegar donde queréis. Siempre habéis dicho que os casaríais por amor, no cambiéis eso por el hecho de vivir aquí bajo la protección de Regina. Sea como sea, no abandonéis vuestro camino.

Lady Hamilton bajó la cabeza. Estaba avergonzada. Por un momento se había comportado como una niña engreída que imitaba a su madre, pero por suerte, estaba Grace para hacerla comprender su error. Y, aunque no lamentaba sus palabras, sí que era consciente de que, tal vez, había proyectado su rabia hacia alguien inocente.

Inocente en cierto sentido, porque ¿cuál era el secreto que ocultaba? ¿Y por qué estaba allí? ¿Acaso era una estrategia de Regina para buscarle un marido lo antes posible? Le parecía algo excesivamente rebuscado, pero cosas más extrañas había visto, como cuando su madre la quiso casar con lord Miller, un duque viudo en cuatro ocasiones con 9 hijos todos mayores de 17 años, los que ella tenía en aquel momento, claro que las cosas no salieron bien, pero fue la vez que más cerca estuvo de comprometerse en contra de su voluntad.

6

Lord Blackburn salió de la sala con calma, aunque nervioso en su interior y un poco asustado. Molestar a la joven no había sido su intención. Todo lo contrario, únicamente deseaba un rincón donde pasar el rato, donde leer, donde su mente quedase inmóvil y los recuerdos se evaporasen. Incomodar a una mujer nunca le había gustado. Todo lo contrario, lo despreciaba. Sí, en sus años de juventud había salido con varias mujeres, había cambiado de acompañante, había rechazado decenas de compromisos.

Pero aquello pasó, quedó atrás, él no era el hombre que fue cuando tenía 17 o 18 años, era un hombre a quien juzgaban cuando tomaba el camino correcto, a quien no querían en su casa porque nadie parecía que deseara ver como creaba su propia familia.

Pensando, caminó cabizbajo por los pasillos de la mansión. Las criadas estaban ocupadas en sus quehaceres, pero ninguna parecía triste, todo lo contrario, muchas incluso tarareaban. Le llamó la atención y quiso preguntar, más temió molestarlas como antes había hecho con lady Hamilton, y prefirió callar.

Salió de la casa y en el jardín se pasó un largo rato, sentado en un pequeño banco observando no sabía bien qué, aunque parte de sí mismo, luchaba por mantenerse en un plano diferente. Sí, era posible que no pudiera nunca más volver a su casa, era posible que nadie le contase la verdad de su historia, pero no era eso lo que tanto le abrumaba.

Ya no.

Aquella hermosa joven de no más de 18 años, con aquella personalidad tan firme, tan decidida. Con esos oscuros cabellos y ojos de color de cielo, con sus labios tan exquisitos y ese rostro angelical... El vestido blanco y rosa le iba muy bien, ceñía a su cuerpo al tiempo que simulaba más que enseñaba, porque apenas si dejaba ver sus hombros, y sus manos, sin los guantes, parecían tan suaves como su rostro. No quiso observarla muy fijamente durante demasiado tiempo para evitar enfadarla más, pero hasta enfadada le parecía la mujer más hermosa de todas; un auténtico ángel.

—Lord Blackburn, ¿podemos hablar? —preguntó el mayordomo sacándolo de sus pensamientos de un salto— desearía hacerle unas preguntas. Perdona, no deseaba asustarle.

—Claro, si le puedo responder... —respondió con un profundo suspiro. Se levantó— No se preocupe por haberme sobresaltado, no tiene importancia —dijo y caminó hacia el mayordomo, el cual hizo una señal para que le acompañase.

—Dígame, ¿cuál es su verdadera intención? —preguntó caminando por el jardín, un lugar exquisito, lleno de arbustos, paseos y fuentes.

—Tengo dos: conocer el secreto que rodea a mi familia y encontrar una esposa —respondió con sinceridad—. ¿Algo más? Pregunte lo que desee, no tengo nada que ocultar.

—Bien, porque no he terminado, recuerde, y si no lo sabe yo se lo digo, que aquí no hay hombre más cercano a lady Harper que yo mismo. Conozco a la señora desde hace mucho, antes de su

presentación en sociedad, y le aseguro que no voy a permitir que nadie le haga daño —le explicó con seguridad, pero sin severidad alguna.

—Me alegra saber que ella está a salvo, se merece lo mejor, es una mujer muy buena a la que agradezco su ayuda. Y, por supuesto, no tengo la menor intención de perjudicarla —explicó—. Si bien, no puedo explicar la mayoría de las cosas porque no las sé y no las recuerdo.

El mayordomo guardó silencio. Estaba preocupado, no era normal que alguien como él se mostrase de ese modo, aunque suponía, algún día, todas sus preguntas tendrían una respuesta. Él no podía dárselas, no podía hacer más que estar ahí. Sí, sabía mucho, pero no bastaba, las respuestas que podía darle llevarían a más preguntas que yo no tendrían fin. Sacarle de un círculo vicioso para introducirle en otro era totalmente innecesario.

—Puedo —dijo Christopher deteniendo su paso— ¿preguntar yo algo?

—Sí, y si tengo la respuesta —respondió el mayordomo mirándole— se la daré con sumo agrado.

—¿No teme vuestra señora manchar su reputación, acogiéndome en su casa, sin estar su marido? —preguntó.

—Lord Blackburn, es imposible que lady Harper vea su reputación manchada por haberos acogido —sentenció el mayordomo prosiguiendo con su paseo—. Recordad que, cuando vos accedisteis a subir a su carro, vos lo hicisteis solo, ella no desmontó de su caballo en ningún momento, incluso llegó aquí antes que usted. Además, me ha contado el cochero que numerosas personas, al menos seis, escucharon a lady Harper intentar convencerlos para que os dejaseis ayudar, dudo, que la reputación de ella sea manchada. Tampoco la de vos se verá manchada. Dejadme que os diga una cosa: puede que no ahora, puede que no mañana, pero si una reputación se ve mancillada, será la de las personas que os abandonaron en el parque, que, por cierto, no era Hyde Park, era Kensington Garden.

—Pero... —quiso hablar, mas no encontraba las palabras.

—Lord Blackburn, os aconsejo que mantengáis la calma. Las cosas se solucionarán en su momento. Ahora, recuperad las fuerzas y preparaos para mañana, a las doce, partiréis con lady Harper, lady Hamilton y sus doncellas hacia la casa de campo de los Jefferson —informó—. Si lo deseáis, el ayudante de cámara puede acompañaros, le gustará estar con su hermano.

—¿Su hermano? —preguntó Christopher extrañado.

—Sí, el cochero de lady Harper y el ayudante de cámara son hermanos, pero es decisión vuestra el llevarlo o no.

—Pues que nos acompañe. ¿Podéis decírselo? Me gustaría estar aquí un poco más, si es posible —pidió suplicante sentándose junto a una fuente cuyo chorro de agua salía de una hermosa escultura de mármol.

—Por supuesto lord Blackburn, se lo diré ahora mismo. Vos podéis quedaros todo el tiempo que deseéis, si necesitáis algo, pedidlo —respondió marchándose y dejando a un Christopher Blackburn que sentía estar caminando cual títere hacia un precipicio, al que no se le conocía fin.

Sin embargo, no podía dejar de pensar en todo cuanto ocurría. Le era increíble, difícil, pero también necesario. Aquel cuadro continuaba en su cabeza, aquella pintura era tan... tan... Introdujo su mano en la fría agua de la fuente y jugó un poco, como cuando era pequeño y su inocencia le hacía ver las cosas de otro modo.

Las ondas que se creaban por los movimientos de sus dedos, le fueron como una máquina del tiempo que le mostrase el rostro angelical de lady Hamilton. Por algún motivo no podía dejar de pensar en ella. La veía con tanta claridad que parecía estar allí, a su lado. Incluso miró por si estaba allí, a su lado, pero no. y le entró la sensación de que no iba a estar con ella nunca, ella lo dejó claro, le huía a los hombres, aunque no comprendía bien el motivo.

Suponía, podía ser debido a que la joven habría tenido problemas, y, por ello, estaba de ese modo, pero lo cierto era que la admiraba. Mucho. Era una mujer muy hermosa, con mucha fuerza, con carácter, capaz de defenderse, todo lo contrario a su madre, ella no era así, pues se quejaba, pero no hacía nada, al contrario, culpaba a los demás de cosas que eran exclusivamente suyas. La boda se llevó a cabo por decisión familiar en la que ella intervino, si no quería casarse, no era necesario que lo hiciera, bastaba con una sola palabra...

Se levantó en silencio y caminó cabizbajo por el lugar hasta la casa, hasta donde le esperaban ya para el almuerzo, que, cortésmente rechazó, ante la tristeza de lady Harper y la extrañeza de lady Hamilton, quien observó extrañada como él subía las escaleras, y, en lugar de caminar hacia su habitación, lo que hacía, era caminar hacia el estudio.

No dijo nada, se dedicó a sentarse a la mesa, almorzar un poco y guardar silencio, aquella no era su casa, si Regina no veía ningún mal en todo aquello, ella no era quien para intervenir, aunque le resultaba extraño que se dedicara a ir al estudio podía... Podía ir a su habitación...

—Espero que perdonéis a lord Blackburn, está muy afectado, supongo que pronto todo marchará bien, pero ahora todos tenemos nuestros propios problemas —excusó ella, sentándose a la mesa y comenzando a comer.

—Tienes toda la razón, antes, creo que me he pasado con él —dijo lady Hamilton.

—No te preocupes, no pasa nada, cosas peores ha vivido. Estoy segura, dentro de nada, volverá a ser el que era. Por de pronto, mañana tenemos el fin de semana —explicó lady Harper.

Pero estaban equivocadas, no era nada de lo que ellas creían, lo que le pasaba a Blackburn. El hombre, únicamente pensaba en lady Hamilton. Ella era todo lo que él quería en una compañera: una mujer fuerte, con una personalidad determinante y las ideas claras, una mujer que pensaba y actuaba del mismo modo, que defendía su reputación sin necesidad de un hombre. No era amor lo que por ella sentía, era admiración, creía que eso no era posible, conocía a muchas mujeres a las cuales les importaba la fortuna que podían conseguir, y otras... Otras presumían de su cuerpo, de su dinero, de su posición social.

Tal vez había encontrado otras mujeres similares a como era lady Hamilton, pero no las había visto, o como era el caso de lady Harper, estaban casadas, y, en ese caso, el no se fijaba en ellas. Una mujer casada o comprometida, para Christopher Blackburn, era una mujer a la cual había que respetar, pero nunca fijarse en ellas.

Aunque el caso de lady Hamilton era muy diferente, tanto, que no podía dejar de pensar en ella. Y sabía, ningún mal hacía, ella era una mujer libre y él, también.

Con tristeza, caminó por el pasillo, se giró arrepentido, decidiéndose por ir a la habitación. Se acercó a la ventana y observó el jardín. Era mayor que el de su casa, pero también más limpio, más organizado y con más vida. Merecía la pena contemplarlo, pero, por algún motivo, no podía mantener la vista mucho rato, algo en su interior le decía que no intentara recordar, que mientras más mirase más lo sentiría.

Sin embargo, era imposible no pensar.

Lo lamentaba, no podía evitarlo.

Y volvía a pensar en lady Hamilton. Tal vez, teniendo el fin de semana para calmarse, podrían ser amigos, al menos eso, algo era algo, porque él ya no podía contar con nadie, lo había perdido todo, todo y sabía que era lo que había hecho: curiosear. Descubrir algo que nunca debió haber descubierto, algo borroso que dudaba si merecía la pena recordar.

Intentó dejar de pensar, por lo que centró su mirada en la habitación. Era una habitación enorme, con una cama bastante agradable, cómoda y cálida. El armario estaba lleno de ropa limpia, cuidada y bien colocada. También la cómoda guardaba ropa. En el otro lado de la habitación, tenía un baño y un

lavabo. Los colores de la habitación eran claros, la cama se mantenía sobre una tarima y el sofá se encontraba contra la pared, no había chimenea, pero lo agradecía. Las cortinas, de un único color, caían pesadamente hasta el suelo que las acogía y los ventanales permanecían abiertos, algo que en su casa casi nunca ocurría.

Sonrió. Se iba a volver loco si no cambiaba de actitud, daba igual si podía o no olvidar, si le iban a hacer algo más o no, pues lo que él de verdad quería era saber quien era y crear una familia.

Algo demasiado difícil.

Salió de la habitación en silencio y bajó hasta el comedor donde las mujeres ya casi habían terminado de almorzar. Quedó apoyado en la pared, no quería entrar sin el permiso de ellas, deseaba tenerlas como amigas, no como enemigas.

—¿Necesitáis permiso? —preguntó lady Harper, al tiempo que le invitaba a pasar.

—De la dueña de la casa, por supuesto —respondió.

Christopher aceptó la invitación. Entró y ocupó un asiento junto a lady Hamilton, quien le observó con calma, mientras él apartaba de ella su mirada temeroso de que ella se volviera a sentir incómoda por su presencia.

—¿Puedo haceros una pregunta lord Blackburn? —preguntó lady Hamilton en un tono de voz más de curiosidad que de molestia.

—Por supuesto lady Hamilton, lo que usted desee —respondió observando su plato. No le gustaban mucho aquellas verduras y no tenía mucho apetito, pero dejar la comida sin tocar le parecía algo de mala educación.

—¿A qué viene ese segundo nombre vuestro, Andronicus? Me lo dijeron hace mucho, pero nunca he sabido el motivo.

—Me lo puso mi abuelo, nunca le pregunté lo que vos me habéis preguntado, pero cuando falleció, lamenté el no haber hecho —respondió confesando su miedo a conocer muchas cosas, aunque otras...

Lady Hamilton sonrió. No conocía la historia de Blackburn, pero si sabía de la pérdida de oportunidades, y eran pérdidas que se lamentaban toda la vida.

—Yo, si usted lo desea le puedo indicar algo que sobre el nombre —dijo en un tono de superioridad—. Me extraña su poco interés.

—Por supuesto lady Hamilton —respondió intrigado—. Para su información le diré que mis relaciones familiares no son buenas salvo con mi abuelo, no se nada de lo que en realidad rodea mi vida, los secretos son demasiado profundos.

—Creo que os comprendo —respondió lady Hamilton, segura de que mientras más apartada estuviera de ese hombre, mucho mejor—. Vuestro nombre es de procedencia francesa, o eso le oí decir a mi padre hace tiempo cuando hablaba de vos.

—¿De mí? —preguntó extrañado abriendo los ojos como platos.

—Sí, de vos. No escuché la conversación, temía fuera una de esas que acababan con la intención de que me casara —explicó ella con seguridad.

Christopher sonrió triste. Desde luego, con ella no lo tenía fácil, no le soportaba. No creía pudiera ser su amigo, aunque había dicho algo muy interesante: Francia. Su abuelo había vivido allí algunos años, antes de que él naciera, regresó cuando supo que iba a ser abuelo por primera vez, y ya no se marchó.

Habían empezado con mal pie él y lady Hamilton, pero en parte, no lo lamentaba porque no era culpa suya, y tampoco culpa de la joven, eran las circunstancias que, en otro momento, les hubieran hecho ser amigos, pero en ese, no.

—Gracias por la información lady Hamilton, habéis sido muy amable —respondió con naturalidad, a la espera de poder tener la oportunidad de conocer algo más.

—No tenéis que agradecer nada, pero ya que tanto os guste leer, podríais saber más cosas, si prestarais atención a lo que dicen los libros —replicó con cierta indiferencia—. Si me lo permitís, me gustaría retirarme a la habitación, he de escoger los vestidos para el fin de semana.

Todos los presentes aceptaron con un leve movimiento de cabeza, incluso lord Blackburn, quien no se atrevió a mirar a la joven, aunque cuando ella se dio la vuelta, la observó complaciente con un leve movimiento de cabeza. No le cabía la menor duda de que el fin de semana iba a ser muy divertido, muchos se sorprenderían de su presencia y otros, se alegrarían, pero lo principal, podría demostrar a lady Hamilton que no era como ella creía.

—También yo tendría que retirarme, pero no tengo ropa, lo siento —dijo con una triste sonrisa—. ¿Podría disponer de algo más de Nicholas?

—Todo lo que deseéis, él no regresará, estoy segura de ello. Puede que sí, que vuelva algún día, pero aún hay mucho tiempo —explicó ella, sin querer dar demasiadas explicaciones.

Lord Blackburn tampoco quería más explicaciones, siempre tuvo la sospecha de que ella sabía más de lo que decía, pero Nicholas no era un buen marido, si no quería regresar, que no lo hiciera, así ella podría en poco más de seis años recuperar la libertad que nunca debió perder. Y sí, era su amigo, pero nunca fueron íntimos y el hecho de casarse con ella, les distanció, porque tenía capacidad para liberarla del compromiso, algo que se negó a hacer.

Pero lo agradecía, y, a medida que se acercaba a la habitación, más lo agradecía, porque de estar Nicholas allí, no podría ir al fin de semana, ni tampoco tendría ropa con la cual vestirse, ni un techo sobre su cabeza. Posiblemente, estaría por ahí, perdido, hambriento y solo.

Cuando llegó a la habitación, el ayudante de cámara, se encontraba en la puerta, esperándole.

—Me han dicho que mañana os acompañaré. Gracias —dijo—. Os ayudaré con el equipaje.

—Como deseéis —respondió.

Ambos entraron, y, mientras el ayudante de cámara se encargaba de la ropa, Christopher se dedicó a elegir unos libros para leer en Silverley, cuya casa ansiaba conocer, así como ansiaba hacer las paces con lady Hamilton, estaba seguro de que si lo volvían a intentar, podrían ser muy buenos amigos.

Mientras, en la misma casa, pero en distinta habitación, lady Hamilton, observaba la ropa que iba a llevar para el fin de semana. Era en el campo, por lo que prefería vestidos floridos, sombreros alegres y una sombrilla. En el armario tenía mucho donde elegir, pero ni ella ni Grace conseguían ponerse de acuerdo debido a la variedad, por lo que acababan riendo con gran diversión.

—Esto es muy divertido, nunca antes me había reído tanto con preparar algo social, espero divertirme tanto en Silverley —dijo limpiándose una lágrima que caía por su mejilla debido a la risa.

—Estoy segura de que se lo pasará muy bien, quizás incluso mejor —indicó Grace—. Yo, cuando era más joven, fui un par de veces a un evento social similar y no quería regresar, era muy divertido, no paré un solo momento.

Heather sonrió, agradecida por tener esa oportunidad. Supuso que no habría podido ir si aun estuviera en casa de sus padres, aunque no dudaba de que ellos estarían en Silverley, quizás, inventando una excusa sobre su ausencia, aunque lo más seguro era que esperasen a verla para decir algo, pero ella no sabía que diría, tal vez la verdad...

Suspiró y, con uno de los vestidos en las manos, se acercó a la ventana. Se veía el jardín. Volvía a llover. Supuso que, quizás, el fin de semana no iba a ser tan divertido, iba a ser más bien en la casa todos los invitados y sin poder disfrutar del campo.

—No pasa nada si llueve, de verdad, no pasa nada, en Silverley todo es diversión aunque llueva —dijo Grace—. Confía en mí.

—Claro, ¿cómo no voy a confiar? —preguntó Heather— Tranquila, iré y voy a disfrutar y estar lo más lejos posible de mis padres y de ese imbécil de Blackburn.

Grace suspiró y continuó con el equipaje. Estaba segura de que, pese a lo mucho que Heather hablaba mal sobre Christopher, ésta no le odiaba ni despreciaba, pero se protegía, decía que iba a estar lo más lejos posible y, desde luego, no podía. Sabía, estaban destinados a permanecer juntos, aunque ella no hablaría hasta el momento adecuado, y no era ese. cualquier otro, menos ese.

Aunque sí esperaba que pudiera estar lo más lejos posible de sus padres, ellos no iban a hacer lo que tenían que hacer, se dedicarían a desprestigiar a su hija si de ella no conseguían lo que deseaban, pero mejor que no lo hicieran, porque la vio crecer desde los 4 años, fueron los mejores 14 de su vida. No le importaba rebajarse a una simple criada, si quedaba con ella, incluso ser tweeny le era válido.

Lo único que lamentaba era que Blackburn había aparecido demasiado pronto, sólo podía preparar a Heather para que admitirse a Christopher. Y el fin de semana era el momento idóneo, si los padres de ella no intervenían.

Porque Grace, estaba decidida a ver a los dos juntos, casados y felices.

Pero no iba a decírselo a nadie, mucho menos a los dos jóvenes.

Aunque Heather estaba segura de que Christopher no convenía a nadie, mucho menos a ella, quien

era capaz de defenderse, de valerse por sí misma y de luchar por sus sueños. Durante dos años peleó por su libertad y la consiguió. No había semana en la que sus padres no le presentasen a, según ellos, un buen partido. Y todos salían del mismo modo: defraudados, humillados... Bastaba una mirada, para que la mitad se retirase, una palabra para que varios quedasen a la altura del betún, una sonrisa, para que el resto se marchara sin volver a aparecer. Las amenazas no servían, por lo que sus padres, quienes tampoco se ponían de acuerdo frente a lo que querían para su hija, ya no sabían que hacer con ella.

Sin embargo, Heather temía bajar la guardia y caer en las redes tendidas por sus padres, por eso siempre estaba alerta, no sólo con los hombres, también con los criados.

Menos con Grace.

—Heather, necesito pedirte algo. Algo sencillo. Por favor, controla tus rabietas, controla tus palabras cuando estés junto a lord Blackburn y haya alguien más cerca —pidió mientras observaba dos vestidos, dos hermosos vestidos florales, uno de color violeta y otro rosa, pues quedaba sitio para uno de ellos nada más—. De ese modo, las palabras de tus padres perderán fuerza. Además, es mejor que estés de amiga con él, en lugar de enemiga. Vais a vivir mucho tiempo juntos.

—Comprendo lo que quieres decir, te lo agradezco, pero no voy a ser nada de ese hombre —dijo Heather tomando el vestido violeta y guardándolo en la maleta.

—Para alguien que no desea nada de los hombres, elige los vestidos más hermosos —susurró para sí misma con una media sonrisa.

Heather no escuchó las palabras de Grace, se dedicó a acercarse a la cómoda y contemplar las guantes. Debía escogerlos bien, pues no todos eran iguales, según la ocasión podían ser largos o cortos. Finalmente, decidió escoger algunos pares de todos, así, estaba segura de poder aceptar con ellos.

Por otro lado, se preguntaba que iba a pasar cuando llegaran allí.

—Si te estás preguntando que pasará allí, te diré que cada una tiene su habitación compartida. Las criadas, en cambio, dormiremos todas juntas y los criados, dormirán en otra habitación. Las habitaciones estarán compartidas por mujeres, no por mujeres y hombres —explicó ella—. Pero tranquila, estoy segura de que compartirá habitación con Regina, ya que ambas viajan juntas.

Heather sonrió feliz, aquella información la hacía sentir mucho mejor, si iba a compartir una habitación, prefería hacerlo con Regina o con Grace, no quería hacerlo con su madre, aunque tuviera que dormir con los caballos.

—Eso es un alivio, gracias Grace —dijo al tiempo que colocaba la última maleta junto al resto del equipaje—. Y una cosa ¿qué se puede hacer allí?

—A eso no te voy a responder —dijo Grace con cierta picardía—, si lo hago, no tendrás ninguna sorpresa este fin de semana, me parece que es mejor que te diviertas.

Heather comprendió a la primera lo que Grace quería decirle, y no volvió a insistir, aunque se pasó el resto de la tarde ilusionada con lo que podría hacer en Silverley. Estaba tan entusiasmada que, cuando llegó la hora de dormir no podía y, pese a los muchos intentos que realizó, quedó toda la noche observando las estrellas y la luna, leyendo o conversando a solas, pues Grace se durmió agotada por el largo día.

Aunque el siguiente no se presentaba mucho más tranquilo, de hecho, desde la primera hora de la mañana, el ajetreo fue bastante intenso. Las criadas iban de un lado para otro, las maletas bajaban en procesión desde las habitaciones hasta el coche caballos que parecía no fuera a tener suficiente capacidad para tantas cosas, Grace y Jane se afanaban en tener todo preparado para lady Hamilton y lady Harper así como en preparar sus propias cosas.

Finalmente, el coche estaba al máximo de su capacidad, de tal modo que el ayudante de cámara, se vio obligado a llevar en el regazo una maleta pequeña, pero como era la suya no le importó. También el

cochero llevaba junto a él en el asiento una maleta, tampoco le importaba, pasar el tiempo con su hermano era algo que bien merecía un pequeño esfuerzo.

En el coche, Heather Hamilton, Regina Harper y Christopher Blackburn iban juntos, pero las criadas y el ayudante se colocaron delante. Las molestas estaban, pues iban bastante apretados, más el viaje les era tan especial que nadie se quejaba.

Al contrario.

Heather Hamilton, observaba cada recodo de la ciudad que iba dejando atrás. La emoción le hacía ver muchas de las zonas como si las viera por primera vez. Incluso los jardines, los edificios, el Támesis... Todo era nuevo, todo estaba diferente, era más especial.

—Heather, pareces una niña pequeña ¿estás bien? —preguntó Regina al ver las reacciones de su amiga.

—Sí, lo estoy ¿por qué no iba a estarlo? —preguntó, extrañada por la pregunta que le estaba haciendo Regina.

—Pues por lo que he dicho, es como si nunca hubieras visto nada de Londres, y tú has vivido aquí —respondió ella con una amplia sonrisa.

—Las cosas se ven distintas si las sientes diferente. No voy arrastrada, eso ya lo sabes, fue mi elección. Tampoco voy con una lista tan grande como el Big Ben de normas, sé lo que he de hacer y eso te es suficiente, de lo contrario, ya me hubieras dicho cómo debo comportarme cuando estemos allí. Ésta libertad, hace que las cosas sean más hermosas, más agradables y más...

—¿Auténticas? —preguntó Christopher mientras veía por su lado su casa, de donde salía el coche de caballos— Pare por favor.

Todos quedaron sin saber que decir ni comprender nada. De pronto estaba sereno, tranquilo e incluso participativo, y luego, de inmediato, alterado gritaba exigiendo.

El cochero no tardó en detenerse, pero antes salió del carruaje Christopher y corrió hacia la casa. No les cabía la menor duda de que algo le pasaba, aunque no tenían claro el qué.

—Desde luego parece que está loco ¿cómo se le ocurre eso?—preguntó con curiosidad— Hará que lleguemos tarde. Y si tiene casa ¿por qué está en la tuya, Regina?

—No te puedo contar la historia ahora mismo, porque a mí me faltan ciertos detalles, pero lo de tener hogar... Estamos trabajando en eso —respondió con tristeza observando la casa.

Heather suspiró. Temía haber metido la pata, pero más aún, temía que el error pudiera ser corregido, porque aún así, si todo era un fallo por parte de Regina, significaría que el corazón de su buena amiga la llevaría a manchar su propia reputación, y Regina era demasiado especial para ello.

Se entristecía, no era su intención y lord Blackburn se comportaba como un niño malcriado, pese a ser un adulto.

Guardó silencio, quedó allí, esperando a ver que sucedía deseando partir y estar lo antes posible en Silverley, pero el cochero no se movía, lord Blackburn desapareció por un lado de la casa y, por lo tanto, de su visión perfecta.

Pero que ella no le viera, no significaba que él hiciera lo mismo, pues la visión de Christopher no se alejaba del coche, no podía dejarse ver por nadie, desconocía si podía confiar en alguien más que en sí mismo. Era posible confiar en Regina, pero... ¿por qué? ¿qué quería a cambio? Había vivido lo suficiente como para saber una ley básica: nadie hace nada por nadie sin conseguir una recompensa.

Pero... ¿cuál era la buscada o esperada por ella?

Apartó de su mente todo pensamiento, y se subió al árbol cuya rama llegaba cerca de la habitación que él iba a reformar. Por suerte, la ventana estaba abierta, no le cabía la menor duda de que podría entrar si daba bien sus pasos, y como no había nadie en la habitación, no le dirían ni harían nada.

Solo que saltar...

De pie sobre la rama, observó bien: tenía una única oportunidad.

Tomó aire. Saltó.

Casi se cayó, pero pudo sujetarse a los hierros del balcón y, no sin esfuerzos, subió hasta entrar.

Necesitó unos momentos para recuperar la compostura y el aliento, tras lo cual comenzó a buscar. No sabía muy bien que buscaba, solo se dejaba llevar por su instinto, nada más. Pero allí las cosas estaban distintas. La mayoría de los objetos los reconocía como suyos: libros, ropa, calzado, relojes, paraguas, fotografía... Sintió que su familia quería borrarle la existencia, pues los juguetes de cuando niño también estaban, y su escritorio, y su cama, y sus cortinas, y sus sábanas, y su sofá... Las cosas de su abuelo desaparecieron, aunque quedaba un armario y un espejo. Mientras más observaba, más cosas suyas veía.

Pero aún quedaba el viejo armario, cerrado con llave. Observó el lugar intentando encontrar algo con lo que abrir, mas no pudo, el sonido de la llave dentro de la cerradura de la puerta, por lo que se decidió a ocultarse y esperar.

Quien entró fue una de las criadas. Llevaba más ropa suya. Abrió el armario, pero allí ni estaban las fotografías ni tampoco el cuadro aquel tan revelador, por lo que comprendió lo ocurrido: el secreto que había descubierto y que aún no había comprendido del todo, acabó por sentenciarlo.

Se cubrió la cara con las dos manos para no ver la realidad y que no oyeran su llanto.

—Lo siento Christopher, pero hay secretos que no deben de ser descubiertos, aquí todos te deseamos lo mejor estés donde estés. No culpes al mayordomo, él pensaba en su familia... —dijo la criada entre susurros, desconociendo que él estaba allí.

Permaneció allí, hasta que volvió a escuchar la cerradura y entonces, se dejó caer sobre las mantas dobladas en el suelo y lloró. El rechazo ante aquel secreto era demasiado para él.

Dejó de llorar tras un rato, salió de allí por el mismo camino que había entrado y regresó al coche de caballos.

—Vayámonos cocheros, gracias por esperarme —dijo con la voz entrecortada—. Marchemos a Silverley.

Heather Hamilton ardía en su piel por preguntar que era lo que había sucedido, que le pasaba, no quería saber por interés, era por curiosidad, nunca en su vida, ni en sueños, estaría con alguien como Blackburn, ya pasó suficiente con los extraños comportamientos de sus padres ¿también eso con un hombre?

Necesitaba a un hombre firme, decidido, fuerte y con buen humor, no un hombre... No tenía ni la menor idea de como describirlo. Hizo cuanto pudo para pensar en otra cosa, pero ya, ni el paisaje le permitía hacerlo. Estaba tan confusa que el viaje acabó por ser pesado, largo e incómodo. Guardó silencio, pues sabía que no contaba con el apoyo de Grace, su mirada, cada vez que ella criticaba a Blackburn, hablaba por sí sola, de manera que, lo más sensato, era guardar silencio. Sobre todo, porque Regina también le apoyaba, aunque ella sabía algo que no decía.

—Los secretos son siempre necesarios, cuando se intenta quitar el polvo, nunca se sabe que se puede descubrir —dijo Blackburn mientras observaba un paisaje que no veía, y aclaraba una idea a alguien, sin que ella lo hubiera hablado en voz alta, aunque la invitaba a callar sobre la deuda familiar.

Pero sirvió para que todos los presentes tuvieran las ideas más claras. Y para que Heather comenzara a atar cabos, aunque no conseguía que todas las piezas encajaran, tampoco comprendía como era posible que el acto de un extraño, afectara tanto a la ilusión que sentía por ese fin de semana, todo parecía rondar alrededor de Blackburn, y aunque empezaba a no importarle demasiado, las dudas persistían.

—Hemos llegado —dijo Regina con una amplia sonrisa, una vez el cochero se detuvo.

Un lacayo, colocó la escalera junto a la puerta del coche de caballos. Abrió la puerta y ofreció su mano para ayudar a bajar a las mujeres, cosa que ellas aceptaron encantadas. No solo ayudó a lady Hamilton y lady Harper también a las criadas que nunca antes observaron algo tan agradable, el lacayo no realizaba ninguna discriminación, a todas trataba por igual. Incluso ayudó a Blackburn, quien lo agradeció, pues tras los saltos para entrar y salir de la habitación ayudado por el árbol, se sentía un poco dolorido, más como caballero que era, no lo decía.

Y tampoco dejó ver nada cuando lady Jefferson le saludó de manera efusiva, dejando atrás el protocolo de no tocar a un hombre, pero ella nunca respetó ese hecho desde que hacía 20 años salvó su vida gracias a Blackburn.

—Creo lord Blackburn, que es el momento de que nuestro pequeño secreto salga a la luz ¿no os parece? —preguntó ella haciendo una señal para que la acompañara.

—Sí, creo que sí —respondió con sequedad mientras caminaba junto a ella.

Ambos se referían a un accidente que nunca tuvo ocasión de ser público.

Sucedió en verano, ella estaba en Silverley, cerca del arroyo con un pequeño perro que le había regalado su marido. Jugaba con el cuando el animal cayó al agua. Quiso rescatarlo, pero no pudo, cayó también ella, que no sabía nada. Pero Blackburn acudió al rescate. Con las pocas fuerzas de un niño de 10 años la sujetó e intentó sacar, casi cayó él también pero entre ambos lograron el objetivo: salvarla.

Lady Jefferson siempre estuvo en deuda con Christopher Blackburn, pero nadie, excepto su marido, conocía del incidente, pues así lo quiso el abuelo de Blackburn, quien falleció pocos días después de aquello, nada más regresar a la ciudad.

Los invitados al fin de semana eran muchos. Lady Hamilton no se apartaba de su amiga, desconocía hacia donde debía ir, por lo que supuso, con Regina no cometería ningún fallo, y tampoco iba a encontrarse con sus padres, pues en realidad, no les había visto aún, aunque tampoco prestó excesiva importancia a ello, lo único deseado por Heather, era no verles y pasar el máximo tiempo posible lejos de Blackburn.

Sin embargo, no lo consiguió.

Cuando llegaron, dos grandes mesas se encontraban en el parte delantera de la casa, situadas en el jardín. Las sillas, colocadas cuidadosamente, ofrecían 12 asientos en cada una de las mesas, donde ya se podían ver la vajilla, la cubertería y la cristalería, así como una tarjeta en la cual podían leer con total tranquilidad el nombre del comensal.

Lady Jefferson había estudiado muy bien donde iría cada uno, pues dejó a lady Hamilton entre lord Blackburn y lady Harper, aunque eso sí, Christopher se encontraba a la izquierda de ella, y sus padres, en la misma fila pero al final, si no hacían por verse, no se iban a ver. Él, parecía agradecerlo, pues se mostraba más tranquilo, incluso sonreía.

Aunque Heather se mostró lo más serena posible, estaba incómoda junto a él, y el hecho de que lady Jefferson ensalzara tanto sus atributos, no hacía otra cosa que incomodarla aún más, pero debía fingir al máximo, pues era la ocasión idónea para demostrar a todos los presentes, que las historias contadas por sus padres eran pura invención.

No se lo pusieron fácil, pero de vez en cuando, notaba que Regina le tocaba la pierna sin maldad alguna, como señal de estar a su lado. También Christopher sonreía débilmente observándola, incluso se tomó la libertad de susurrarle unas pocas palabras al oído.

—No te preocupes, no dejes que te afecte o creerán que es cierto —susurró con una leve sonrisa, mientras se tapaba la boca con el dorso de la mano izquierda.

—Gracias —respondió con un leve movimiento de cabeza, pero sin poder sonreír, estaba tan nerviosa que no quería otra cosa que llorar.

—Intenta no llorar, pero si lo haces, ya me inventaré una excusa por ti —dijo Christopher al ver los ojos de lágrimas de Heather.

Heather estaba tan afectada que no prestó atención a como él le hablaba, únicamente a las palabras que le decía, palabras que eran mucho más que simples letras con un sentido. Tenía razón.

Durante el almuerzo, Heather creyó que no podría resistir, pero lo hizo y, sabía, en parte era porque Regina estaba a su lado y por los consejos que Christopher tenía a bien darle sin que ella lo pidiera.

—Ahora vamos a tomar el té, espero que todos os quedéis —dijo lady Jefferson poniéndose en

pie.

—Yo... me gustaría descansar un poco por favor, si no le molesta... —pidió Heather con tranquilidad poniéndose también en pie.

—Por supuesto, el ama de llaves te acompañará y... ¿Regina? ¿Te quedas al té o vas a descansar? —preguntó lady Jefferson con una amplia sonrisa.

—Acompañaré a Heather, es lo mínimo que puedo hacer, ella ha dejado su hogar para hacerme compañía —explicó Regina acercándose a Heather, quien agradeció el gesto de su amiga con una grata sonrisa y una mirada grata.

Los presentes que escucharon aquellas palabras quedaron sin poder saber que creer, pues Regina Harper estaba dando un ejemplo de cordialidad y de amistad inesperados, impropios de alguien como describían los Hamilton.

Fue un duro golpe para Heather, pero también lo fue, y aún mayor, para sus padres, los cuales tampoco se quedaron para el té avergonzados. Pero Christopher, al ver ese detalle, preparó la defensa.

—Lady Jefferson, si me lo permitís, me voy a retirar, no deseo dejar a lady Hamilton sola, si en público sus padres la han atacado de ese modo, en privado mejor no se piensa —dijo en voz baja.

—Me he dado cuenta, id y cuidadla. No necesito protección, pero si ve que se la cuida, se sentirá mejor, es necesario que tenga confianza en otras personas, ahora la tiene en Regina —explicó lady Jefferson confesando algo que solo sabía Grace, pero que ella le confesó, pues pese a que era una señora, y la otra una simple criada, ambas eran amigas desde hacía bastante tiempo, pero ninguna quería decirlo debido a la promesa que se hicieron en 1836.

Lord Christopher Blackburn sonrió. Caminó hasta la casa, entró y subió las escaleras. Iba justo detrás de las mujeres, pero únicamente Regina Harper se percató de ello, aunque guardó silencio, pues no le era ningún problema, al contrario, lo agradecía, demostraba ser un hombre más preocupado por los demás que por sí mismo, un detalle interesante, pero un poco triste, porque tampoco debía olvidarse de su persona.

Él se dio cuenta de la mirada complaciente de Regina, y al ver que ella entraba en la habitación, hizo lo mismo, pero en la contigua, preparado para ayudar a las chicas en caso de que le necesitaran, aunque prefería no ser necesario, conocía muy bien que Heather no le soportaba.

Y en eso tenía razón.

Heather Hamilton no quería saber nada de él. No comprendía como era posible que le tuvieran en tan buena estima, era un hombre con el cabello café oscuro, los ojos del mismo color y, la mayoría de las veces, triste, con un poco de barba bien cuidada y unos labios jugosos que enmarcaban una sonrisa ausente. Sí, era atractivo, mucho, pero no importaba, su instinto le decía que se apartase de él.

Sin embargo, gracias a la ayuda de Regina, no podría hacerlo y, gracias a la decisión de lady Jefferson, tendría que permanecer junto a él en la mesa. Únicamente le quedaba resistir, pues al fin y al cabo, eran más fácil estar a su lado que con sus padres, Christopher tenía una virtud: sabía estar callado.

Algo era algo.

Pero no bastaba, ya tenía que soportar los insultos y humillaciones por parte de sus padres, si a eso se le añadía la incomodidad de estar con él, el fin de semana que tanto deseó, dejaba de ser interesante.

Al llegar a la habitación, descubrió con agrado que no podía ser más hermosa: dos camas, dos armarios... Todo doble, menos el tocador. Les hacía mucha ilusión poder compartir. Además, la habitación tenía tres ventanales. Tres enormes ventanales por los que entraba la luz con fuerza. Haciendo parecer más grande la habitación.

—Es hermosa ¿no? —preguntó con una mirada curiosa.

—Sí, lo es, voy a descansar un rato —respondió Heather dejando escapar un profundo suspiro—

¿te quedas?

—Claro, ¿cómo no? —preguntó— si he venido aquí ha sido para ayudarte y que puedas tener compañía.

Heather sonrió agradecida por las palabras de Regina, le era maravilloso el poder contar con ella. Se dejó hacer, sentándose en la cama, donde Regina no tardó en quitarle las botas, el tocado y, una vez ella se puso en pie, en desabrollarle el vestido. Como agradecimiento, devolvió el favor y, una vez terminaron, se tumbaron juntas en la misma cama. Ella quería dormir, pero su amiga no tenía las mismas intenciones:

—Hoy creí que estarías destrozada. No digo que no lo estés, pero me tranquiliza que puedas tomar esa libertad de pensar con tranquilidad, y que callaras cuando tus padres hablaban —dijo Regina tumbada de lado observando a Heather, quien sonrió—. ¿Por qué ríes? —preguntó.

—Porque si he callado ha sido gracias a Christopher —respondió con una risa que creyó ya no podría volver a dejar salir—. No le soporto, pero tiene carácter.

—¿Qué te digo? —preguntó curiosa Regina, con los ojos muy abiertos y una sonrisa algo más pícaro de lo normal.

—Pues que no hiciera caso a lo que mis padres decían y que no llorara, pero si lloraba, ya se inventaría alguna excusa —respondió de lado, cara a cara con su amiga, quien se puso la mano en la boca evitando cualquier sonido que pudiera salir de su boca—. Eres un entrometido.

—Pero Heather no digas eso, no es ningún entrometido, te vio en problemas y quiso ayudarte, es bastante simpático y muy buena gente —dijo Regina—. La verdad es que no sé porque le quieres tan mal, es un hombre muy agradable. Sí, fue un poco alocado en su juventud, pero mírate, tú también lo eres, ¿quién no lo es con 17 o 18 años? Sin embargo, ahora es un hombre con las ideas claras y un gran corazón.

Heather la observó. Era un poco pesado estar siempre con personas que lo alabasen, no lo comprendía, el mundo giraba alrededor de él, lo que la fastidiaba un poco, o mucho.

Ella, que no soportaba a los hombres, que les veía como una especie de monstruos dispuestos a devorarla en cualquier momento. Que durante años, dos para ser más exactos, había peleado casi a diario con sus padres para mantener la libertad que ellos le querían arrebatarse. Los bailes estaban todos planeados, no podía bailar con quien ella quería, no podía hablar porque, según su madre, desconocía como debía hablar a un hombre. ¿Cómo saber si no tenía la libertad de hacer?

Creyó que con Regina las cosas serían diferentes, pero no, eran casi iguales, los hombres volvían cerca de ella, la hablaban, la tocaban... Era despreciable.

Únicamente quería... Quería que la dejaran vivir la vida, pero sentía que no era cosa de las mujeres.

—Heather, sé que te incomodan los hombres, pero comprende que las cosas son así, los hombres existen igual que nosotras. Los hay buenos, malos, regulares... Te aseguro que Christopher es de los buenos, recuerda que es amigo de Nicholas y casi siempre estaban juntos, lo conozco muy bien. Y quien también lo conoce muy bien es lady Jefferson, ella cree que nadie lo sabe, porque su abuelo, el de Christopher, insistió en que no se supiera, pero él, que era un niño de 10 años, lo contó a Nicholas, y él me lo dijo a mí: Christopher le salvó la vida a lady Jefferson.

Regina guardó silencio entonces y no habló, para dar lugar a Heather de poder similar todo cuanto le contaba, aunque su intención no era que se casase con él, todo lo contrario, lo que deseaba era que viera a los hombres como un complemento para su vida, no como una condena, pero sabía que iba a ser difícil, tras su experiencia era difícil cambiar la forma de pensar.

Y cuando se dio cuenta, resultaba que Heather se había dormido.

La dejó descansar y aprovechó para hacer ella lo mismo, dormir un rato les iría bien, pues la tarde se presentaba emocionante y cargada de interés respecto a lo que fueran a hacer los Hamilton y los Blackburn. Además, era posible que pudieran conseguir esa misma tarde, dar a conocer la nueva dirección de Heather y de Christopher para los bailes y demás eventos sociales, lo que les daría una temporada muy interesante.

Aunque lo primero no era la temporada, era la tarde.

Y esa tarde, se presentó muy agradable, con poco viento, poco frío y una grata compañía, pues ni ella ni lady Jefferson dejaron sola a Heather Hamilton, la cual fue presentada por la dueña de la vivienda como si de una gran dama se tratase, cuando ella era la hija de un comerciante cuya posición social, se debatía entre la clase alta y la clase media. O eso decía él, ella no estaba muy segura, ciertas palabras de Regina aun batían las alas en su mente y ella no terminaba de comprender, pero tampoco se atrevía a preguntarle a su amiga, tal vez no le respondería.

—Le veo bastante triste lady Hamilton, por favor, no esté así, el motivo de este fin de semana es que todos los invitados disfruten ¿qué sucede, querida? —preguntó lady Jefferson al percatarse de que mientras ella conversaba animada con Regina, Heather observaba fijamente la ventana, con la mente a mucha distancia de allí.

—Lo siento, discúlpeme. Sí, estoy bien, estaba pensando —respondió con una sonrisa triste.

—Seguro que pensabas en lo del otro día —dijo Regina— ¿a qué sí?

—Sí —confesó casi en un susurro avergonzada.

Regina Harper puso al día a lady Jefferson, quien escuchó atenta todo cuanto la joven tenía a bien confesarle. De vez en cuando sonreía, comprendiendo cuanto le contaban, pero no dijo nada, hasta que Regina no calló.

—Pues si sus padres no se lo han contado, deberías hacerlo tú, así podrá comprender mejor el comportamiento de sus padres —respondió lady Jefferson con un leve movimiento de cabeza.

—Comprendo —dijo Regina—. En ese caso, Heather, te responderé a esa duda que tienes referente a la clase social de tus padres. Tu madre es de clase alta y debería de hacerse casado con un hombre de su misma clase, pero lo cierto es que lo hizo. Pero tras un año de matrimonio, intentando tener un hijo, no hubo embarazo y se divorciaron. Desde entonces, nadie la quería, y se casó con tu padre. Por lo normal, el primer marido se hubiera quedado con todo lo de ella... mas no, se lo devolvió: dinero, casa... Todo. No se supo nada más de ese hombre. Y tu padre, al quedarse con lo que es de tu madre, tiene mucho dinero. Y digo mucho, mucho, mucho —sentenció Regina recalcando muy claramente, las últimas palabras.

Heather guardó silencio y observó atentamente a ambas mujeres. Ella sabía que Regina no la había mentado, pero si sus padres le ocultaron ese pequeño detalle, que en realidad eran tres, ¿qué más le ocultaron? El dinero era lo de menos, lo importante era que tras esas mentiras ¿podía confiar en ellos? De acuerdo, no eran mentiras, le habían ocultado cosas, pero ¿qué más había?

Además, ese primer marido desaparecido... No le gustaba. Él quería un hijo, no lo hubo, se desesperó, se divorció y devolvió a ella todo cuanto la ley le había quitado. Cualquiera otro hombre se lo hubiera quedado para su otra esposa, pero él no, al contrario, ¿y desapareció?

Le resultaba extraño.

—¿Sabes el nombre? Con el nombre me basta —preguntó Heather observando a ambas mujeres.

—No, lo siento, no sé el nombre —respondió Regina lamentando la falta de información, aunque sabía que eso la dejaba con más preguntas de las que antes pudiera tener.

—¿Quién puede saberlo además de mi madre? —preguntó dispuesta a preguntar a quien fuera, si podía saber algo, no iba a perder la oportunidad.

—Christopher Blackburn. Él conoce el nombre, puedes preguntarle, no muerde —respondió lady Jefferson—. Ahora puede ser un buen momento, se encuentra en la biblioteca leyendo un libro. Tienes la biblioteca en la sala contigua. Ve y pregunta, si sabe la respuesta la tendrás.

Heather observó atentamente a lady Jefferson. Era una mujer gruesa, de rubio cabello y ojos verdes, siempre muy elegante, de modales refinados y muy cortés. Ayudaba a los más necesitados. De hecho, la mitad de sus criadas procedías de los barrios bajos, y, aunque muchos la criticaron por ello, demostró en no más de tres meses, que con cariño, respeto, educación y confianza, se podía hacer de una pobra mujer vestida con harapos, una criada que nada tenía que envidiar a cualquier otra educada desde la infancia para ello.

Y Heather, confiaba en ella y la respetaba.

Las palabras de lady Jefferson, surtieron efecto. Heather, solicitó permiso para retirarse a la biblioteca, cosa que obtuvo sin problema alguno.

—Pero... —dijo con la mano en el pomo de la puerta antes de abrirla— ¿ninguna viene conmigo?

—No, ve tu sola, lo que él tenga que decirte es mejor que te lo diga en privado. Tranquila, ambas reputaciones permanecerán intactas, nadie excepto nosotras sabrá de esa conversación, el resto de los invitados están ocupados en el piso de arriba —informó lady Jefferson con su natural cortesía, de pie junto al sofá que antes había ocupado sentada.

—De acuerdo, gracias —respondió Heather algo confusa, pues no las tenía todas consigo, pero la curiosidad y el hecho de que posiblemente podía no ser su padre quien ella creía, podían con su miedo y el reproche hacia alguien que parecía estar en el centro de todo, alguien, contra quien realmente no tenía nada, pues ningún daño le había hecho.

Heather Hamilton salió de la sala dispuesta a preguntarle a Blackburn lo que tanto interés tenía, al menos podría saber sin recibir una mentira, pues pese a todo, confiaba más en ese hombre que en sus padres, y después de conocer sobre ese hombre, aún menos credulidad le daban.

Llegó a la puerta de la biblioteca, que estaba entreabierta, y llamó con suavidad temiendo molestar.

—Pase quien sea —dijo Blackburn dando la espalda a la puerta y observando por la ventana. Ya se había retirado todo lo del almuerzo y el té, quedaba el cuidado césped, los árboles situados frente a la valla y los pequeños arbustos entre los cuales se podían esconder algunos animales pero suponía que, con el barullo de los invitados, estarían todos muy lejos de la vivienda.

Heather entró, cerró la puerta y permaneció de pie, con las manos enlazadas y los brazos bajos. Desconocía como podía comenzar esa conversación, se sentía muy incómoda, aunque si esa charla fuera con sus padres, sabía, no iba a poder hablar.

—¿Qué necesita lady Hamilton? —preguntó Blackburn al ver que ella no hablaba, quedó de pie sin decir nada, pero él la veía reflejada en el cristal de la ventana— No muerdo ni me como a nadie.

—Yo... —habló a media voz avergonzada— yo...

—Lady Hamilton —dijo Blackburn interrumpiendo a la joven. Sabía que había hablado con lady Jefferson y que esta, le aconsejó hablar con él, ya cuando tuvieran la pequeña charla, la anfitriona se lo indicó—. Por favor, os lo ruego —habló dándose la vuelta y mirándola a los ojos—, habladme con calma.

—Dígame quien es mi padre, por favor —pidió inmóvil.

—Lo siento muchísimo lady Hamilton, pero vuestra pregunta os la puede responder únicamente vuestra madre, yo no sé quién es, pero sí sé quién fue su primer marido. Si eso os es suficiente...

—Será suficiente —respondió ella.

—Pues acercaos, sentaos aquí, la historia nos concierne a ambos —dijo invitándole a sentarse en el sofá frente a la chimenea encendida—. Si tenéis alguna pregunta no dudéis en hacerla.

Heather se acercó temerosa, no comprendía las cosas pero había dado los primeros pasos y no podía dejar de caminar por el hecho de que algo no le gustase, el camino era diferente, nada más.

Pero no era ella la única con cierto temor, también lo tenía Blackburn, quien se sentó al lado de ella. No sabía cómo demostrar que la amaba, cómo demostrar que creía en el amor a primera vista y que ella se había convertido en un motivo para caminar. No sabía cómo podía conseguir que ella no le viera cual monstruo o enemigo. Y tenerla tan cerca, sin poder tocarla...

Se mordió los labios y comenzó a hablar.

—El primer marido de tu madre era mi tío Anthony, él deseaba un hijo, lo quería más que nada en el mundo, y amaba a tu madre, más que a nada en el mundo. Pero ella no le daba un hijo, mi padre lo golpeaba con el poder, la familia, la reputación. Cuando supo que tu madre tenía un amante, la dejó. Eso

lo hundió. La dejó y se trasladó a la casa de mis padres, pero allí no encontró más que angustia y se refugió en la fotografía, más concretamente en la fotografía de difuntos. Lo mantuvo oculto hasta que mi padre lo supo y le dio dos posibilidades: abandonar ese tipo de fotografías o abandonar Londres. Mi tío eligió lo segundo y se marchó a Francia —explicó sin dejar de mirarla.

—Entonces no desapareció tras el divorcio —habló ella sin darse cuenta—. Me dijeron que sí.

—Desapareció de la vida pública sí, pero no de Londres —dijo con calma y apartó la mirada de ella—. Ahora sí está fuera de Londres desde hace unos tres años.

—¿Y es seguro que su esposa no estaba embarazada? —preguntó ella.

—No lo sé, no tengo ni idea, en mi familia los secretos son tantos que dudo de todo, menos de lo que sé por haberlo vivido, y os aseguro que si pudiera deciros más, lo haría —explicó con tristeza.

En contra de sus propios deseos, Christopher se alejó de Heather, no quería tocarla, ni besarla y mucho menos quería incomodarla, ya sabía que tenía carácter, no necesitaba que se lo volviera a demostrar, pero había muchos secretos, ella daba la impresión de querer saber y él...

—Heather, voy a ser franco —dijo mirándola con los brazos cruzados—, a veces es mejor no saber, yo mismo quise hacerlo y mira como acabé: medio desnudo, desorientado, abandonado en un parque público, sin saber como llegué allí. No puedo volver a mi casa, todo lo mío se encuentra en una habitación guardado donde va lo que no sirve. No quiera llegar a mi extremo, por favor. Agradezca lo que tiene, encuentre un marido, cásese y sea feliz. Los secretos no se deben remover y el pasado tampoco.

Habló tan convincente, tan triste, tan explícito que Heather no supo que decir. Sí, el día estaba medio agradable, pero el frío y el desasosiego la hicieron sentir como si estuviera en medio de una tormenta que no tuvo principio y parecía no tener fin.

En ese momento, comprendió muchas cosas tanto de Blackburn como de Regina. Si hubiera sido otra persona quien le encontró en aquellas circunstancias, la reputación de Blackburn hubiera estado manchada hasta el fin de sus días y, posiblemente, podría necesitar salir del país.

Tal vez, por ese motivo, le decía que los secretos era mejor no investigarles, pero Heather necesitaba saber, los secretos para ella eran esas cosas que había que descubrir y, si él no sentía curiosidad o le daba miedo, no le importaba, con ella no iba. Debía saber si era su padre o no, pero su madre no iba a responder, tendría que esperar a una ocasión específica o localizar a otra persona que le respondiera, pero ¿quién?

—No comparto vuestra opinión lord Blackburn, pero gracias por la invitación y el aviso, lo tendré en cuenta —dijo Heather poniéndose en pie—. Una pregunta más ¿sabéis algo más?

—No lo sé, tendréis que especificar, pero os lo suplico, pensar bien las cosas, muchas es mejor no saberlas —dijo con insistencia.

Heather no pudo evitar sonreír, pues él continuaba con su insistencia de que los secretos no debían ser descubiertos, la cobardía que demostraba la hacía sentir como si fuera un idiota o algo similar, pero si algo había aprendido era que no debía juzgarle, creyó que estaba borracho cuando llegó y, sin embargo, habían atentado contra su vida.

—Lo siento por vos, lord Blackburn, opiné de vos sin conoceros y sin saber la verdad, ruego me perdonéis —pidió ella acercándose a él. Desconocía que fuerza le impulsaba a hacerlo, pero empezaba a sentirse muy extraña—. Si en algo puedo ayudaros, tenéis permiso para pedírmelo.

—Os lo agradezco lady Hamilton, pero no soy de los que piden, aunque si os diré que os pediré, encarecidamente, que tengáis mucho cuidado, pues sea como sea, vuestra vida y la mía están unidas. Os aseguro que, si pudiera, os ayudaría —habló cabizbajo, apoyado en la repisa de la chimenea.

—Como todos, pero os comprendo, no os preocupéis —respondió ella con una media sonrisa—.

Para algunos, la vida a escondidas es mejor que cara a cara, yo paso de eso, pero gracias.

Heather sonrió y salió de la biblioteca, dejando a un Blackburn entristecido, agotado. Lo comprendía, pero no lo apoyaba, si tanto había pasado, pues que permaneciera quieto, escondido en un rincón, ella conseguiría saber de algún modo, si su padre era un Blackburn o el hombre que ella creyó siempre que era.

De cualquier modo, conocer las circunstancias que rodeaban su vida no iba a cambiar mucho lo que le fuera a pasar, no sería nunca una Blackburn, pero ¿quién era realmente su padre? ¿Por qué si eran ricos no utilizaban el dinero para ampliar el patrimonio? ¿Por qué su madre se quejaba de lo poco que el ganaba?

Llamada por la curiosidad, volvió a la biblioteca para poder preguntar un detalle a Christopher Blackburn, uno pequeño sobre ese tío que marchó a Francia no sabía cuándo, pero al entrar, por más que miró, no había nadie, la sala se encontraba completamente vacía. Dejó escapar un suspiro y salió.

Cuando lo hizo, se encontró con lady Jefferson, la cual no tardó en preguntar, pues la curiosidad le podía completamente.

—¿Habéis encontrado a Blackburn y hablado con él? —preguntó ella con una gran sonrisa mientras tomaba entre sus manos las frías y heladas de Heather—. Estás helada, deberíais ponerlos los guantes.

—Sí, gracias —respondió Heather usando la misma respuesta para la pregunta que para la sugerencia.

—¿Qué pasa? —preguntó lady Jefferson al ver que la joven observaba a todos lados.

—Nada, es que parece que las respuestas no llevan a nada en concreto, llevan a más preguntas. Lord Blackburn tiene miedo y no creo vaya a servirme de mucha ayuda, aunque tengo una duda, pero no sé dónde se encuentra, supongo que estará oculto en su caparazón —habló ella seria sin soltar las manos de lady Jefferson, quien parecía querer calentárselas, algo muy tranquilizador.

—Da tiempo al tiempo, el caparazón de Blackburn era su abuelo, y él falleció en extrañas circunstancias cuando Christopher tenía 10 años. Dime qué ibas a preguntar, tal vez yo pueda responderte, tengo buenas relaciones con la familia desde hace 30 años.

—Bueno, yo quiero que me diga si el tío de lord Blackburn es capaz de sobornar a alguien —dijo Heather con una leve sonrisa— ¿puede responderme a ello?

—Querida, Anthony Blackburn es tan inocente como la puede ser un pajarito, no sobornaría a nadie, tranquila, es imposible. De inocente que es, vive en Francia para no enfrentarse a su hermano. A mi casa de la ciudad suelen llegar cartas que yo entrego a Christopher cuando voy a su casa invitada para tomar el té, pero es un secreto —dijo llevándose un dedo a los labios— no lo digáis a nadie ¿de acuerdo?

—De acuerdo, no se lo diré a nadie, no hay problemas —respondió sonriente— gracias por su ayuda.

—No hay de qué querida, no te preocupes, las respuestas dejarán de llevar a más preguntas cuando todas estén resueltas —habló, colocando la mano en el hombro de Heather y llevándola a un lugar que la joven desconocía—. Ven conmigo, tengo algo que enseñarte, lo más hermoso de este lugar, pero un motivo por el cual nadie va allí. Tranquila, yo me sé todos los rincones, he nacido aquí, vivido aquí hasta los 17 años, y desde entonces he venido tres meses seguidos al año y durante 9 meses, vengo una semana cada cuatro.

Heather Hamilton se preguntaba el motivo por el cual aquella mujer, que hasta ese día no la había conocido, le tenía tanta confianza. Supuso, tendría algo en mente, o la obligaría a casarse con Blackburn, pero ya tenía la lección aprendida: no juzgar sin saber. Y si no sabía, mejor callar.

De cualquier modo, la seguía, era una mujer agradable, le caía bien y era simpática. Si podía

contarle algo más no iba a perder la oportunidad.

La acompañó hasta que llegaron a la puerta del laberinto, un lugar hermoso, muy cuidado, compuesto por un verde seto de al menos dos metros de altura cuyo sendero se confundía a la derecha y a la izquierda. No se veía en la entrada ninguna indicación que dijera al visitante cual era el camino correcto.

—¿Cómo se sabe que camino tomar? —preguntó Heather a lady Jefferson.

—Pues derecha, izquierda, derecha... Mejor lo descubres por tí misma, te gustará, ya verás como sí. Y no te preocupes, no te perderás, si no logras llegar al centro, yo misma iré por ti. Venga, inténtalo —dijo lady Hamilton con una amplia sonrisa y una mirada pícara.

Al principio, Heather Hamilton no tenía la menor intención de entrar, en su cabeza, buscaba una excusa para librarse de esa invitación sin por ello incomodar a lady Jefferson ni dar muestra de poca educación, pero al ver que sus padres se acercaban, aceptó la invitación y entró no sin miedo.

Al principio no se encontró a nadie, pero tras varios giros, localizó a Blackburn, que, sentado en un banco, leía un libro con total tranquilidad, como si el mundo girase y a él no le afectase. No le quiso molestar, y se fue por otro lado, con la mala suerte de que no tenía salida, pero una vez quiso regresar, ya no recordaba si había girado a la derecha o a la izquierda, de modo que permaneció perdida un largo rato.

Aún así, era preferible eso antes que verse con sus padres, no estaba preparada para ello, pero lo peor aún estaba por llegar, pues el cielo comenzó a oscurecerse, el frío aumentaba y el viento mecía las hojas. Ella observó lo que la rodeaba, peor no había ningún lugar donde resguardarse, tampoco sabía como salir de allí, se sentía perdida.

—Heather, venid por aquí —dijo Christopher Blackburn— ya ha comenzaba a llover, venir, aquí no os mojáis.

Christopher Blackburn se acercó a ella. Estaba ya empapado, pero supuso que, quizás, se debía al hecho de buscarla, por lo que Heather no preguntó nada, se dedicó a obedecer.

Le siguió sin acercarse demasiado hasta un rincón protegido donde el suelo estaba completamente seco. A medida que fueron acercándose, la lluvia caía cada vez con más fuerza, pero una vez allí, no continuaron siendo víctimas de ella y la veían caer sin mojarse.

Heather tenía frío, su olvido continuo de ponerse los guantes era un descuido bastante lamentable, pues las manos las tenía completamente heladas y la ropa empapada, si no le tuviera tanto miedo a sus padres... Se sentó en el suelo, cansada, sin darse cuenta de que las lágrimas no era que cayeran de rabia, era que no podía controlarlas.

—No lloréis, no voy a haceros daño, ni a forzaros tampoco. Mis intenciones son muy diferentes, únicamente quería evitar que os mojaseis más —dijo con calma arrodillado frente a ella—. Debéis dejar de verme como un enemigo, supongo que tendréis vuestros motivos, pero... Una amarga experiencia es un modo de aprender, no el modo de vivir la vida.

—Lo sé lord Blackburn, pero necesito tiempo, y creo que una vez deje de llover es mejor que no volvamos a hablarnos, mi reputación es muy importante para mí. Si alguien nos ve juntos tendríamos que casarnos, y prefiero morir en un rincón sola, antes de verme con vos —dijo de manera firme, sentenciando cada una de sus palabras.

—Comprendo... —respondió a media voz y se puso en pie.

Ella le observó. Por un momento se sintió mal por él, le había apartado después de que él la ayudó a refugiarse de la lluvia, le había contado algo que debió contarle su madre y, pese a su carácter, nunca se mostró enfadado con ella, de hecho, ni le replicaba.

—Lo lamento lord Blackburn, por favor, disculpar mis modales —dijo, al ver que él se apartaba de

ella y tomaba asiento en un banco, donde la lluvia caía de lleno—. Podéis venir aquí, por favor, no soportaría que os enfermarais.

Blackburn no se movió. Cerca de allí, podía ver una sombra, era tan extraña y parecía cada vez más cercana que decidió no moverse para que, si le veía alguien no dijese algo luego pudiera incomodar a Heather, no tenía esa intención. Quedó quieto, inmóvil, en silencio a la espera de saber quién era, aunque luego, la sombra se alejó y él quedó sin respuesta una vez más.

Sin embargo, se alegró, pues al menos no tuvo que dar explicaciones y tampoco provocaba que alguien cuestionara la reputación de lady Hamilton, algo que parecía no importar demasiado a nadie, y después de lo vivido en el almuerzo con los padres de ella, parecía importar a muy pocas personas, lo que le entristecía y, esperaba, fuese un toque de atención a otros padres.

La temporada comenzaba, era el momento de tomar un camino y seguirlo, pero no debía hacerlo ella, sabía, también debía hacerlo él.

Una vez cesó la lluvia, Blackburn se levantó. Estaba helado, pero no dijo nada, se dedicó a sonreír mientras mantenía las manos en los bolsillos y hacer una señal a Heather, indicando que caminase. Ella quedó sin saber que decir, se levantó y se le acercó.

—Camina detrás de mí, te enseñaré la salida —dijo en voz baja, antes de comenzar a toser con fuerza.

—Sí... —respondió en voz baja pero algo preocupada por él, pues por algún motivo que desconocía, lamentaba que él estuviera enfermo, no tenía tal intención, sólo deseaba regresar a la casa, era la hora de la cena y allí hacia mucho frío.

Caminaron hacia el exterior, pero antes de salir, Christopher se giró y la miró:

—Ahora ir por la derecha y encontraréis la salida —dijo observándola con una sonrisa.

—Gracias, pero por favor, en privado, podéis llamarme Heather o lady Hamilton, no es necesaria tanta formalidad —dijo ella, sin saber como era posible que, alguien como él empezara a caerle bien.

—Os lo agradezco lady Hamilton, en privado no tendré tanta formalidad —habló agradecido.

Heather, salió del laberinto sin problemas. En la puerta la esperaba lady Jefferson con una toalla entre las manos, sabía que estaba bien porque durante la lluvia no lo había visto nadie y ella lo buscó durante todo el tiempo. No le preguntó a los padres de Christopher, sabía que él no se vería con ellos, y si estaba allí, no permitiría el menor daño a alguien como ella.

—Vaya lluvia tan imprevista, que fastidio, estoy empapada —replicó Heather triste, al tiempo que tomaba la toalla y se secaba las manos— voy a tardar mucho en arreglarme el cabello.

—No te preocupes, verás como no tardas tanto, vamos a la casa —dijo lady Jefferson sonriente, feliz de ver que la joven estaba bien y había localizado a Blackburn, pero no dijo nada, lo de saber que ella estuvo a solas con él era algo que no la preocupaba, confiaba en ambos.

Más de uno de los invitados salieron de la casa para recibir a Heather, no les importó que estuviera mojada, al contrario, la abrazaron y besaron en la mejilla con entusiasmo, aliviando el miedo que la joven había sentido.

La confusión, ayudó a Christopher Blackburn a salir del laberinto y poder regresar a la casa por la parte trasera sin ser visto, aunque alguien sí le descubrió: el ayudante de cámara. Le recibió sin hacer ruido y ayudó a deshacerse de la ropa mojada, aunque no a tiempo, la tos y los estornudos no tardaron en aparecer.

—Resfriado —sentenció el ayudante de cámara—. Acuéstese por favor, avisaré a lady Jefferson.

Christopher Blackburn esbozó una sonrisa. Para un buen fin de semana que tenía disponible, y no se le ocurría otra cosa que resfriarse, ya podía darlo por perdido así como el control de lo que, sobre él, se hablase. Ciertamente que en eso nunca tuvo el control, pero podía defenderse... Hasta ese momento.

Al menos, la reputación de lady Hamilton estaba intacta.

Y no se equivocaba.

Nadie hablaba de ella en forma extraña o maliciosa, al contrario, todos los invitados conversaban sobre lo inteligente que fue en refugiarse en el único rincón del laberinto que no se mojaba, y sobre la suerte que tuvo de no haber tormentas, pues muchos de los presentes temían los truenos.

Esa distracción, evitó que saltaran comentarios indeseables al informar el ayudante de cámara que lord Blackburn había enfermado, aunque lady Hamilton sí se estremeció, lamentaba lo ocurrido, era su culpa, de no haber sido tan exigente ni presuntuosa, él no hubiera pasado horas bajo la lluvia y no estaría enfermo.

Aprovechó la ocasión que mejor encontró, para acercarse a Lion, quien aún no había subido las escaleras.

—Perdone, ¿es grave la enfermedad de lord Blackburn? —preguntó sin que nadie más que él la oyera.

—No, no lo creo lady Hamilton, pero debe cuidarse mucho, le diré que habéis preguntado por él —respondió el ayudante subido al primer peldaño de la escalera, con el pie derecho apoyado en el segundo y la mano derecha en el pasamanos.

—No le digáis nada por favor, os lo ruego —pidió ella bajando la cabeza avergonzada.

—Está bien, no diré nada, pero ¿puedo daros un consejo? —preguntó con dulzura tras asegurarse de que nadie les escuchaba—. No os escondáis, a él le gustará saber que no está tan a la deriva, que alguien se interesa por él.

—Lo pensaré, pero por el momento, no le digáis nada —respondió y, sin darle tiempo a que dijera nada más, se alejó de él para unirse al grupo de mujeres en la sala.

Cuando llegó a ella, todas la rodearon con decenas de preguntas que no le daba tiempo a responder, pues hablaban al mismo tiempo, se atropellaban, querían saber cómo consiguió mantenerse relativamente seca en un lugar donde nunca antes había estado.

—Habláis todas al mismo tiempo y no os puedo responder. Tuve suerte, nada más. Me mojé pero no demasiado. Estoy bien. Y lógicamente cansada. Aun así, participaré en la cena de esta noche, me apetece y me hace ilusión. Claro, si lady Jefferson me lo permite —dijo rodeada por, al menos, doce damas de la sociedad, que estaban asombradas de la calma que demostraba después de lo vivido.

—Por supuesto querida, estaré encantada de que asistáis a la cena. Tenía pensado celebrar un pequeño baile, pero lo dejaremos para mañana, cuando sepamos que la enfermedad de lord Blackburn no es grave, aunque estoy segura, sólo se tratará de un leve resfriado —afirmó, ocultando la información que tanto ella como lady Hamilton sabían.

Los murmullos de las dama presentes, no tardaron en llenar la sala, en la cual un par de sofás, cuatro sillones, dos mesas redondas, una chimenea y varios muebles llenos de libros, objetos y figuras, constituían todo el mobiliario, pero parecía que nadie le daba importancia a ello, y eso que lady Jefferson había dirigido la decoración de toda la vivienda personalmente, no dejó nada a la decisión del ama de llaves.

Pero excepto lord Blackburn, nadie la había elogiado.

—Lady Jefferson, os felicito por vuestro gusto, me encanta como habéis decorado la vivienda —dijo con una amplia sonrisa al entrar, mientras el ayudante de cámara subía las maletas con ropa que no era suya—. Ahora parece mayor y entra más luz.

Aquellas palabras animaron a lady Jefferson, aunque no dijo nada, sonrió agradecida, pues era muy consciente de que Christopher siempre se fijaba en todos los detalles, su curiosidad no parecía tener límites.

Y su bondad tampoco: la enfermedad lo demostraba.

Antes de la cena, aprovechando que las mujeres permanecían en la sala y los hombres en otra fumando sus puros y pipas, lady Jefferson subió a la habitación de lord Blackburn, para preguntar sobre su salud.

Sin embargo, antes de llegar a la habitación, pasó por otra entreabierta donde fue testigo de una conversación bastante intrigante. No pudo escucharla entera, pero lo que escuchó bastó para que la preocupación hiciera mecha en ella.

—Debemos hacer algo o lo averiguarán, y entonces, adiós a nuestro estilo de vida ¿no querréis eso? —preguntó alguien con voz de mujer que lady Jefferson no pudo ver quien era. De hecho, no veía a nadie, aunque faltaban dos matrimonios a los cuales llevaba casi toda la tarde sin ver.

—Pues claro que no, nos ha costado mucho tiempo, esfuerzo y sacrificios ponernos donde estamos, si se descubre lo perderemos todo, ¿estáis seguro de que no sabe la verdad? —preguntó alguien con voz de hombre.

—Seguro, sabéis que yo tenía las pruebas bien guardadas bajo llave, ahora están destruidas, las quemé todas —respondió otra persona con voz de hombre.

—Querido, ¿seguro que no dejaste nada? —preguntó una voz de mujer.

—Seguro, he mirado por toda la casa dos veces y no hay nada —respondió la voz de hombre que había hablado antes.

Lady Jefferson no comprendía aquella conversación ni conseguía reconocer las voces, pues hablaban casi en susurro y por la pequeña rendija de la puerta, sólo podía ver un biombo, una mesa y dos sillones, nada a destacar en absoluto, aunque empezaba a preocuparse.

—Pero juntos... —replicó una voz de mujer— debemos suponerlo.

—No hay de que temer, no creo que se lleven bien, si así lo hicieran, ahora ella estaría con él y está en la sala con las demás mujeres —respondió otra vez de mujer.

—Se llevan mal, estoy seguro, la conozco bien, la educamos de tal forma que odia a los hombres, hay que casar a ese otro hijo vuestro con alguien de nuestra familia, pero no con ella...

Lady Jefferson comenzó a escuchar unos pasos que se acercaban y, temerosa de lo que pudiera pasar, se apresuró a esconderse en la primera habitación que encontró abierta, no sabía quien la ocupaba y no le importaba demasiado, solo quería esconderse, cosa que hizo con éxito, aunque con el tiempo justo.

En la habitación donde consiguió ocultarse, una de las criadas se afanaba en dejarla lista para ser usada. No le dijo nada a la señora entrase de esa forma en ningún lugar, y, cuando fue a hablar para preguntar si podía ayudarla en algo, lady Jefferson le hizo una señal solicitando su silencio, a lo cual la criada obedeció.

Pasado un rato, lady Jefferson abrió la puerta y observó el pasillo, pero no había nadie, dejó escapar un suspiro antes de volver a entrar.

—No digas nada a nadie, tú no me has visto ¿de acuerdo? —preguntó a la criada quien, sin saber lo que estaba pasando, asintió con la cabeza.

Lady Jefferson le sonrió y salió de la habitación en dirección a la de lord Blackburn, el cual dormía vigilado por el ayudante de cámara.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó ella acercándose al ayudante, quien se encontraba sentado en un sillón junto a la ventana, con la mirada puesta en el exterior.

Al escuchar la puerta, se puso en pie y la saludó cortésmente.

—Se encuentra mujer, parece que es un resfriado. Por el momento está dormido —respondió—, pero si pudiéramos llamar a un médico...

—Comprendo. Mañana enviaré mi cochero a la ciudad para que traiga al doctor. Mientras, si

necesita algo, pídale —dijo ella—. Pero he de pedir un pequeño favor: lo del laberinto no se debe saber.

El ayudante de cámara sonrió con una mirada pícaro sin comprender bien el motivo de mantener en secreto todo aquello, pues el hecho de estar él empapado y ella casi seca, dejaba claro que no había pasado nada entre ellos pese a estar solos. Sin embargo, ya era la segunda persona que pedía silencio.

—Guardaré silencio, hasta el momento que lo deba decir. Pero ¿puedo preguntar algo? ¿Para usted y para mí?

—Claro, diga —respondió.

—¿Todo este secreto tiene algo que ver con Regina Harper?—preguntó en voz baja no queriendo que lord Blackburn se despertara.

—No, es algo que incumbe a lady Hamilton y lord Blackburn, pero no sé como ayudarles, mientras no lo sepa, no podré decirlo a personas que les puedan echar una mano —respondió ella también en voz baja.

El ayudante de cámara se apartó hasta la ventana, en silencio. No sabía que decir, pero lady Harper era alguien muy especial para él. Otras mujeres en su situación hubieran prescindido de él, pero ella, no. Ella le permitió quedarse allí viviendo y cobrando pese a que sus servicios no eran necesarios. Lo agradeció, sobre todo, porque de ese modo podía estar cerca de su hermano, gran parte de sus vidas la pasaron separados comunicándose por cartas, pero cuando por fin pudieron encontrarse, Regina les prometió que no volverían a separarse: era algo que agradecían ambos.

—Le debo mucho a Regina Harper —dijo sin dejar de mirar por la ventana—. Guardaré el secreto pero no, si ella se ve perjudicada.

—Me parece bien, gracias por comprender —dijo lady Jefferson con una grata sonrisa de satisfacción—. Pediré a la cocinera que suba algo de cena y también una sopa.

—Gracias lady Jefferson, se lo agradezco —respondió él mirándola a los ojos.

Lady Jefferson salió de la habitación, bajó a la cocina e informó a la cocinera quien se ofreció a llevar la cena ella misma, una vez hubiesen sido servidos los invitados.

—Muy bien, gracias —dijo lady Jefferson—. Cuando la cena esté, sívala en el comedor, los invitados esperarán allí.

Tras aquellas palabras, lady Jefferson volvió con sus invitados, aún unos en la sala y otros fumando, pero al verla e informar ella de que la cena estaría enseguida, todos se acercaron al comedor, ocupando en la gran mesa, los mismos lugares que ocuparon durante el almuerzo, aunque el lugar de lord Blackburn quedó vacío, como respeto y buenos deseos.

Durante la cena, la conversación apenas si tuvo importancia, pero lady Jefferson no apartó en ningún momento la vista de lady Hamilton por si necesitaba ayuda con sus padres, los cuales aprovechaban la menor oportunidad para intentar desprestigiarla, aunque ella no parecía prestar demasiada atención a cuanto ellos decían, comía con calma respondiendo a cuanto le preguntaban con educación.

Lady Harper se mostraba bastante serena, aunque no podía ocultar que sentía cierta preocupación respecto a lord Blackburn, desconocía que había hecho para enfermar si en la mañana estuvo bien, y se preguntaba si la ausencia de su amiga tuvo algo que ver, pues la noticia llegó casi al mismo tiempo que ella aparecía.

La estuvo buscando en el laberinto y no la encontró, estaba segura de que allí no pudo haber estado, pero ya dudaba de todo, necesitaba hablar con Heather muy en serio.

—¿Qué sucede, Regina? —preguntó Heather al ver que su amiga no comía el postre, permanecía inmóvil con el tenedor en la mano observando la trozo de pastel.

—Nada importante, ¿podemos hablar luego? —preguntó comenzando a comer.

—Claro, cuando tú quieras —respondió Heather sin saber que era lo que tanto abrumaba a Regina. Suponía, quizás fuera a reñirle por lo sucedido y, posiblemente se lo merecía, pero no podía volver atrás y corregir sus errores, que no siempre fueron cosa suya, nada le dijo a Blackburn para que se alejase de ella en medio de la lluvia.

Heather no dijo nada más, pero tras la cena, se retiró con Regina a su habitación y allí conversaron alejadas de los curiosos.

—¿Qué sucede? —preguntó Heather sentada en el sillón junto a la ventana—. Me tienes muy intrigada.

—Gracias, porque yo sí que estoy intrigada ¿dónde has estado? —preguntó Regina ocupando el sillón frente a Heather.

—En el laberinto. Lady Jefferson me invitó a que lo visitara, pero la lluvia no tardó en aparecer y lord Blackburn, quien estaba allí, me indicó donde podía protegerme. Te aseguro que no me tocó ni me hizo nada —indicó Heather observando a su amiga, segura de que no iba a creerla, tenía claro que Regina deseaba que ella se casara con lord Blackburn, no le cabía la menor duda, y eso era algo que no iba a hacer.

—Lord Blackburn nunca haría nada que perjudicara a una mujer y eso dejó claro que no debéis tratar a todos los hombres por igual. Ya te lo he dicho muchas veces pero nunca me escuchas —dijo Regina con resignación.

Heather Hamilton sonrió con tristeza. Las palabras de su amiga confirmaban lo que ya sabía: boda.

¿Por qué era tan necesaria? ¿Por qué debía ser la escapatoria de la mujer? ¿Por qué no podía casarse con quién ella quisiera? ¿Por qué hasta Regina entraba en ese juego macabro después de lo vivido?

¿Por qué?

El médico llegó por la mañana. El cochero de lady Jefferson había partido a primera hora de la mañana y no tardó demasiado en llevar al doctor.

Por suerte, el diagnóstico fue bueno: resfriado.

Le recetó algunas medicinas y cama, algo a lo que Blackburn no se negó en absoluto, pues no deseaba molestar más a lady Hamilton y tampoco deseaba encontrarse con sus padres, desconocía si podría defenderse o era mejor callar y que las habladurías continuasen hasta que el camino terminase.

Porque iba a terminar, lo sabía. Los secretos no vivían eternamente, como esperaba que no viviera para siempre el odio que parecía tenerle Heather, cuando él no recordaba haberle hecho daño, al menos, no de manera voluntaria.

Pero, en realidad, Heather no le odiaba. Huía de él como de cualquier otro hombre cuyo deseo fuera casarse con ella. Además, podía ser una Blackburn ¿y si su padre no tenía dinero pro qué ese tal Anthony le chantajeaba? No lo tenía claro, pero ante la duda, mejor alejarse, mejor irse, mejor... No saber nada, aunque duró poco.

Al pasar por la habitación de sus padres les escuchó hablar. Se acercó a la puerta con la intención de oír con mayor claridad lo que decían, pero no terminó de comprender muy bien la conversación.

—Ella no debe saberlo, si lo descubriera perderíamos todo cuanto hemos logrado y nos ha costado mucho tiempo, esfuerzo y lágrimas —decía su madre.

—Lo sé, pero yo no fui quien la puso en manos de esa Regina ni quien le dio permiso para marcharse —replicó su padre—. Además, aquí no debemos hablar. Y si esa Regina nos quita el peso de pagar la temporada bien que nos viene, no tenemos tanto dinero ¿o has cambiado de idea?

—Claro que no, si queremos estar en la alta sociedad debemos medir nuestros pasos —respondió ella— pero él, no es el esposo que ella debe tener, él no es un Blackburn.

Heather Hamilton se tapó la boca con las manos para evitar que se escapase un grito de asombro por haber oído aquellas palabras. En ese momento si comprendió que no debía de intervenir y mientras menos hablase con Blackburn mucho mejor iba a ser para ella. De hecho, debía conseguir que Regina también se apartase, pero ¿cómo?

El miedo se apoderó de ella y corrió hacia le parecía que encontraría un lugar donde esconderse, pero esperó que no la viera nadie, pero vieron un trozo de vestido color salmón, nadie la relacionó, pues esa misma mañana, los vestidos de ese color fueron el tema de atención, al ser el color elegido por cuatro mujeres, entre ellas, lady Jefferson, por lo que los Hamilton no dijeron nada, guardaron silencio mordiéndose la lengua.

Heather, a lo largo de la mañana, iba de un lado a otro sin saber que sucedía ni como actuar, las palabras de sus padres eran tan tristes que únicamente deseaba estar sola y pensar, pero no podía ser: Christopher Blackburn no era un Blackburn. Entonces ¿quién era?

Se dio cuenta de que pensaba demasiado en él, intentó cambiar de pensamiento, pero no lo tenía fácil, volvía de nuevo a pensar en quién era Christopher si, como decían, no era un Blackburn.

—Lady Hamilton —dijo una de las damas, a la que ella no conocía. La había visto en varios bailes, e incluso en las meriendas, pero no recordaba su nombre—, he hablado con vuestros padres pero me dicen que no vivís con ellos. Me gustaría saber dónde, por si os apetece asistir al baile que voy a celebrar, nosotros seremos los que comencemos la temporada.

—Estoy viviendo en casa de lady Harper para hacerle compañía, y sí, me encantaría asistir —respondió con una sonrisa—. Gracias por la amable invitación.

Heather Hamilton se dio cuenta en ese momento de que su vida le pertenecía, tomaba sus propias decisiones y los demás le daban esa opción. Era consciente de que, además, todo comenzó cuando ella decidió aceptar la invitación de Regina para irse a vivir con ella. No todo eran rosas en los días que llevaba con ella, pero... estaba en el camino, lo sabía, podía sentirlo.

—De nada, me habían dicho que no contara con vuestra presencia, pero supuse que sí podía, informaré a los demás por si ellos han recibido la misma información —dijo alejándose de Heather.

La joven sonrió. Aquella invitación partía de alguien a quien ella no conocía pero le caía bien, y eso que no era una mujer muy agraciada, todo lo contrario, con la nariz aguileña, la boca grande, los ojos pequeños, el pecho casi inexistente y las caderas inmensas. Pero aun así, era una persona excelente, una de esas que gustaba de tener toda la información antes de opinar y decidir.

Era algo que agradecía y, además, la tranquilizaba.

Siguió caminando por los alrededores de la casa, luciendo un vestido que no le pertenecía, estrenando unos zapatos blancos que tampoco le pertenecían y con un sombrero blanco que aun menos le pertenecía, pero con una sonrisa que sí era suya y una alegría desconocida hasta ese momento. Disfrutaba del aroma de las flores, de los colores que lucían, de las nubes que nadaban en el firmamento y de los pequeños zorros que correteaban por el prado escapando de los humanos.

Deseó poder compartir aquello con alguien, pero no había nadie que quisiera escucharla o estar a su lado, al menos no alguien cuya intención fuera únicamente la de acompañarla, pues todos parecían tener una doble intención, incluso Regina la tenía.

Pero aún así, estaba segura de que sus intenciones no serían demasiado diferentes a las suyas: amor.

—Lo siento Heather, lo siento muchísimo, pero no soy yo la culpable de que Blackburn viva con nosotras —dijo Regina mientras arrancaba una flor de una planta—. Comprende, no podía dejarle allí en el parque, si le hubieran visto... El escándalo hubiera sido terrible.

—El no es un Blackburn, he oído a mis padres hablar, lo estaban diciendo —respondió en voz baja Heather, tras lo cual se acercó a ella y la llevó tomada del brazo hasta un cenador que había allí cerca. Heather estaba deseando de poder contarlo, pero, por alguna razón, no parecía que le interesara a Regina, ella se quejaba.

—¿Y qué? Lo sea o no él es un Blackburn ¿vas a creer a tus padres? —preguntó Regina enfadada.

—Les creo porque no sabían que nadie les escuchaba —respondió sentándose en el banco de madera.

Regina se sentó en el banco junto a su amiga. No podía creer lo que oír. ¿No era un Blackburn? ¿Qué escándalo rodeaba a la familia? Comprendió entonces el motivo por el cual fue encontrada abandonado, pero no podía decir nada, prefería guardar silencio era lo mejor para ellas y para él.

—Guarda silencio, en estas cosas quien se interpone es quien pierde, y no creo que nos convenga a ninguna eso de meternos. Además, no es cosa de mujeres —explicó Regina tomando entre las suyas las manos de Heather.

—No será cosa tuya, porque mía... —susurró Heather bajando la cabeza— Regina, es posible que yo sea una Blackburn. Hay posibilidades de que el hombre que me crió no sea mi padre biológico, que lo sea el primer marido de mi madre. Es decir: Anthony Blackburn.

Las palabras de Heather resonaron con claridad infinita en los oídos de Regina. Era posible que su amiga no lo supiera, pero no tenía duda de que alguien muy influyente estaba detrás de aquello y era alguien más que no pertenecía a ninguna de las dos familias, pues no veía a los Blackburn abandonando a su hijo de ese modo, el escándalo les humillaría, no podrían volver a los bailes de sociedad. Y los Hamilton... tampoco. Menos, nunca acudían a la mansión de los Blackburn ¿cómo iban a entrar a secuestrar a alguien?

—Se me acaba de ocurrir una idea —dijo Regina—. Supongamos que Anthony Blackburn es tu padre, pero él ha sido rechazado por su familia, de manera que devuelve a tu madre todas sus pertenencias y dinero para que pueda criarte, pero ¿dónde está el dinero?

Heather negó con la cabeza. A esa pregunta no tenía respuesta y dudaba de que alguien más que su padre la tuviera, pero fuera como fuera, no iba a preguntar porque no iba a obtener ninguna respuesta, pero tal vez podría localizar a Anthony, él le contaría algo. Pero para poder hacerlo debía hablar con Christopher.

Hiciera cuanto hiciera, tenía que chocar con él.

—Comprende que no estás acercándote para ser su esposa, hablarás con él para poder ponerte en contacto con, posiblemente, tu verdadero padre. Además, Christopher nunca te ha hecho daño, tú misma lo has dicho —habló Regina exponiendo a su amiga los datos.

—Sí, pero... —susurró Heather, la cual también se preguntaba lo mismo que Regina le había expuesto. Analizando bien las cosas, él nunca le había hecho nada, al contrario, fue ella quien se enfadó de una manera injusta para con él en la biblioteca, mientras él se mantenía quieto, alejado, callado y leyendo un libro.

Christopher se comportaba muy bien con ella: la protegía, la respetaba y la trataba con educación, pero ella le reprochaba de tan modo que él llegó a enfermar porque ella no quería que se le acercara. Pasó horas bajo la lluvia mientras ella permanecía seca y resguardado. ¿Cómo iba a hablarle y pedir después de todo eso? No poder ser más... No había palabra. No era justo, no podía.

—Pero... ¿qué pasa? —preguntó Regina, quien no comprendía a su amiga.

—No quiero verle, no puedo pedirle nada más —respondió. Soltó las manos de Regina y se puso en pie—. Lo siento pero... No quiero volver a verle nunca más.

La seguridad, firmeza y severidad con la que habló, le hizo comprender a Regina que detrás de todo eso había algo más, algo que Heather no quería creer, pero a lo que no podía huir, se había enamorado.

Era posible que al principio le atacase por miedo, pero... No había tardado en caer bajo las redes del encanto que poseía Christopher, de hecho, no era la primera que lo hacía, Christopher tenía toda una legión de chicas locas por su figura, aunque las atenciones dadas a Heather... Eso ya no era tan amplio, de hecho, el verdadero ser, lo sacó con Heather Hamilton y ella parecía no darse cuenta, o si se daba, no lo decía.

Pero ella sí lo sabía, conocía bien a Christopher, dos años eran muchos cuatro días, además, de que Nicholas, le hablaba a menudo de él.

—Heather, no puedes huir eternamente de él. Quieras o no quieras le verás, vivís en la misma casa

Y si buscas la verdad pasa por hablar con él —dijo Regina colocándose junto a Heather—. Ya sé que en estos dos años estarás de hombres hasta el sombrero, pero no por eso debes comportarte como lo haces, los culpables son tus padres no los hombres.

Heather suspiró. Regina tenía razón, no era su culpa. Ni de él ni de ningún otro, pero le era imposible dejar de pensar de ese modo, era ver un hombre y su odio despertaba. Los recuerdos volvían a su mente, sobre todo, aquellos en los cuales estaban en el salón y el hombre la veía como si fuera una recompensa.

Regresó al banco y se sentó. Contarle las cosas a Regina siempre la habían consolado, sabía que ella la comprendía, por eso comenzó a hablarle con sinceridad, sobre la ocasión en la que casi acabó comprometida.

—¿Recuerdas qué te dije en una ocasión que mis padres casi me comprometieron? —preguntó.

—Sí, lo recuerdo, nunca me has dicho que pasó ni como te liberaste. Por cierto ¿dónde está Grace? —preguntó Regina buscando con la mirada en todas las direcciones al tiempo que hablaba— no la he visto desde ayer.

—Yo tampoco he visto a Jane... —respondió, dándose cuenta de que tanto la doncella de una como la de la otra parecían haber desaparecido— ¿Cómo nos ha podido pasar?

—Porque ayer estábamos muy cansadas y ambas hemos elegido un vestido sencillo que nos podíamos poner nosotras solas. Además, una taza de té a que te fuiste a la cama con el corsé —dijo Regina con una sonrisa malvada.

—Acertaste, estaba agotada —respondió Heather—. Vayamos a buscarlas, es posible que se hayan perdido —dijo asustada.

—¿Grace? No, conoce este lugar muy bien. Pero Jane ya es otra cosa, creo.

Juntas, dieron un par de vueltas alrededor de la casa, pero no las encontraron. Incluso entraron en la vivienda y las buscaron por todas partes con el mismo resultado: nada. Se acercaron a las caballerizas y preguntaron, mas nadie las había visto.

Heather comenzó a preocuparse, no había nunca caído en la cuenta de lo mucho que la quería y la necesitaba, aunque la noche anterior no pensó en ella por ese cansancio tan intenso, se dio cuenta de que, sin ella, si estaba sola en el mundo. Grace había estado a su lado para todo. Incluso la ayudó a liberarse de aquel compromiso.

—De no ser por Grace, yo estaría casada con un viejo verde sin educación —dijo Heather mientras sollozaba apoyada en el tronco de un árbol no frutal.

No dijo más, pero comenzó a sentir como si volviera a estar en aquel salón, con las cortinas oscuras casi echadas, la chimenea encendida y los dos sofás uno frente al otro, ocupados por sus padres, ella y aquel viejo que falleció a los pocos días de ser rechazado, aunque nadie la culpó, todo el mundo opinaba que la belleza de Heather era casi mortal.

El hombre estaba sentado, muy recto, con un gran ramo de flores en una mano y en la otra, un pañuelo con el que se limpiaba un sudor que no tenía sentido de caer.

—Yo la quiero, es una hermosa mujer, muy joven aún pero es lo que quiero, mientras más joven, más tiempo podrá disfrutar de lo que tengo y todo es para ella. Todo. Claro, aún es menor de edad, si me pasara algo, las propiedades y el dinero pasarán a ustedes y ella podrá acceder cuando cumpla los años. Mientras, si puedo tener un heredero, mucho mejor. Es joven, es fuerte, puede tener más de uno —habló tartamudeante haciendo que aquella explicación fuera larga, pesada... casi mortal de aburrimiento y asco, pues Heather no soportaba aquel anciano arrugado, casi sin dientes, que olía a rancio y cuya ropa no parecía ser suya.

Distaba mucho de su interés el humillar a los mayores, pero aquel hombre ¿no pensaba en su edad?

Los hombres buscaban una mujer inteligente que pudiera llevar una casa y una reputación, pero de ahí, a buscar a una casi niña con él teniendo casi 50 años y estando enfermo...

—Además, parece que tiene los pechos firmes —dijo él mirándola.

—Pruebe si quiere —dijo la madre.

—Señora —interrumpió Grace—, es mejor que cuide la reputación de Heather, mientras más nueve llegue al matrimonio, mejor. Lord Miller lo comprenderá. Y es la hora de su clase de piano. Heather acompañó a Grace hasta que lord Miller hubo abandonado la casa. De no haber sido por ella, no le quedaba la menor duda de que su reputación y dicho hombre irían al altar de la mano. Pero la intervención de Grace no acabó allí, tuvo una breve charla con lord Miller que Heather desconocía. Esa conversación sí fue la causante de dicho fallecimiento, mas Grace estaba tan dispuesta a todo por ella, que una muerte no era nada.

Y de eso, sí que sabía Jane, la criada de Regina, pues ambas eran grandes amigas, ocultaban que eran hermanas, y ambas llevaban desde el día anterior en una pequeña cabaña cercana, desde donde veían con claridad la casa, las caballerizas y el laberinto. Hablando entre ellas se les fue el tiempo, les pilló la noche, quedaron allí durmiendo y a la mañana siguiente continuaron con su charla.

Ninguna cayó en la cuenta de nada, pero ni Heather ni Regina cayeron tampoco en preguntar a lady Jefferson, quien sí sabía donde se encontraban, pues Jane pidió expreso permiso para ocupar la cabaña, segura de que si Regina Harper necesitaba algo, su buena amiga Heather Hamilton podría echarle una mano y viceversa.

La enfermedad de Blackburn fue disminuyendo poco a poco, pero aun así, permaneció en la cama hasta que la fiebre le abandonó por completo, cosa que aconteció el sábado en la tarde.

Durante el tiempo que permaneció allí, sus pensamientos estaban centrados en Heather. Pensaba en ella sin cesar, la quería, la adoraba, pero no sabía el motivo por el que ella lo trataba tan mal, era como si el mundo entero estuviera en su contra o algo parecido, muy claro que no lo tenía.

Lo que sí sabía y tenía claro era que en su casa pasaba algo, y tenía la ligera idea de que únicamente su tío podía ayudarle. Por suerte para él, lady Jefferson, disponía de la dirección de Anthony Blackburn, por lo que tomó la firme decisión de pedirle un favor muy importante.

Sentado en la cama, con el pijama y la bata puesta además de cubierto por las sábanas, mantas y colcha, Blackburn pidió un favor al ayudante de cámara.

—¿Podrías llamar a lady Jefferson? Necesito pedirle un favor —dijo con la voz ronca debido a la tos.

—Claro, enseguida —respondió con una sonrisa el ayudante, quien no tardó en salir, como lady Jefferson, que en ese momento se encontraba en la biblioteca comentando un libro con casi todos los invitados, llegó casi de inmediato.

—¿Sucede algo lord Blackburn? ¿Qué necesitáis? —preguntó lady Jefferson sonriente luciendo un hermoso vestido a rayas verticales azul y blanco. Le era muy difícil presentarse ante él y no poder decir cuanto quería, pero algo era algo, el paso del tiempo se ocupó de demostrárselo.

—Necesito que enviéis una carta a mi tío en Francia, he de hablar con él, he de verle, existen cosas que es necesario solucionar, deseo saber la verdad ¿podréis hacerlo? —preguntó, consciente de que era una petición muy difícil para ella y casi imposible para Anthony, quien prometió no volver nunca más a Londres.

Lady Jefferson dejó escapar un profundo suspiro. Se sentó en la cama con desesperación. No sabía que responder, sabía que ese día tenía que llegar, pero no estaba preparada, y dudaba, que fuera el momento adecuado, sobre todo después de lo ocurrido con Heather, quien poco a poco empezaba a preguntar y, aunque en la mañana no dijo nada por buscar a su doncella, no le quedaba duda de que en la menor oportunidad, volvería a interrogar a quien pudiera darle la más mínima respuesta.

—Lady Jefferson, sé que pido mucho, pero también sé que lady Hamilton necesita una explicación, yo puedo vivir así, pero ella necesita comprender que los hombres no son todos unos ladrones, libertinos y sin corazón —dijo antes de comenzar a toser.

—Escribiré a su tío, descanse un poco, más tarde la cocinera subirá la cena —indicó ella una vez él dejó de toser.

—Gracias lady Jefferson, lamento mucho las molestias que estoy causando —dijo avergonzado.

—No molesta lord Blackburn. Insisto, descanse —respondió ella entristecida, pues las cosas

cambiarían en cuanto la carta fuera escrita, pero era posible que fuese lo mejor para todos.

Su puso en pie y salió de allí despacio, intentando pensar en las palabras para convencer de ese viaje a Anthony, un hombre incapaz de enfrentarse a su familia que, posiblemente, tendría una vida en ese país y no querría volver al pasado, pero no le quedaba más remedio que llamarle, era necesario su regreso, sobre todo, para Heather.

Y para el propio Christopher, aunque él no se mencionaba, pues, se diera cuenta o no, todo lo hacía por el bien de ella, siempre la tenía presente. Deseaba y esperaba, que se diera cuenta de ello, aunque con el sentimiento hacia los hombres...

Tenía mucho miedo sobre lo que podría suceder y, desconcertada, permaneció detrás de la puerta, apoyada, temiendo que la abrieran pero no sabiendo que decir ni hacer, hasta que una de las criadas la encontró y, acercándose a ella se interesó por lo que pudiera ocurrir.

—Señora ¿qué sucede? —preguntó ella con humildad— ¿Puedo ayudarla?

—No, no puedes, pero hazme un favor, ve a la biblioteca y di a los invitados que necesito realizar una gestión de última hora, y he de ausentarme durante un rato, pero me uniré a ellos en el comedor para la cena —dijo, con una sonrisa apagada.

—Sí señora, como desee. ¿Puedo ayudarla en algo más? —preguntó con el deseo de que la sonrisa apagada diera paso a algo más alegre, pues no le gustaba ver de aquella manera a una mujer a la que tanto debía, aun sentía no haber pagado el favor cuando ella vivía sin dinero en una casa medio en ruina con dos niños pequeños, pero gracias a lady Jefferson, ella tenía un techo, una cama, ropa, comida, dinero y ellos, un colegio interno que visitaba cada semana y donde escribía dos veces al mes.

—No, muchas gracias —respondió agradecida.

La criada se retiró con una reverencia que ella nunca pedía, pero comprendía, y, al verla girar a la derecha para bajar las escaleras, lady Jefferson tomó el pasillo en dirección a la habitación secreta, donde bajo llave guardaba ciertas pertenencias secretas, así como la dirección de lord Anthony Blackburn, el tío de Christopher. Muchas cosas habían acontecido entre los Blackburn y los Hamilton, demasiadas quizás.

Pero la petición de Christopher era una petición a cumplir, y, quizás, fuera lo mejor... Aunque el miedo a lo que pudiera acontecer la abrumaba bastante.

—Lady Jefferson —dijo el ayudante de cámara saliendo a buscarla—. ¿Puedo hablarle?

—Sí, claro —respondió ella dándose la vuelta—. Dígame.

—En estos días con lord Blackburn, he aprendido muchas cosas de muchas personas. Lord Blackburn haría todo cuanto se necesitase para que lady Hamilton sepa quien es su padre y lo que su familia lo oculta, sabe que ella no tiene a nadie excepto a Grace, está sola y él conoce muy bien esa sensación, por eso hace lo que hace —explicó, más para saber si había comprendido el asunto o aun no lo había hecho.

—Eso lo sé, no hay problema, lo comprendo, pero me da pena que lady Hamilton no valore más a personas como Blackburn —dijo ella con tristeza.

—Lady Jefferson, también usted hace mucho, el apoyo que da a lord Blackburn es indispensable —comentó el ayudante de cámara acercándose un poco más a ella para que ningún curioso escuchara lo que iba a decirle: no queremos que se sienta mal, su ayuda ha sido muy importante, aun lo es.

—Lord Blackburn puede contar conmigo, él lo sabe. Y su tío, una vez regrese de Francia, también puede vivir aquí, es un placer para mí poder verle una vez más —contó con tranquilidad, no sintiéndose molesta por la presencia ni la cercanía del ayudante, el cual desconocía el motivo de aquellas palabras.

—¿Le conocer en persona? —preguntó curioso.

—Por supuesto: mi marido era amigo de lord Anthony Blackburn, se llevaban muy bien, bastante

bien, no dudé en ayudarle, aunque los secretos no me los contaron, según mi marido no quería involucrarme, mas cuando falleció me vi involucrada, pues Anthony necesitaba ayuda y yo, necesitaba sentir que era alguien útil aun siendo viuda —dijo ocultando la verdadera razón, había prometido que jamás se sabría.

—Comprendo, si necesita algo no dude en pedírmelo —dijo con una amplia sonrisa, a lo que ella respondió con otra sonrisa, antes de entrar en la habitación.

Allí, lady Jefferson mantenía toda la documentación de su marido, así como las dos fotografías que Anthony Blackburn le hizo junto a ella una vez él falleció, para poder tener algún recuerdo especial. También se encontraban las fotografías que Anthony tomó a los dos bebés de lady Jefferson. Dos niñas, una muerta en el parto y la otra a la tierna edad de 10 semanas.

Esas cuatro fotografías eran, además, los motivos por los que ella tanto debía a Anthony Blackburn, pero se trataba de detalles que no conocía nadie, excepto ella y el fotógrafo.

Allí, en aquella habitación, mantenía también el escritorio de su marido y la silla donde se sentaba para poder escribir las cartas, responder las notas, leer el periódico y reunirse con sus socios. Ella, en cambio, lo utilizaba para recordar el pasado no muy agradable, pero en compañía de él, todo era maravilloso.

Se sentó en la silla, tomó la hoja, la pluma, el tintero y escribió con sumo cuidado una carta solicitando a Anthony Blackburn que, por favor, regresara a Londres, pues su presencia era muy necesaria. Relató también lo acontecido a su sobrino, lo que lady Harper tuvo a bien contarle, así como la enfermedad. Sabía que no era una enfermedad grave, pero si lo contaba era por si estaba dudoso, pudiera tomar la decisión correcta.

Necesitó varios intentos para tenerla preparada, pues unas veces le daba la impresión de que había sido demasiado estricta, y otras que no era lo suficientemente convincente, pero tras el quinto intento, tomó un sobre, dobló la carta e introdujo las dos hojas en el sobre, que cerró y relleno con el destinatario y el remitente, antes de guardar la carta en el cajón hasta que el cochero pudiera enviarla el lunes.

Una vez cerró el cajón, sonrió. Tenía muy buenos recuerdos de aquel hombre y sabía, era toda una proeza el hacer lo que hizo en los años pasados, pero mucho más iba a tener que hacer, aunque cuando abandonó la habitación, necesitó esconderse en otra porque lady Harper pasaba en dirección a la habitación de lord Blackburn.

Guiada por la curiosidad, siguió a lady Harper y pegó la oreja a la puerta para poder escuchar, aunque suponía, ninguno de los dos iba a pensar en nada malo.

—Lo siento mucho lord Blackburn, no deseo molestaros, pero tenemos que hablar —dijo lady Harper.

—Dígame sin rodeos —pidió él.

—Necesitamos que su tío venga, lady Hamilton no hallará la paz hasta que no sepa la verdad —expuso ella.

—Desde el primer momento en que la vi, no puedo apartarla de mis pensamientos. Lady Hamilton es un ser muy especial. Ya me ha ocupado de que hagan volver a mi tío, aunque desconozco si lo hará o no, juró no volver a Londres —explicó Blackburn.

—Gracias lord Blackburn... una cosa más ¿estáis seguro de que lo que sentís por ella es amor? —preguntó lady Harper, mientras a lady Jefferson se le salían los ojos de las cuencas y se apresuraba a tapar con las manos la boca para no dejar emitir sonido alguno que la pudiera descubrir.

—Si, estoy seguro. Únicamente pienso en ella, si sacrifico sin importarme mi propia existencia, si el aliento se me paraliza cuando la veo y no consigo oír nada más que su voz en medio de una reunión donde todos hablan casi al mismo tiempo... No sé lo que es el amor, nadie me lo ha enseñado, pero creo

que, si lo mío no es amor, no se distanciara mucho. ¿No? —respondió.

—No, no lo está, no está muy lejos, de hecho, ojalá Nicholas me hubiera amado del modo que vos amáis a Heather.

Lady Jefferson no permaneció más tiempo a la escucha, todo lo contrario. Se alejó de allí hasta el comedor, donde los invitados lucían sus mejores galas, pues conocían que esa noche iba a poder celebrarse un pequeño baile de máscaras. Todos los invitados encontraron las suyas en sus respectivas habitaciones, pero a lady Hamilton le daba un poco de miedo, pues con las máscaras, que cubrirían la mitad del rostro en unas ocasiones y en otras, el rostro entero, no sabía con quién terminaría bailando y no tenía la menor intención de hacerlo con su padre, pero lady Jefferson tenía una idea que le diría en su momento.

Y ese momento, era antes de la fiesta.

Pero cuando llegó al comedor, lady Hamilton se encontraba en una esquina acompañada por Grace. Sonreían, conversaban con calma, no observaban a nadie, al contrario, era como si en ese lugar no hubiera nadie nada más que ellas.

Lady Jefferson se acercó a ellas preguntándose para sus adentros, si alguien era consciente de lo que mucho que amaba lord Blackburn a lady Hamilton. Sabía, por lo oído y vivido, que la joven se había convertido en el centro de su vida, pero también se preguntaba si no iba a ser demasiado cruel para él, pues al estar su pasado ligado al de Heather, era imposible que su vida no cambiara también, al cambiar la de ella.

—Lady Jefferson ¿qué os sucede? —preguntó Heather Hamilton al verla algo pálida.

—¿Por qué preguntáis tal cosa? —preguntó ella sorprendida.

—Os encontráis un poco pálida, casi tanto como vuestro vestido... —respondió Grace— Si tenéis algún problema o necesitáis ayuda...

—Muy amable Grace, pero estoy bien, únicamente es un poco de cansancio y que echo de menos a mi marido, pero es mi día a día —respondió ocultando la mitad de lo que le sucedía, pero sabía que no era el momento para estar confesando nada, ya llegaría la oportunidad.

—Comprendo, lamento su pérdida —comentó Grace simpatizando con ella.

—Gracias, ¿nos sentamos? En cualquier momento nos servirán la cena —informó lady Jefferson con una sonrisa forzada.

Todos los presentes observaron a lady Jefferson y, una vez esta se acercó a su lugar en la mesa, los invitados también se acercaron, sentándose al mismo tiempo que llegaba la cocinera con la cena, una exquisita, donde no faltaba la ensalada, ni la sopa, ni la carne, ni un exquisito postre que, según la cocinera, les iba a encantar, aunque debían tener cuidado, pues era muy cremoso.

—Entonces es mejor que le ponga un babero a mi hija, estoy seguro que manchará el vestido que se ha puesto —dijo la madre de Heather en voz alta y con doble intención.

—Señora, yo no me preocuparía por ese motivo, su hija sabe comer perfectamente y no va a mancharse el vestido, mas si lo hiciera, no es usted quien lavará la ropa —respondió con seriedad y exigencia lord Blackburn, a quien nadie esperaba, mientras se acercaba a su sitio en la mesa, aunque antes de sentarse, pidió permiso cortésmente a lady Jefferson y dirigió la mirada al vestido blanco con flores rosas que lady Hamilton lucía—. Si me lo permitís, estás muy hermosa, ese vestido os favorece, resalta el rubor de vuestras mejillas y el color de vuestro cabello.

—Os lo agradezco lord Blackburn, y me alegra veros levantado ¿he de tomar eso como una señal de mejoría en vuestra enfermedad? —preguntó lady Hamilton.

—Sí, así es. Muy amable por su interés —respondió él mientras sonreía y tomaba asiento.

—Me alegra saberlo —dijo ella con la intención de molestar a sus padres, aunque con ello, sin

saberlo, encendía las ilusiones de Blackburn.

El hombre, realizó grandes esfuerzos por no toser durante la cena, lo consiguió a media, un par de veces tosió levemente. Pero las conversaciones ya no rondaron alrededor de lady Hamilton, todo lo contrario, lo hicieron alrededor del baile y lo divertido que les resultaba lo de las máscaras, pues nadie sabría con quien bailaba hasta la 12 de la noche, pero si acertaban, tendrían un premio.

El ávido interés por el premio y el modo de adivinar a la pareja, les tenían demasiado ocupados como para fijarse en una joven de 18 años que no hablaba ni hacia ruido.

—Os lo vuelvo a pedir, no digáis ni el vestido que llevaréis quien se vaya a cambiar, ni la máscara, de lo contrario no sería un juego —dijo lady Jefferson con simpatía, al ver que los presentes comenzaban a dar pistas casi sin darse cuenta—. Díganos lord Blackburn ¿será posible contar con vuestra presencia? Nos sería muy grata su presencia, no voy a exigirlos que participéis del juego, antes de partir de regreso a la ciudad, os haré entrega de un pequeño obsequio.

—Por supuesto lady Jefferson, será un placer. No participaré del juego, estoy seguro de que sabrán disculpadme, pero si me fuera posible si bailarían un par de piezas —explicó con una leve sonrisa mientras la criada retiraba los platos vacíos, para dejar sitio al postre.

Postre exquisito que supo a poco a la gran mayoría de los invitados, los cuales no dudaron en alabar la comida de la cocinera, así como el excelente servicio. Tampoco faltaron quienes se fijaron en el corte que lady Hamilton dio a sus padres al no mancharse la ropa, lo que animó mucho a lord Blackburn, quien encontró fuerzas para estar presente en el baile, aunque su primera intención era regresar a la habitación y descansar.

Tras la cena, todos los invitados se retiraron a sus respectivas habitaciones para prepararse antes de dirigirse al salón de baile, donde los músicos ya se encontraban terminando de colocar los instrumentos y de elegir las piezas a tocar, con la aprobación de lady Jefferson, quien se sentía mucho más relajada de lo que creía se sentiría tras escribir la carta.

Ella no se cambiaría de vestido, como tampoco lo hizo Heather Hamilton, quien añadió a su vestido de seda de manga corta, un chal de la misma tela y colores, así como unos guantes largos en color blanco.

—Heather estás hermosa, muy hermosa ¿cómo es tu máscara? —preguntó lady Harper, quien mostraba la suya, una dorada que le cubría el rostro por completo, solo permitía espacio para los ojos y la boca.

—Gracias, tu vestido rojo es muy hermoso también, me gusta. Mi máscara... pues esta —respondió enseñando una que le cubría la mitad del rostro—. Lo del juego me aterra un poco ¿cómo sabré con quién bailo?

—No lo sé, pero supongo —habló lady Harper abriendo la puerta para salir y dirigirse ya al salón— que no será muy difícil. Quien menos baile es lord Blackburn, así que eso ya es algo que sabemos, yo, si no tengo la menor idea de quién es quién, me acercaré a él.

—Tal vez yo haga lo mismo —dijo en un susurro lady Hamilton, quien por alguna razón ya no le parecía tan mala idea eso de estar cerca de él.

Y cuando llegó al salón, con casi todos los vestidos cambiados, las máscaras haciendo imposible el reconocimiento y Blackburn cerca del balcón con medio rostro cubierto tapando una leve tos con la ayuda de un pañuelo, comprendió que las palabras de su amiga tenían mucho sentido. Tal vez demasiado.

Dejó escapar un suspiro antes de entrar, aunque en cuanto lo hizo, un hombre, la tomó de la mano y comenzó a bailar con ella al mismo tiempo que la banda comenzaba a tocar. Fue tan repentino, que no tuvo ocasión de negarse a dicho baile, aunque el miedo si hacia mecha en ella, pues no recordaba algunos pasos, temblaba de miedo y pese a querer detenerse para beber, las palabras no salían de su boca.

—Deja de temblar o me pisarás, y está muy mal visto que una mujer pise a un hombre bailando —indicó su padre hablando en voz baja, lo que la llevó a asustarse aun más—. Para no saber que eres tú, deberías haberte cambiado de vestido, ahora ya tengo tres descubiertos, me quedan siete.

—Serán seis, ¿acaso no sabes qué vestido luce tu esposa? —preguntó lady Hamilton con un poco de picardía, que desconocía de dónde había salido, pues no recordaba tenerla delante de sus progenitores.

—Estar con tu amiga te ha vuelto un poco respondona, has de tener más educación hacia mí y hacia tu madre —replicó el padre con severidad.

—Lady Hamilton... —dijo lord Blackburn interrumpiendo la conversación— con vuestro permiso...

La tomó de la mano y comenzaron a bailar. Le era indiferente si el padre se enfadaba o no. él nada iba a perder, pues nada poseía, aunque ella... El valor demostrado al defenderse de los hombres parecía no bastar, aun debía ser más fuerte.

—Gracias, ¿cómo sabíais que era yo? —respondió él con una leve sonrisa—, y, supuse, necesitaríais ayuda con vuestro padre.

—Habéis sido muy amable, sobre todo, después del modo en el cual os he tratado —excusó ella avergonzada.

—No penséis en eso ahora, por favor, si lo hacéis me obligáis a hablar y no deseo toser —pidió él en un susurro para que nadie más que ella le oyera, lo que provocó en Heather una ligera sonrisa tranquila.

Bailaron juntos hasta terminar la pieza y, una vez finalizada, se acercaron al balcón. Lord Blackburn ocupó una silla mientras lady Hamilton permanecía a su lado, de pie, observando la imparable oscuridad que ya caía sobre el mundo, aunque ella no le prestaba demasiada atención, la claridad existente en el salón de baile favorecía que pudiera ver lo que ocurría allí reflejado en el cristal.

—¿Desea ganar ese juego? —preguntó él por lo bajo.

—Me resulta curioso, divertido. Ganar o no me es indiferente ¿por qué pregunta? —preguntó ella extrañada de sentirse cómoda con él: era un hombre.

—Porque puedo decirle quién es quién, y si lo desea... —respondió sugerente con una amplia sonrisa.

Heather Hamilton sonrió. Las trampas eran algo que no le hacían ninguna gracia, pero después de lo acontecido en el laberinto y el silencio de lord Blackburn, lo mínimo que podía hacer era tratarle con un mínimo de respeto y de cortesía. De cualquier modo, un juego era un juego, casi todos habrían hecho trampa y, quien no lo hizo, sobornaría para que su compañero y compañera de baile dijera su nombre.

—Está bien, dígamelo —respondió ella sin saber que su breve charla era vigilada con agrado.

Y ese alguien, era lady Jefferson, la cual sonreía al comprobar que, aunque fuera con doble intención, Heather comenzaba a tratar a Christopher Blackburn, quien sabía, aunque no lo dijera, que su enfermedad estaba causada por la lluvia caída la tarde en la cual lady Hamilton estuvo en el laberinto, pero el hecho de que él estuviera empapado y ella, casi totalmente seca, dejaba claro que, si bien pudieron estar una cerca del otro, no estuvieron juntos. Sin embargo, ella nada podía decir, no era de su incumbencia.

Lo que sí, era el baile.

Todos los invitados bailaban intentando averiguar quien era su pareja para poder ganar. Algunas damas incluso se negaban a responder para no ser reconocidas por la voz y otras, agravaban el tono, pero la máxima picardía, llegaba de parte de los hombres, los cuales llegaban incluso a dejar volar los piropos para ver como reaccionaban ellas, pues en caso de molestarse, estaba claro que no era su mujer, por lo que la lista comenzaba a acortarse.

Lady Jefferson comprendió que la idea del juego había sacado de ellos los más bajos instintos, las más estudiadas ideas y el hecho de que, por el momento, sabía que únicamente Blackburn conocía la identidad del resto de los invitados, la habilidad que poseía era increíble.

Pero, pese a todo, se sentía incapaz de contener la risa. El premio no era gran cosa, pero los participantes demostraron que se debía de haber esmerado un poco más.

—Mi amor, mi dulce pastel de chocolate —dijo uno tentando a la suerte, antes de recibir una bofetada.

La breve escena provocó un aluvión de carcajadas y la toma de una decisión: nada de pasarse de la raya por muy seguro se estuviese de encontrarse bailando con la esposa. El modo de sacar información

iba a tener que ser un poco más sutil.

—Por cierto —habló lady Jefferson— antes de las 12 deberéis decirme el nombre de los jugadores y que máscara llevan. Ah, y el premio no se comparte. Venga, que nadie ha venido aun a mí.

Lady Hamilton observó a lord Blackburn, ¿aún no era la hora? Pero él negó con la cabeza, no, no era la hora. Su media sonrisa pícaro hablaba de algo en su mente, pero no dijo nada, su idea era única y exclusivamente que ella ganara, aunque jugar un poco tampoco le parecía mala idea. Y reír era muy agradable.

—Pero si lo sabéis ¿por qué no me lo decís? —preguntó en un susurro.

—Lady Hamilton, nadie lo va a descubrir: lady Steinbeck ha golpeado a su propio esposo ¿de verdad creéis que van a saberlo? —preguntó él también en un susurro.

Heather comprendió entonces lo que quería decirle lord Blackburn. Lady Steinbeck había jugado con todos, nadie podría nunca sospechar que una esposa golpearía a un marido. Las consecuencias serían para ella, pues no era la primera vez que en un baile se realizaba el juego de las máscaras, pero sí la primera vez que una esposa se tomaba tal libertad, y una libertad innecesaria, podría haberse apartado, haberlo negado e incluso haber cambiado la voz, pero ella inventó otra regla.

—¿Pero por qué? Él nunca se ha comportado mal con ella ¿no? —preguntó Heather apoyándose en el balcón de cara al salón y en voz muy baja, casi susurrando.

—Él la ama más que a su propia vida, te lo aseguro, es socio de mi padre, desde que tengo memoria le he visto en casa todos los días, y cuando no habla de negocios, su tema de conversación favorito es ella —respondió él— y por cierto, ella se llama Elena.

—Gracias por el dato. Por cierto ¿no sospechará nadie que me decís el resultado del juego? —preguntó curiosa.

—Sois tan curiosa como un gato, lady Hamilton —respondió sonriente—. Nadie sabe que yo conozco quién es quién, únicamente lady Jefferson está al tanto de ello. Comprenderme, es un secreto, pero no indecoroso, os lo aseguro —dijo levantando su mano derecha en señal de juramento.

—Desconozco el motivo, pero confío en vos —dijo ella resignada. Al fin y al cabo, sabía que él no le haría nada, nunca tendría mejor oportunidad que cuando estuvieron en el laberinto, y ya conocía muy bien como acabó.

También acabó, pero para lady Harper una cosa: el baile.

Incapaz de descubrir quién era quién, se resignó a reconocer a cuatro y dos no eran válidos. Se unió a la pareja interesada en saber si su amiga había descubierto a alguien, pero la respuesta de lady Hamilton fue también un cuatro que quedaba en dos.

—Me temo Heather que el enigma es demasiado difícil para nosotras: si al menos no se hubieran cambiado de vestido... —dijo Regina molesta apretando los puños.

—Tranquila Regina, aún queda tiempo, descubriremos a más —dijo, aunque sin la intención de darle a ella las respuestas, sería traicionar a Blackburn, y no podía hacerlo, en su corazón sentía que no podía.

—Si descubres ¿compartirás conmigo? —preguntó Regina.

—Sabes que eso está prohibido, no puedo —respondió Heather, al tiempo que Blackburn le tiraba disimuladamente del vestido y tosía a propósito, lo cual llevó a la joven a inclinarse para intentar ayudarle, pero él aprovechó y le dio los datos—. Gracias —susurró lady Hamilton— os traeré agua, seguro que os alivia —dijo, ya en voz más alta.

Sin tardanza, se aproximó a la mesa y llenó un vaso con agua de la jarra, llevándoselo con total normalidad a lord Blackburn, quien hizo una señal con la cabeza, en señal de agradecimiento, mientras lady Jefferson comenzaba a hablar: era la hora.

—Se acercan las 12, ¿alguien puede decirme quién es quién? —preguntó lady Jefferson— si tenéis alguna idea podéis decírmelo para que yo lo sepa, por intentarlo...

—Yo quiero intentarlo —dijo lady Hamilton acercándose a ella y quitándose la máscara—. Y quiero hacerlo en voz alta.

Lord Blackburn se quitó la máscara expectante. Estaba contento por ella, aunque esperaba que Heather no se equivocara, eran muchos nombres, pero confiaba en esa joven. Además, ya había demostrado que era alguien en quien confiar, las palabras dichas a Regina lo decían.

—Adelante, suerte lady Hamilton. Si cometéis algún error, no os preocupéis, esto es un juego nada más. Recordarlo —invitó lady Jefferson más pendiente de las reacciones del resto de los jugadores que de la misma joven.

Lady Hamilton indicó quién era quién sin cometer ningún error. Lady Jefferson aplaudió feliz por ver una respuesta tan bien dada, y a sus aplausos, no tardaron en unirse lady Harper y lord Blackburn. Los demás jugadores también aplaudieron, aunque realmente no se sentían muy contentos, habían perdido ante una joven que permaneció quieta, con la vista fija, había demostrado que no era la cobarde, la tonta ni la llorica que decían sus padres, quienes se retiraron del salón sin decir nada a nadie.

—Muy bien, felicidades, aquí tenéis el premio —dijo lady Jefferson entregándole una caja, que Heather Hamilton tomó con una amplia sonrisa, una vez dejó la máscara en una silla—. Decidme si os gusta.

Heather observó a todos, no sabía que debía hacer. Observó a Regina pero nada decía, ni la estaba observando y lord Blackburn tosía en ese momento, por lo que se encontraba sola en ese momento, cuando tenía que tomar una decisión, pero tenía miedo equivocarse, muchos ojos la miraban y creía que, en la caja, podía haber algo para avergonzarla ¿o podía confiar en alguien más que en lord Blackburn y Regina Harper?

Decidió abrirla. Sujetó la caja con el brazo izquierdo y con la mano derecha la abrió, dejando caer la tapa que rompió el silencio de la sala como si fuera un trueno, aunque ella no se dio cuenta, ensimismada en lo que descubrió: un hermoso vestido blanco con un ramo de flores de tela. Heather no esperó ninguna palabra, tomó la máscara que había dejado en la silla, la dejó en el suelo y se sentó, para poder ver mejor el traje.

—Me encanta —dijo con una amplia sonrisa—. Es muy hermoso...

Lo sacó de la caja un poco comprobando que tenía manga corta con bordado en dorado en el borde. La falda parecía constituida en diferentes capas, siendo la interior de satén y las demás de seda. La capa más exterior cortada con el mismo bordado de las mangas repetido en dos ocasiones pero en un tamaño muy superior. En el lado izquierdo, lucía un ramillete de flores rojas de tela.

—Lady Jefferson, esto es tan... Gracias, yo...

—No tenéis nada que decir lady Hamilton, es vuestro, lo habéis ganado ¿lo luciréis mañana cuando realicemos el picnic? —preguntó lady Jefferson tranquila y muy feliz al ver la reacción que había tenido la joven.

—Por supuesto, será un placer. Me encantaría —dijo con una sonrisa poniéndose en pie con su vestido nuevo sujeto entre ambos brazos.

Fue entonces cuando lady Harper reaccionó. Aplaudió a su amiga orgullosa de ella pero recriminándose a sí misma, el hecho de que durante un rato había sentido celos de la suerte de Heather. No le dijo nada, no sabía que decir, guardó silencio y sonrió, justo en el momento en el que Heather la observaba buscando un apoyo.

—¡Bien hecho Heather! —exclamó con entusiasmo acercándose a ella y tomando la caja— Es un regalo estupendo.

—Sí, me encanta. Tantas emociones me han dejado agotada, con vuestro permiso —dijo observando a lady Jefferson—voy a retirarme.

—Claro, no hay problema, mañana desayunaremos en el picnic —informó lady Jefferson sonriente.

—Una idea maravillosa. Gracias —dijo Heather antes de retirarse a su habitación seguida por Regina, quien, avergonzada, tenía las mejillas encendidas, aunque su amiga parecía no darse cuenta de ello.

Y ya en la habitación, tampoco lo hizo, ensimismada como estaba en su vestido nuevo. Ni se percató de que Grace no aparecía por segunda vez, desde antes de la cena, ni ella ni Jane se dejaron ver, y, aunque eran simples criadas, lo cierto era que ninguna estaba haciendo su trabajo.

Durante toda la noche, Heather Hamilton permaneció pensando en lo que había acontecido. No le preocupaba la reacción de Regina, de hecho, incluso la comprendía, pero no podía apartar de su mente la ayuda desinteresada de lord Blackburn. Él era un hombre, pero se comportaba tan bien con ella que no parecía tal ser.

Ella estaba acostumbrada a que los hombres la trataran como a un objeto, incluso sabía de algunos que compraban a las mujeres, para que estas fueran sus amantes y hacer con ellas lo que con sus esposas no podían. No decía nada porque suponía que no la creerían, pero que lo hacían, lo sabía.

Era en un lugar donde jugaban y bebían, un club exclusivamente de hombres, todos caballeros de gran renombre y con fortunas considerables. Algunos casados, varios solteros ocultando su timidez a la hora de conquistar a una chica y otros comprometidos. Quienes acudían lo mantenían en secreto, pero no todos conseguían lo que se proponían sin graves consecuencias a cambio, pues el precio podía superar hasta las veinte mil libras y más si la venta se realizaba mediante subastas.

Heather conocía todos los detalles gracias a una conversación que escuchó de sus padres días antes de que Regina la invitara a pasar unos días con ella, aunque de esa conversación, ella no dijo nada a nadie, le parecía demasiado difícil de creer, como difícil le era dormirse, de modo que se dedicó a observar la habitación y quedarse allí, sentada en la cama, sin saber que hacer para que la noche no fuera el comienzo de un día desastroso.

—¿Qué pasa, Heather? —preguntó Regina al ver a su amiga sentada en la cama.

—No pasa nada: no puedo dormir —respondió ella.

—Comprendo, dime ¿estás bien? —preguntó mientras se levantaba y se vestía la bata— ¿Puedo ayudarte?

—Sí, estoy bien. Pensaba y no he podido dormirme, ahora estoy desvelada.

—Eso suele pasar, pero mañana es un gran día, deberías descansar. Dime una cosa ¿en qué pensabas? —preguntó Regina sentándose en la cama junto a su amiga.

—No lo sé —respondió Heather no queriendo contar lo que en su cabeza rondaba, pues además, sentía que, si pensaba demasiado en algo, se haría realidad.

—Heather, no mientas ¿qué pasa? —preguntó Regina angustiada.

—Existen cosas que no sé como explicarlas —grimas en los ojos.

—Pues venga, comienza —dijo metiéndose en la cama con ella, pues el frío acusaba un poco.

Durante un largo rato, ambas amigas permanecieron sentadas en la cama, cubiertas con las sábanas y mantas, fijas las miradas en un punto que no les mostraba nada, pero donde cada una veía algo a lo que tanto le temía: la reacción de una amiga y que la abandonase por un hombre.

Fue Heather quien tomó la iniciativa.

—Hace unas semanas, mis padres hablaban de una subasta donde conseguían dinero vendiendo a

las mujeres. Yo me aterré, porque no comprendía las cosas, pero a medida que escuchaba, la idea de que yo sería la próxima comenzó a hacer mecha. En caso de casarme bien no habría problema, pero si ese marido perfecto no llega, no dudarán en subastarme, antes de que las deudas de mis padres aumenten —explicó sin mirar otra cosa que sus propias manos.

—¿Cuánto es la deuda de tus padres? —preguntó curiosa.

—Ronda las cinco mil libras —respondió resignada—. Así que la boda ha de ser con alguien de bien, pero no creo que nadie esté dispuesto a ello, que yo sepa, a todos los hombres les gustan las mujeres sin cargas, y una mujer con deudas familiares, lo es.

—Pero al hombre que te quiera, eso no le importará —explicó Regina.

—A mí sí. A mí sí me importará, pero me aterra ser vendida. Durante mucho tiempo incluso lo olvidé, cosa que no comprendo cómo pude hacer, pero lo olvidé hasta esta noche. Les vi salir del salón, iban juntos, conversaban entre ellos. Tengo tanto miedo...

Heather permaneció callada un largo rato. Intentaba calmarse, pero no le resultaba fácil, y menos aún con lord Blackburn en su mente. No sabía que pasaba, pero no podía dejar de pensar en él. No era como los demás, era callado, la defendía y la protegía. Además, obtuvo el premio gracias al chivatazo que él le dio. ¿Cómo podía quejarse?

Prefería, si la cosa se complicaba, casarse con él antes de contraer matrimonio con cualquier otro hombre de los que sus padres le buscaban. Incluso el tío de Regina tenía un pase, aunque él ya se encontraba en el mar por bastante tiempo.

—Una pregunta, ¿qué pesca tu tío? —preguntó Heather intentando pensar en otra cosa.

—¿Mi tío? Mi tío es marinero —respondió Regina abriendo los ojos como platos— ¿Pretendes hacerte a la mar para esquivar el matrimonio?

—No, nada de eso —respondió Heather cayendo de espaldas sobre la cama riendo a carcajadas—. ¿Yo en la mar? Si nado fatal, caigo al mar y me ahogo antes de mojarme —dijo entre sonoras carcajadas.

Regina observó a su amiga reír de una manera bastante extraña, pero le agradaba esa risa, acabó por reír también ella, sobre todo, porque le encantaba verla feliz.

—Que exagerada eres... —dijo mientras se tapaba la boca para que no se oyera la risa, aunque le comenzaba a faltar el aire.

—Ay... es verdad, exagero, pero nado fatal y no sirvo para la mar, te lo aseguro —respondió Heather aun tumbada—. Pero ¿qué clase de marinero es? ¿En qué barco? ¿Qué pesca?

—¿Te quieres casar con él? —preguntó Regina sin percatarse de haber formulado esa pregunta.

Heather guardó silencio de inmediato. Se sentó en la cama y observó a Regina para intentar saber si su amiga estaba hablando en serio o bromeaba, pero con el rostro firme, los labios ligeramente despegados y la cabeza algo girada hacia la izquierda, no le quedaba la menor duda de que hablaba en serio.

—Por supuesto que no. ¿Por quién me tomas? A tu tío... Por favor... Regina... —replicó Heather dejándose caer de nuevo en la cama clavando los ojos en el techo—. Quería entablar conversación para no pensar, ¿tan malo es eso?

—No, lo siento —dijo Regina—. Pero me has preguntado de forma tan... Me he descolocado. Mi tío es marinero en un barco que pesca ballenas. Cuando se embarca suele ser para tres o cuatro años, lleva menos de siete meses.

—¿Crees que Nicholas puede estar con él? —preguntó Heather sentándose de nuevo y observando a su amiga.

—Eso por supuesto, pero no a voluntad de Nicholas, mi tío me dijo que haría lo necesario para quitármelo del medio. Seguro, lo secuestró y lo embarcó —respondió Regina—. Por mí no hay problema,

que no vuelva, vivo muy bien.

—Comprendo. Por cierto, ¿por qué me pediste que viviera en tu casa? —preguntó Heather intentando sacar ya toda la información a tu amiga.

—Para que encontraras un marido, ¿para qué iba a ser? Viviendo conmigo podrás encontrar un marido con tranquilidad sin necesidad de que tus padres te casaran con un patán —confesó sonriente.

—Pues me gusta tu idea, te la agradezco, podré elegir y esa es una suerte, aunque dudo que sea suerte para mi futuro marido —respondió con media sonrisa falsa.

Heather no dijo nada más, pero sí, comenzaba a sentir algo por alguien, lo que la obligaba a pensar en las consecuencias para con alguien como lord Christopher Blackburn. A cualquier otro le podría intentar sacar hasta ocho mil libras sin demasiados remordimientos, pero a él... No, a él no.

—Bueno, seguro que sois felices —dijo con una amplia sonrisa—. Cualquier duda, pregunta.

—Lo haré, pero no esta noche —dijo tumbándose en la cama y quedándose completamente dormida.

Regina la observó durante un rato sin que Heather se diera cuenta. No le había dicho nada, pero estaba segura de que había olvidado la conversación de sus padres debido al gran impacto que le causó saber las ideas de los Hamilton. Ser capaces de venderla para pagar una deuda que ellos contrajeron por puro capricho...

Quedó a su lado para hacerle compañía y acabó por dormirse, aunque sus sueños fueron más felices que los de la joven, pues en ellos, su tío llegaba del mar con la grata noticia de haber quedado viuda. Nicholas nunca volvería, ella sería totalmente libre para hacer cuanto deseara, y podría casarse por amor, no por obligación como lo hizo antes.

Sin embargo, los de Heather eran una tormenta constante. La conversación de sus padres continuaba en su cabeza resonando como si estuvieran hablando de ella en ese mismo instante.

—No sé que hacer con ella, pierdo la paciencia —decía su madre.

—Y yo el tiempo, la deuda aumenta, los acreedores piden... Si esperan es porque saben que ella acaba de cumplir los 18 y, si se casa bien, su marido podrá pagar la deuda —respondía su padre.

—¿Cuánto tiempo esperarán? —preguntó.

—No más de un año —respondió entristecido.

—Pues si no pueden esperar más y ella no se casa, una subasta es todo cuanto nos queda —indicó su madre.

—Sí, yo casi que lo prefiero —respondió el padre.

—¿El qué prefieres? ¿La boda o la subasta? —preguntó la madre—. Explícate porque no te entiendo.

—Prefiero la subasta, pues en ella, el precio puede aumentar muchísimo. No hace mucho me invitaron a una para aconsejar a un amigo que deseaba comprar una amante. Ese amigo del que te hablo, tu lo conoces, es Nicholas Harper, pero no es feliz en su matrimonio y pensó en comprar una joven, pasar con ella un año lejos de Londres y decidir con quien quedarse, si con su esposa o con ella. Pues bien, como te iba diciendo, fui con él para aconsejarle. La puja comenzó por tres mil libras. Pues bien, llegó a las treinta mil libras. Y si Nicholas decide que se queda con su esposa, dejará libre a su amante, de modo que ella puede intentar una boda con total tranquilidad, pues la amante se mantiene en secreto, como ella nunca dirá a su futuro marido lo que ha hecho ni nadie la señalará para no ponerse en evidencia —contó su padre—. Por eso digo que prefiero la subasta, se consigue más dinero.

—Comprendo. En fin, a ver que hace. Este año estaremos así, quizás podamos conseguir que se case, que el marido pague la deuda y nos olvidemos. Si no podemos, a subasta que va. ¿Tu sabes dónde se hacer? Si has ido una únicamente vez...

—Sé de amigos que me llevarían, hablaré con ellos. De una manera u otra, solucionaremos esto y conseguiremos dinero —dijo el padre—. Y recuerda no decirle nada, puede ser que ella vaya en contra vuestra.

—Gracias querido, siempre he sabido que hice bien en casarme contigo...

—Claro mujer, hacemos una excelente pareja —sentenció la madre.

Heather Hamilton dio un respingo de terror cuando oyó aquellas palabras, y lo mismo le pasó mientras dormía, terminando por despertarse entre sudores fríos y despertando a Regina, quien le sonrió para que viera que no estaba sola.

La abrazó, la acarició, le dio incluso un beso, pero Heather estaba aterrada, sobre todo, porque desconocía si estaba dormida o despierta, no era fácil saberlo, seguía viendo a sus padres en la sala, seguía escuchándoles, seguía... Rompió a llorar intentando sacar lo que dentro de ella tenía, pero solo conseguía más dolor, y, además, ¿era cierto lo de Nicholas o ella lo había metido en el sueño por tenerlo en el pensamiento? Antes de dormirse había estado hablando de él, aunque no sabía si seguía dormida o ya se despertó.

—Heather tranquila ¿quieres un té? —preguntó Regina intentando que se calmase.

—Sí, creo que sí —respondió ella limpiándose las lágrimas con el corazón casi encogido.

Regina Harper no tardó en levantarse, y como no se había quitado la bata, solo tuvo que calzarse las zapatillas antes de dirigirse a la puerta de la habitación y abrirla, pero al hacerlo, se encontró con una visita muy grata:

—¿Qué hacéis? —preguntó sin poder creer lo que veía.

—He bajado a la cocina a beber y al pasar por aquí he oído un llanto ¿puedo ayudar? —preguntó lord Blackburn.

—No lord Blackburn, no puede —respondió Regina secamente—. Lady Hamilton necesita tranquilidad —pidió mientras salía de la habitación y cerraba la puerta tras de ella.

—Necesita tranquilidad y respuestas, lo siento —dijo lord Blackburn y se retiró a su habitación.

Algo que le extrañaba y mucho, era que las doncellas no aparecían y su ayudante de cámara también desapareció. ¿Qué hacían? Volvió a la habitación, pero allí no estaba. Decidió bajar y tampoco. La casa permanecía vacía, todos dormían.

Tomó un candil y salió de la casa. Iba en zapatillas, con el pijama y una bata. Estaba helado, pero necesitaba respuestas, lo necesitaba de veras, y aunque dio una vuelta a toda la casa no encontró otra cosa que un suave césped, unos arbustos frondosos y unas flores cuyos colores no podían verse aun por la poca visibilidad, mas no veía a nadie. Su dirigió a las caballerizas y allí si consiguió ver a alguien: su ayudante de cámara con el cochero.

—Perdón por molestar pero ¿han visto a Grace y Jane? —preguntó lord Blackburn con el candil en la mano, mientras los dos hombres se miraban entre ellos.

Si respondían, podían abrir la caja de los truenos e iniciar una guerra que salpicaría a las más altas esferas sociales, y desconocían si debía provocar aquello.

—Por favor, os lo ruego ¿dónde se encuentran? —preguntó de nuevo.

—Lord Blackburn, si se lo decimos debe jurar que no hablará a nadie de lo que vea u oiga. Por favor —pidió el cochero.

—Está bien, no tengo por costumbre jurar, pero lo haré si es necesario —dijo. Ya no le importaba nada, deseaba la paz para el espíritu de Heather.

—Ambas se encuentran en esa cabaña. De lo que oiga o vea, es usted el responsable —dijo el ayudante de cámara—. Pero no haga nada que pueda perjudicar a lady Harper ni a lady Hamilton, o le aseguro, no vivirá mucho.

Lord Blackburn no dijo nada, se dedicó a realizar una pequeña reverencia y caminó hasta la cabaña. Por supuesto, guardaría silencio viera lo que viera, escuchara lo que escuchara, fuera testigo de lo que fuera testigo. Su preocupación era únicamente Heather.

Aunque suponía que lo mejor era que ella no supiera nada hasta que él no viera si estaba lista, y por el llanto desconsolado que pudo escuchar, aun no era el momento.

Pero Heather, hubiera preferido que él entrara en la habitación, aunque no era decente, mas ¿qué importaba? Después de todo, era posible que acabara siendo vendida, pero ¿lo había soñado o era real? ¿Qué parte era cierta y qué parte era inventada por ella?

Sola en la habitación, mientras Regina iba a la cocina por un poco de té, sus pensamientos se batían en una tempestad sin control, entremezclando los recuerdos, las creencias y el miedo, pero, de pronto, una idea pasó por su cabeza: Blackburn.

Siempre que ella había necesitado ayuda, él había estado allí para tenderle la mano desde el primer momento que la había visto. Incluso había puesto su salud en juego, pero, sobre todo, fue desde la visita fugaz a su casa cuando viajaban a Silverley. Su rostro cambió por completo, su mirada se entristeció y el silencio se adueñó de él, aunque era de los que hablaba cuando alguien le preguntaba, el resto del tiempo permanecía en silencio.

Sí, sin duda, él la ayudaría.

Heather, se limpió y sentada, esperó a que Regina regresara, pero como tardaba, tomó el libro que tenía sobre la mesita de noche, una novela de aventuras que sacó de la biblioteca de lady Jefferson: Los viajes de Gulliver de Jonathan Swift. Le estaba encantando. En casa de sus padres también había un ejemplar, pero nunca le prestó demasiada atención, pues su padre siempre decía que era un libro de hombres de verdad, no de mujeres incapaces de encontrar marido.

Fuera como fuera, leyó gustosa la novela hasta que Regina apareció y juntas tomaron una taza de té, mientras el sol comenzaba a vencer a la oscuridad, las cosas recuperaban sus colores a los ojos de los habitantes, los pajaritos cantaban saludando al nuevo día que se alzaba majestuoso, con una delicada brisa mañanera.

—Es el último día aquí —dijo Regina con la taza en la mano.

—Sí, pero ha sido maravilloso, y todavía queda hoy —respondió Heather sonriente, observando los primeros rayos de sol entrando por la ventana.

Durante el picnic, Regina no pudo evitar fijarse en que Heather observaba constantemente a lord Blackburn, el cual permanecía ajeno a todo sentado bajo un frondoso árbol leyendo un libro.

—¿Por qué le miras tanto? —preguntó Regina, quien se divertía en el picnic dibujando un paisaje de su imaginación, pues en el, los caballos eran dragones y las doncellas, hadas.

—Por nada, ¿no puedo mirar? —preguntó Heather a su vez, curiosa por no saber si estaba bien o no sus actos, aunque ella poco podía hacer excepto mirar o leer.

—Sí, pero ¿tiene que ser a él? —preguntó Regina molesta.

—Regina, si leo no veo si Grace regresa. Se supone que es mi doncella ¿no? ¿Y dónde está? Porque desde que estamos aquí se ha esfumado al igual que la tuya —respondió Heather dejando escapar un profundo suspiro.

Regina no dijo nada, guardó silencio y se mantuvo concentrada en su pintura, como otras también hacían. Los hombres, excepto Blackburn, charlaban de negocios. Muy pocos se dedicaban a la lectura y, desde luego, ella no, puesto que comenzaba a considera la lectura como algo perverso que metía en el pensamiento de personas sin voluntad cosas que, de ningún modo, podían suceder en la vida.

Heather, por su parte, continuó mirando a todos lados por si veía a Grace, pero fue al contrario, Grace la localizó a ella.

—Señorita, lamento mucho mi larga ausencia, pero como pronto sabrá, era necesario para mí y para su futuro —explicó Grace con humildad—. Ruego me disculpe.

—No te preocupes Grace, me alegre saber que estás bien, te he echado mucho de menos.

Nada dijo respecto a su futuro, prefería darse la sorpresa, después de todo, tras tantas cosas malas algo debía de ir bien, y si confiaba en alguien como Blackburn a quien tan poco conocía, mejor podía confiar en Grace.

De todos modos ¿qué más le podía pasar?

—Hermoso vestido —dijo Grace—. ¿Le tocó anoche en el juego?

—Sí, ¿cómo lo sabes? —preguntó ella mirándola, sería la última vez en mucho tiempo que la vería vestida de ese modo, normalmente, Grace estaba vestida de un solo color, con vestido sin encajes, sin lazos y sin destacar los pechos ni las caderas, pero al menos, si había abandonado el negro absoluto que mantenía en la casa familiar de los Hamilton y el azul con el que se vestía cuando salía a la calle.

—Porque lady Jefferson realiza ese juego cada vez que hace este fin de semana, y lo celebra cada año, es el comienzo de la temporada, aunque supongo que más de una persona ha encontrado lo que tanto desea —dijo dedicando una sonrisa a Heather— ¿No es cierto?

—No sé a que te refieres Grace, estoy muy cansada, esta noche ha sido demasiado agitada —explicó Heather apartando la mirada para ver que lord Blackburn ya había dejado de leer bajo el árbol y había desaparecido de su campo de visión.

—Imagino, pero él no te conviene —sentenció Grace—. Apártate de él.

Heather Hamilton permaneció por un breve instante sin saber que decir. Estaba apenada, muy apenada, pues nunca llegó a imaginar que Grace le dijera aquellas palabras después de que durante día le había defendido con gran interés.

Y no era la única.

También Regina había cambiado mucho, su forma de mirarla, de hablar e incluso de comportarse. Defendió al principio a Blackburn, pero, de pronto... Todo cambió.

Todo.

En cuanto ella comenzó a tratarlo como a un ser humano digno de mencionar, las dos se pusieron de acuerdo en que debía apartarse de él. Se sentía confusa, muy confusa, pero preguntarles llevaría a una pequeña cosa: más confusión.

Tomó el libro, ignoró las palabras de Grace y comenzó a leer sentada en el césped, mientras escuchaba el murmullo de las voces, del arroyo y el canto de algunos pájaros que, vergonzosos, cantaban pero no se dejaban ver.

Tampoco se dejaba ver Blackburn, disimuladamente, Heather le buscaba, pero no había forma de encontrarle, ya fuera por un motivo o por otro y... ¿Y si había enfermado? Ya lo estaba pero podía haber empeorado, y eso era algo que la asustaba. En otro momento, hubiera ido a buscarle, pero ¿dónde?

Se decidió por no estropear el picnic. Leyó, jugó con las mujeres, pintó, comió... En su mente siempre estaba de una forma u otra, Blackburn, aunque sin darse cuenta, la idea de que algo pasaba ocupó por completo sus pensamientos de tal forma que, sin saberlo, se encontró en el laberinto perdida.

—Lady Hamilton ¿deseáis conocer el centro del laberinto? —preguntó lord Blackburn tosiendo un poco, aunque no de forma tan ronca como en el baile.

—En realidad no sé que he venido a hacer aquí, pero tengo una pregunta por haceros, si me lo permitís ¿le parece bien? —preguntó intentando hacer tiempo para poder formular la pregunta con total naturalidad, pues se le había ocurrido al verle.

—Claro, preguntad —respondió con calma sin acercarse a ella.

—¿Por qué me protegéis siempre? —preguntó Heather algo avergonzada.

—Porque sois una niña a quien nadie protege. Tenéis 18 años, estáis sola, vuestros padres os insultan, os humillan... Dependéis de una amiga a cuyo marido perdió cuando él compró una amante, cosa que muchas personas desconocen y, otras, no cuentan porque es demasiado vergonzoso. Sin olvidar que puedo comprenderos muy bien, sé por lo que pasáis, y ocuparme de alguien me alivia mis propios pesares —respondió sin dudarle, pues sabía que la sinceridad era lo que más valoraba alguien como ella.

Heather sonrió avergonzada. Las palabras de Blackburn dejaban claro que la pesadilla no fue un sueño, mas bien se trató de un recuerdo que permanecía olvidado y que volvió a la vida, aunque eso, suponía, no debía decirlo a nadie, menos aun, a Regina. Si se enteraba de ello, estaba segura de que Regina por mucho que dijera de alegrarse por encontrarse sin marido, se encerraría en la mansión sin que nadie pudiera hacer nada por ayudarla.

—¿Puedo acompañarla hasta el centro del laberinto? —preguntó Blackburn, quien, suponía, Heather nunca habría visto nada tan hermoso como ese jardín oculto que lady Jefferson conservaba como si fueran las joyas de la corona de la reina Victoria.

—Por supuesto, le quedaría muy agradecida —respondió ella con una leve sonrisa sincera, más de timidez que de alegría.

Blackburn no dijo nada, ofreció su brazo izquierdo a lady Hamilton y comenzó a caminar despacio, por aquel laberinto donde el verdor era el color predominante, donde el olor a aire puro destacaba sobre

todo los demás y donde cada esquina la hacia temblar por el temor a ser descubierta.

—Lady Hamilton, tembláis como una hoja cada vez que giramos a un lado. ¿Teméis acaso que os descubran? —preguntó deteniendo su paso.

—Pues ya que vos habéis sido sincero conmigo —respondió ella soltando el brazo de lord Blackburn—, yo lo seré con vos: sí temo ser descubierta por alguien aquí con vos, y temo por tres motivos, aunque únicamente os diré una; mi reputación.

—Lady Hamilton, nadie os va a descubrir aquí y nadie os dirá nada. Si vuestra reputación se viera perjudicada, yo no tendría ningún problema en hacerme cargo de vos, pero os juro que no seré yo quien mancille vuestro honor —explicó lord Blackburn con las manos sobre los hombros de ella—. Tenéis miedo, pero confiad en mí.

—Gracias lord Blackburn, pero si vos os ocuparais de mí, no sabéis donde os metéis —dijo ella agachando la cabeza.

—Pues digamos que ninguno sabe donde se mete y estamos igual —rió él intentando que Heather esbozara, al menos, una de esas sonrisas que tanto le gustaban pero tan escasas eran.

Lo consiguió a medias, cuando la observó, ella sonreía levemente, pero no decía nada y tampoco parecía demasiado cruel, al menos no tanto como en otras, cuando parecía que fuese a abalanzarse sobre él. Pero allí, había conocido una faceta de ella que desconocía. La vio sonreír, la vio con la mirada brillante... Las cosas, aun así, esperaba que no fueran tan mal como ella las veía.

Mientras caminaban por el laberinto, ya sin tomarse del brazo, lord Blackburn no dijo nada, pensaba en ella, en lady Hamilton. Comprendía como debía sentirse presionada en un deseo que no tenía nada en común con ella, él también estuvo muy presionado, demasiado.

En su juventud, vivía sin preocupaciones. Bailaba hasta la saciedad con cualquier dama que se ofreciera a ello, bebía con moderación y pese a la insistencia de la sociedad, no se comprometió con nadie. Pero en cuanto él decidió sentar la cabeza, su familia no tardó en complicar las cosas: evitaban que asistiera a los bailes, le excusaban en secreto alegando una extraña enfermedad, e incluso, le enviaban fuera de Londres para celebrar en la mansión familiar un baile, e incluso, una merienda social.

Incluso acabaron por expulsarle como si fuera un criminal, aunque no fue tan malo como él creyó, pues ahí estaba lady Regina Harper con su carruaje en el momento y lugar más adecuados. Ella le dio no solo comida, techo y ropa, también le devolvió a la sociedad.

Por eso y otras cosas, estaba seguro de que nada era nunca como se pensaba. Nunca era igual. Siempre, la mente, acude al hecho de lo peor, pero las cosas no eran así. Para nada. Quería decírselo, explicarlo, pero desconocía como se hacia tal cosa.

—Estáis muy callado lord Blackburn ¿qué os sucede? ¿Os he vuelto a molestar? —preguntó ella con extrañeza, preocupada.

—Tranquila lady Hamilton, no molestáis a nadie, y menos a mí. Yo estoy cansado, aún me siento constipado, pero sigamos, deseo que conozcáis el centro del laberinto, está muy cerca —explicó con una sonrisa leve señalando el frente con el dedo índice de la mano derecha.

Prosiguieron con su camino mientras el perfume que llegaba hasta ellos se hacía más fuerte. Ya no era el olor de los setos que formaban el lugar, era el olor a manzano, ciruelo... Heather lo reconoció enseguida, en el jardín de la casa de sus padres había dos de cada uno, aunque también otros olores se mezclaban como el de la tierra mojada. Se adelantó a Blackburn al ver que habían llegado.

Era un hermoso jardín con un árbol en cada esquina y cuatro entradas en arco. Entre los troncos de los frutales y las entradas, las jardineras se mostraban cargadas de flores otoñales: tulipanero, falso plumbajo, pendientes de la reina, zinnia, hortensia e incluso aster. Las diferentes formas, tamaños y colores del jardín hacían de aquel un lugar mágico con una fuente de mármol en el centro rodeada de

rosas de diferentes colores.

—¿Os gusta lady Hamilton? —preguntó lord Blackburn acercándose a ella.

—Me encanta, es tan hermoso, es... —respondió sin saber que podía decir, había quedado fascinada, pues en la vida llegó a pensar en un lugar como aquel pudiera existir en el mundo.

—Podéis sentaros y disfrutar de esto un rato, nadie os molestará —dijo señalando uno de los ocho pequeños bancos de hierro forjado pintados de verde que se encontraba en el lugar—. Yo me aseguraré de ello. Descansar y relajaos.

Heather Hamilton no dijo nada, pero obedeció. En su mente, las cosas no eran como parecían. Le resultaba muy extraño que cuando seguía sus propios pasos, sin fijarse en lo que los demás le decían ni con quien lo hacía, todo resultaba más hermoso de lo que hubiera podido imaginar. En cambio, cuando seguía las instrucciones de los demás, todo cambiaba, pues no se sentía ella, sentía que dos formas misteriosas tiraban de ella y deseaban llevarla a un sitio diferente. De no haber aceptado la propuesta de lord Blackburn, aquel lugar no lo hubiera conocido jamás, como tampoco hubiera nunca podido acabar de almorzar ese día de no ser por la ayuda de él, ni hubiera ganado el juego ni hubiera... Ella creía que los hombres buscaban sexo, pero las oportunidades a Blackburn se le escapaban de entre los dedos a Blackburn con ella, pues ya eran tres las veces que estaban a solas y ninguna había hecho más que tomarla de la mano para que supiera que estaba allí, a su lado.

Pero todos estaban allí, primero para decirle una cosa, y, cuando lo hacía; para dictar otra. La preocupación y el temor la azolaban, era como un tupido velo negro que la impedían poco a poco disfrutar del paisaje que tanto le gustó nada más verlo.

—Por cierto lord Blackburn, una pregunta ¿puedo? —preguntó Heather al ver que él se alejaba.

—Claro lady Hamilton, todo un placer —respondió viendo como ella le dejaba un lugar en el banco—. Pero creí que no queríais que me acercara.

—Lo lamento. No quería molestaros, siempre que he estado cerca de un hombre, alguien intentaba que yo pasara por el altar, supongo que lo comprende ¿verdad? —preguntó mientras él se sentaba junto a ella.

—Por supuesto, comprendo las cosas lady Hamilton, por ella ruego que no me vea así. Mis intenciones distan mucho de ser la de forzaros, deseo vuestro bien, nada más —dijo él sonriente—. Sé que mis palabras no tienen mucho sentido pronunciadas por un hombre, pero os juro, y no soy de jurar, que no deseo nada más que vuestro bien.

—Os creo lord Blackburn y os lo agradezco. Pero decidme ¿por qué me dijisteis en la sala que dejara las cosas como están? —preguntó ella intentando llegar a una conclusión nada agradable, aunque empezaba a pensar que, a su lado, nada le podía ocurrir.

—Miradme a mí. ¿No soy un ejemplo de lo que puedo ocurrir? —preguntó respondiendo como podía a lo que Heather deseaba saber.

—No sé que queréis decirme, vuestra vida, no creo que esté acabada, deberíais verlo como una forma, una invitación a empezar de nuevo y a crear la vida que queríais tener. Sí, la ropa que tenéis no es vuestra, ¿y qué? La mía tampoco lo es ¿cómo podemos estar seguros de que los demás llevan la ropa a medida? ¿Quién nos asegura que se la han diseñado y no la han alquilado o comprado? Yo no lo sé, ¿qué pasa con la vivienda? —preguntó entristecida con la mirada perdida.

—Os comprendo lady Hamilton pero ¿por qué me decís eso? —preguntó empezando a comprender que ella, había localizado la llave para abrir la puerta de su corazón.

—Vos me ayudáis, y yo os ayudo a vos. Vuestros consejos me son muy útiles, ojalá yo supiera dar unos tan buenos —respondió dejando escapar una pequeña rosa, que provocó el vuelo de algunos pajaritos cuyo canto les sonó a gloria a ambos.

—Los sabéis dar, solo necesitáis creer en ellos y ponerlos en práctica. Nada más, pero por experiencia os aseguro que es más fácil decir las cosas que hacerlas —habló con sinceridad mientras alargaba la mano para coger una flor y entregarla—. Aun así, sois la primera persona que me da un consejo sin querer sacar provecho de ello, gracias lady Hamilton, muchas gracias.

Heather Hamilton aceptó la flor con una sonrisa. Dar un consejo a lord Blackburn, le pareció lo mínimo que por él podía hacer, aunque no por ello dejó de tener en cuenta que él era un hombre que, en algún momento, querría tener un premio sexual, así como el hecho de que ni lady Harper ni Grace la apoyaban con Blackburn, pese a que, al principio, ambas se comportaron de manera bastante exigente con ella para que fuera mucho más amable con él.

—Decidme una cosa ¿cómo vais a explicar vuestra ausencia? —preguntó lady Hamilton con una gran curiosidad.

—Pues no lo sé, no lo he pensado, vine aquí porque deseaba ver el centro —respondió lord Blackburn—. Decidme ¿y vos?

—Pues estoy en la misma tesitura, mas no sé porque vine, cuando me di cuenta, ya me encontraba aquí —respondió ella.

Ambos acabaron por reír a compás del canto de los pajaritos, mientras caía la tarde y la sombra daba un aura especial al lugar.

Ya de regreso a la casa en Londres, lady Heather Hamilton permaneció en la habitación durante todo el día sin querer ver a nadie. Necesitaba pensar en lo ocurrido ese fin de semana, en el que su vida había quedado descolocada por completo. El puzzle se rompió, no sabía donde encajaba cada pieza, de modo que prefirió alejarse para que los comentarios y los consejos no la confundieran más.

Grace le llevó el desayuno a la cama, pero al recibir la noticia de que no saldría de allí en todo el día, lo pidió libre y se retiró con cierto agrado.

Mientras, Heather, tras desayunar se levantó de la cama, vistió sin el corsé y se cepilló el cabello con tranquilidad recogiendo algunos mechones con horquillas. No sabía en que ocuparía el día, pero tampoco le preocupaba demasiado, tenerlo para ella sola la ayudaría a pensar, aunque la conversación que tuvo con lord Blackburn en el laberinto le impedía pensar en algo más.

Aquello de que los consejos era más fácil decir que cumplirlos, aquel modo de cuidarla, de tratarla, de mirarla casi, de abrirla los ojos, de protegerla... Aquella flor que amaneció marchita entre las sábanas era algo que ella no quería olvidar.

—Si al menos supiera que sucede conmigo... Sé que debo encontrar un marido, que debo pagar la deuda que mis padres tienen, es mi responsabilidad, pero no sé mucho más... Si comprendiera a Grace o a Regina... —pensó para sí Heather, comprendiendo que era imposible hablar de ello con alguien, y aún menos de sus sentimientos, pues ni ella conseguía organizarlos de una manera coherente. ¿Cómo pretendía que lo hicieran los demás?

Tenía claro que los cambios empezaban por ella, no por los demás. Se daba cuenta de que cuando ella hacía lo que su mente y su corazón le decían, las cosas mejoraban muchísimo, pero si se dejaba llevar por los demás, el miedo y la desolación la podían.

Pero no podía, el recuerdo de Blackburn seguía a su lado. Le gustaba, aunque guardara silencio, estar a su lado. Su familia y sus amistades, le habían mostrado algo que no era la vida, algo complejo, una constante pelea donde ganaban los que tenían dinero y no tenían en su corazón lugar nada más que para el poder.

Sin embargo, ella empezaba a ver las cosas de otra forma, comenzaba a descubrir que los jardines estaban en todos lados donde se quisiera ver uno. Descubrió que hacía días que tenía las cosas confusas, aunque algo le llevó a ver el campo diferente. Por algún motivo, no lo veía todo negro como los demás, aunque parecía ser algo que nadie deseaba para ella.

Por un breve instante, supuso, podría escapar, podría irse mientras más lejos mejor y podría... Pero huir no era la solución, le parecía algo de cobardes. Si un hombre como lord Blackburn seguía allí, seguía peleando y no corría en busca de la protección de su tío, ella tampoco lo haría, aunque ella no tenía nadir que la protegiera.

—Si supiera que hacer... —susurró mientras sentada en el sillón junto a la ventana, observaba el árbol cuyas ramas ella casi podía tocar con alargar la mano. Era más frondoso de lo que parecía a

primera vista.

—Tranquila, no me grites o me caeré del árbol y me pudo hacer mucho daño —dijo Blackburn sentado en la rama observando a la joven cuyo sobresalto la hizo ponerse en pie aunque incapaz de hablar.

Ver a Blackburn allí, sentado en la rama, mirándola fijamente, le daba una sensación de paz y seguridad que conocía cuando estaban juntos. Pero no podía decirlo; la vergüenza, la sociedad... se lo impedían. Y ella misma, con su miedo, hacía lo mismo, aunque no podía gritar, no por la seguridad de él, en gran parte era debido a su propia seguridad, su honor.

—Entrad, si os descubren, le aseguro que ambos vamos a perder y mucho —dijo ella retirándose de la balconada.

Lord Blackburn obedeció. Sin problema pudo saltar y entrar en la habitación, donde lady Hamilton llevaba todo el día encerrada.

—Decidme ¿por qué habéis decido permanecer aquí? —preguntó él con una pícara sonrisa— ¿Tengo la culpa?

—¿Queréis una respuesta clara o un monosílabo os basta? —preguntó sentada en la cama sin mirarlo, temiendo que una mirada o alguna palabras la delataran.

—Por supuesto, lo que mas os guste, o hablando de otro modo, lo que más fácil os resulte —respondió. No quería, no podía forzarla, quería paz para ella, pero podía escuchar la tormenta que había en la cabeza de Heather.

—No —respondió con la voz casi apagada.

—¿No? —preguntó él— No os comprendo lady Hamilton.

—Vos no sois culpable de que yo permanezca aquí hoy, si lo hago es porque necesito pensar, necesito aclarar las cosas, pero no os odio, yo...

—Tranquila, las explicaciones tienen un momento y este no lo es —habló con el tono pausado que siempre tenía con ella.

—Lo siento, yo no tengo vuestra capacidad —dijo mientras las lágrimas caían por su mejilla.

—¿Qué capacidad? Lady Hamilton, todo se soluciona, todo, y casi nunca debemos mover un dedo. Miradme, ¿qué tuve que hacer para volver a tener un techo, ropa y comida? ¿Qué tuvisteis vos, para salir de la casa de vuestros padres? —preguntó mirándola.

Heather no dijo nada, le observó, pero rápidamente apartó la mirada y dejó escapar un suspiro. Agradecía lo que él le decía, pero a ella él tiempo se le acababa, eso no lo podía comprender nadie, porque a nadie podía contar lo que pasaba.

—Debéis vivir el día a día, no es fácil, pero es necesario, solo así conseguiréis que la gente os deje de manipular. Buscar lo bueno de cada cosa, y sacar provecho, no os rindáis. Por favor, no lo hagáis.

—Pero...

—Heather, no —dijo poniéndose en pie y, despacio, caminó hasta ella. Se arrodilló, le tomó las manos y continuó hablando—. Mirad, la vida no es fácil, pero si os agobiáis con el mañana las cosas aún serán peores, por favor, vivid hoy, dejad para mañana lo que es para mañana. Disfrutad cada momento, será mejor ¿no os parece?

Ella no dijo nada, pero comprendía las palabras, mas no sabía como llevarlas a la práctica, no entendía. Las lágrimas seguían cayendo.

—¿Me habéis entendido? —preguntó él con una leve sonrisa, que acrecentó cuando ella negó con la cabeza. Comprendía que para ella era demasiado ya. Mirad, nada de lo que vos penséis sucederá como lo pensáis. ¿Cuántas veces habéis presentado un temor y luego no ha pasado nada? Seguro que más de

una, más de dos... ¿Verdad? —preguntó.

—Sí —respondió secamente.

—Entonces, ya tenéis un motivo. Y otra cosa, si estáis tranquila, a vuestro alrededor todo lo estará. Los cambios empiezan en vos —explicó él—. Además, estoy aquí, aunque en secreto, lo estoy, no lo olvidéis, os lo ruego. Cada persona es diferente a otra, pero el aprendizaje es el mismo.

Se sonrojó un poco lord Blackburn al decir aquellas palabras, pero Heather también lo hizo, y con el rubor de sus mejillas, las lágrimas que caían hasta las manos del Lord cesaron, aunque él no le dijo nada, pues su única intención era ayudarla, consolarla, hacer por ella lo que nadie hizo por él, aunque esa chica era especial.

Lord Blackburn sabía que era necesario contar con el permiso de Heather si iba a besarla. Quería hacerlo, pero algo le decía que no iba a darle su consentimiento, no era el momento ni el lugar. Se puso en pie, le soltó las manos y caminó unos momentos por la habitación. Heather la compartía con su doncella, aunque ella casi nunca estaba allí.

—¿Por qué tu criada se queda tan apartada de ti? —preguntó él deteniendo su paso en seco.

—No lo sé. Creo que pasa mucho tiempo con la criada de Regina. No me atrevo a preguntar —respondió volviendo a llorar.

—No lloréis, os lo ruego —pidió. Regresó al lado de la joven—. Yo os voy a dejar ahora, no quiero que me descubran aquí y sea más problema para vos —dijo despidiéndose de ella.

—¡No! Por favor, aun no. os lo ruego. Quedaos a mi lado —pidió alargando la mano para poder tomarle la manga y tirar de él, algo a lo que él no se negó. Se dejó llevar hasta su lado—. Sentaos.

Él obedeció en silencio. Ocupó un espacio en la cama a su lado a la espera de que ella dijera algo, aunque más que decir, hizo, pues apoyó la cabeza sobre su hombro. Blackburn aprovechó para colocar su mano derecha en el brazo de Heather.

Ella sabía que podía confiar en él, pero desconocía como saber que era eso que había sentido en su interior desde que le dio la oportunidad a Blackburn. Pero esa oportunidad, acabó por cambiar el modo en el que los demás la trataban. Regina, Grace, sus padres... Todo había cambiado, todo.

—Entonces ¿qué debo hacer? —preguntó casi en un susurro, lanzando la pregunta al aire, a la espera de que alguien la escuchara y respondiera si tenía a bien hacerlo.

—Disfrutar de lo que tenéis delante, olvidar el mañana, las cosas se hacen una a una, y pensar por vos misma. Y, sobre todo, sonreír, vivir vos vuestra vida no la que los demás quieren ¿de acuerdo? —preguntó él.

—Sí, lo intentaré. Pero ¿os quedaréis cerca de mí? —preguntó ella.

—Por supuesto, no lo dudéis —respondió él dándole un beso en la frente, supuso que para ello no necesitaría permiso.

—Gracias lord Blackburn —dijo con una sonrisa sincera.

Blackburn permaneció a su lado hasta que Heather se durmió apoyada en él. Entonces, destapó la cama, la acostó con cuidado y la acomodó desprendiéndola de los zapatos. Pensó en quitarle el vestido, pero no quería molestarla como tampoco pensaba algo malvado. Durante un rato barajó las opciones, aunque acabó por quitarle el vestido y el corsé, al menos dormiría mejor. La arrojó a continuación y se fue por donde mismo había entrado.

Nadie le echó de menos durante el rato que permaneció con ella, de hecho, lady Jefferson se presentó para hablarle y nadie sabía decirle donde se encontraba, desde la mañana, en el desayuno, no le habían visto.

—Estoy aquí lady Jefferson —dijo él al escuchar que le buscaba—. Decidme ¿qué sucede?

—¿Puedo hablar con vos? Por favor. En privado —pidió con seriedad.

—Por supuesto, venid conmigo —respondió él invitándola a acompañarle.

Lady Jefferson se levantó del sofá y le acompañó hasta la biblioteca, cuya puerta la cerró lord Blackburn tras ella.

Esperó pacientemente a que la invitara a sentarse, aunque cuando lo hizo, no supo como comenzar a hablar, pues había demasiado que decir y, se temía, muy poco tiempo para hacerlo, él no querría oír ni la mitad, era de los que hablaban con una idea e iba a por ella, así le iba de mal, aunque él no parecía darse cuenta de ello, al contrario, la tristeza apenas si le había durado un par de días, igual que la enfermedad, de la que parecía estar completamente curado.

—Parecéis curado ¿os encontráis bien? —preguntó intentando averiguar como tratar el tema que la había llevado hasta allí.

—Sí lady Jefferson, me encuentra bien, pero no habéis venido a tratar mi salud, ¿qué sucede? —preguntó él curioso.

—Veréis, he enviado la carta a vuestro tío, pero no puedo evitar preguntarme una cosa ¿habéis pensado en las consecuencias para vos? —preguntó curiosa, temiendo cometer un error que él nunca perdonase.

—¿Consecuencias para mí? —preguntó poniéndose en pie y apoyándose en la repisa de la chimenea con los codos mientras se frotaba las manos y miraba a la derecha pero al suelo.

—Los secretos de vuestra familia pueden salir a la luz, daos cuenta de ello. Puede que lo que descubráis no os guste —explicó ella segura de estar en lo cierto.

—¿Acaso es mejor la mentira? —preguntó mirándola—. Esa chica necesita una respuesta, quiere saber el motivo de que sus padres se comporten de ese modo con ella, quiere conocer el nombre de su verdadero padre, y yo también, pues en cuanto comencé a buscar, me encontré en la calle, las pruebas están destruidas o cambiadas de lugar y mis cosas enviadas a una habitación donde va lo que no sirve. Quiero saber el porque —sentenció.

Lady Jefferson no dijo nada. El modo de hablar de lord Blackburn la dejaba sin palabras por la solidez de sus pensamientos, su seguridad, su firmeza y la bondad de sus intenciones. Quería el bien para Heather, las respuestas que ella buscaba, con eso le bastaba.

—La carta está enviada, ahora todo depende de vuestro tío, no sé si querrá regresar —dijo dejando escapar un profundo suspiro.

—Si tiene la más mínima sospecha de que ella sea su hija, regresará —dijo apartando la mirada—. Además, no me cabe la menor duda, la mentira es peor que la verdad, y yo he vivido toda mi vida una mentira, sé de lo que hablo, esa chica me interesa demasiado como para que sea objeto de los demás.

Lady Jefferson lo observó con calma. No veía su rostro, aunque sabía que lord Blackburn era demasiado bueno para mentir. Y sí, era cierto, esa chica le interesaba demasiado. Ella sabía bien las palabras, atenciones y demás que le dio durante el tiempo que permanecieron en Silverley. Supuso, lo mejor era dejarle hacer, de todos modos, en su posición no podía hacer mucho más, estaba con las manos atadas.

Se despidió y se marchó, saliendo de allí con la sensación de que había comenzado el principio del fin. Un principio que le llevaba a un camino nada agradable, aunque comprendía, que muy poco le podían decir, ella hizo cuanto le pidieron: una mujer cumpliendo las órdenes de dos hombres. Dos hombres incapaces de ver, valorar y disfrutar lo que sus familias les daban, pero que arrastraban consigo a chicas tan inocentes como la propia Heather Hamilton.

Lo que Jefferson no comprendía, era que Heather desconocía todo cuanto a su alrededor se planeaba, y cuando se despertó, en su cama, sin el corsé, ni el vestido ni el calzado, se temió lo peor, pero no se sentía extraña y la ropa interior la conservaba, aunque el miedo la poseyó. ¿Y si él al desnudó

para hacerla suya y se arrepintió en el último instante? Se levantó de un salto, se vistió una bata y salió en busca de Grace, a quien, como siempre, no encontró.

Sí encontró a Jane y le pidió ayuda para vestirse, algo a lo que la doncella no se negó, al contrario: ayudó con premura.

—Gracias Jane, muy amable —dijo con una leve sonrisa—. Perdona ¿has visto a Grace?

—Sí señorita, se encuentra en la biblioteca, ha pedido que no se le moleste y no sé bien el motivo —explicó cabizbajo.

—Bueno, ya dirá lo que le pasa. Gracias ¿falta mucho para la cena? Tengo mucho apetito —dijo con una media sonrisa sin comprender su apetito.

—No lo sé señorita, si lo desea puedo preguntar a la cocinera —respondió con dulzura.

—Sí por favor, se lo agradecería mucho —dijo ella con las manos enlazadas sobre su vestido.

Jane no se hizo de rogar, se marchó, dejando a Heather en la habitación sola. Las intenciones de ella eran de permanecer lejos de Blackburn. En privado podían hablar con tranquilidad, podían tocarse pero nada más. No deseaba hacer algo de lo que pudieran arrepentirse uno u otro. Si se les iban las manos o decían alguna palabra que no debiera... No, era mejor que se le apartara.

Aunque desconocía como lo haría, pues sabía, comerían en la misma mesa, aunque una idea comenzó a brotar en su cabeza: ya se encargarían sus amigas de que ella no le dijera nada...

No se equivocaba Heather Hamilton. En cuanto bajó para cenar, Regina y Grace la acosaron a preguntas, consejos sin sentido e información sobre los bailes a los que estaban invitadas, aunque dichos bailes también contarían con la presencia de lord Blackburn, y a él, lo ignoraron por completo, aunque lo agradeció, pues así tenía más tiempo para poder pensar en sus cosas, como el modo en el que se ganaría la vida, pues la fotografía, aunque era una opción que su tío le ofrecería y él agradecería ya, se alejaba un tanto de sus aspiraciones.

Terminó la cena sin que nadie le hablara ni le mirase, algo que provocó cierta envidia a lady Hamilton, quien, agotada, se retiró a su habitación nada más terminar la cena, aunque también se retiró Grace, la cual no dejó de hablar en ningún momento.

Sabiendo que ella no podría resistir, él, se arriesgó a llamar a la puerta con la intención de ayudarla.

—¿Qué desea? —preguntó Grace tras abrir la puerta y ver que era él.

—Lady Hamilton estaba leyendo un libro, me prometió que iba a dejármelo cuando terminase de leerlo, quería saber si había terminado —mintió con cierto temor a ser descubierto, aunque suponía, Heather comprendería la intención.

Y sí, lo hizo.

Se levantó del sillón donde se encontraba sentada y se acercó a la pequeña librería que tenía en la habitación, de donde tomó un libro. El primero que se le ocurrió, aunque se aseguró de que no fuera ninguno preferido de Grace.

—Tome, lo he terminado hoy, espero lo disfrute —dijo entregándole el libro que él aceptó con una sonrisa.

—Gracias lady Hamilton, os lo agradezco. Se lo devolveré lo antes posible —habló con una sonrisa sincera, dejándola ya para no meterla en un lío: lo último que deseaba para ella.

Cuando cerró la puerta, permaneció un rato tras la puerta, pero no oyó que Grace le dijera nada a Heather, de modo que se dirigió a la habitación y comenzó a leer el libro, un libro bastante interesante nunca antes leído por él, pero que le mantuvo despierto hasta altas horas de la noche, cuando lo único que se oía era, el sonido de los coches de caballos, que llevaban a sus casas a los miembros de la media y alta sociedad desde los eventos a los cuales acudieron.

Pero que él no hubiera oído nada, no significaba que no hubieran hablado, significaba que lo hicieron en voz baja, y la única que habló fue Grace, incapaz de comprender a Heather.

—Se supone que no debéis de hablar con él, y creía no soportáis a los hombres —dijo Grace entre extrañaba y confusa.

—No soporto a los hombres —sentenció Heather—. Y cuando hablé con él fue en Silverley

comprended que no podía ignorar a todo el mundo allí. De todos modos ha pedido un libro, no creo que eso sea malo ¿no?

—Creo que no, no. tened cuidado, recordad que no es un Blackburn, nadie sabe realmente quien es, y quien lo sabe no creo lo diga —habló mirando por la ventana el hermoso jardín que, en ese momento, cuidaba con mimo el jardinero—. Ojalá si fuera un Blackburn... Sería un auténtico partido, algo muy interesante.

Heather no dijo nada, pero no comprendía el motivo por el que no podía casarse con quien ella quisiera. El amor era algo muy importante para ella y estaba dispuesta a todo por conseguirlo, aunque desconocía como hacerlo. Los consejos de Blackburn la ayudaban a ignorar ciertas cosas, pero no podía ignorar que, de no casarse, sería subastada.

Acabó por acostarse y permanecer en la habitación pese a la insistencia de Grace y de Regina, para que saliese a dar una vuelta por Hyde Park, pero ella alegó que permanecería todo el día en la habitación:

—Quiero probar algo, por favor, no me molestes hoy, necesito estar sola, hasta que no termine prefiero mantener el secreto si puede ser —pidió con calma abrazando un maletín negro no muy ancho que contenía útiles de dibujo.

—Muy bien, ya me contarás —dijo Grace suponiendo que ella iba a quedarse en la habitación dibujando, algo que estaba bien visto para una mujer siempre que ella no cobrase por ello, pues no era el típico trabajo de criada, institutriz, costurera o cocinera, era un hobby.

Pero un hobby que a Jane gustaba mucho, pese a nunca antes haber tomado de otro modo que no fuera un modo de pasar el tiempo. Mas en ese momento necesitaba pensar en algo diferente, apartas tantas cosas de su mente y centrarse en ella, pues no sabía ya ni caminar. Todo se había derrumbado: sus ideas, su forma de ver a Grace, de ver a los hombres, su modo de ver a sus padres... Estaba perdida, muy perdida.

Y cuando se quedó sola, se sentó en la cama aun abrazando el maletín. ¿Por dónde comenzar? Suspiró profundamente, se resignó y abrió el maletín de donde sacó una hoja y un carboncillo. Sin pensar demasiado, dibujó con delicadeza lo primero que le salió, que resultó ser un camino cuyos árboles que lo bordeaban, eran todos florales, con pequeñas flores y cuyo centro se encontraban las semillas para las manzanas. El camino estaba llano, era ancho, pero a medida que se alejaba se estrechaba, pues simbolizaba lo que se sabía del futuro, que no era gran cosa. Los árboles también se hacían más pequeños, al contrario que las sombras, cada vez mayores.

Pasó todo el tiempo allí, sin comer, sin beber, sin prestar atención a nada que no fuera el dibujo. Ni se percató de que lord Blackburn había entrado en la habitación sin permiso y que le había dejado un ramo de todo tipo de flores rosas. Para que no se marchitasen, tomó un jarrón lo llenó de agua y las colocó en el tocador, con una pequeña nota:

Gracias

C. B

Heather no se percató de los flores hasta que no terminó su dibujo, y para entonces, la nota había desaparecido consumida por las llamas de la chimenea más cercana. Grace la descubrió e hizo desaparecer para que no viera Heather lo sucedido. Ella era consciente de que no podía reprochar nada a la joven, ya sus padres le cortaron las alas y ella se encargó de que no le crecieran, no podía impedirle que se expresara, era lo único que le quedaba, y estaba tan concentrada... No se dio cuenta de que ella entró y robó la tarjeta, era muy posible, ni se dio cuenta de que él entró y la colocó.

Pero ella, pese a todo, imaginaba que, tal vez, las flores estuvieran enviadas por alguien con una nota, aunque no tenía la menor idea de quien era la persona tan detallista, ni se había nota, que decía.

Preguntar no podía, únicamente podía imagina.

No enseñó a nadie el dibujo, cuando lo terminó, lo guardó. Le gustó la sensación que le había dejado el terminarlo y la paz que le transmitió el rato que permaneció dibujando.

Únicamente había una persona a la que estaba dispuesta a enseñarle el dibujo: Blackburn. El problema era que no sabía donde se encontraba él, llamarlo era imposible y durante la cena se ausentó sin ninguna explicación.

—¿Dónde está lord Blackburn? —preguntó casi sin darse cuenta.

—No lo sé, él sabe cual es la hora de la cena, si se ausenta será posible que necesita pensar ciertas cosas —dijo con sarcasmo Regina.

Heather comprendió que necesitaba tener más cuidado con sus palabras, pues éstas podía meterla en un lío si continuaba por ese camino, por lo que se decidió a callar y hablar consigo misma, parecía que era la única que no quería confundirla más aún.

Pero poco podía hacer si continuaba con las manos atadas, y, al parecer, aun lo haría por más tiempo.

—Mañana hay un baile, estaos invitadas, de modo que prepárate, es posible que encuentres a algún apuesto joven que sea de tu agrado —informó Regina—. Dime, ¿lucirás el vestido rojo o el verde?

—Aún no lo sé, lo decidiré mañana —respondió con calma saboreando el postre y pensando en lo siguiente que dibujaría, pues no se aclaraba si dibujaría un parque o, tal vez, un laberinto, o un río... No se aclaraba.

—Esta noche pareces más feliz que otros días ¿qué sucede? —preguntó Regina—. Tras pasar todo el tiempo en la habitación pensé que querrías hablar, compañía, que llorarías... Pero estás diferente.

Heather la observó. Le acababa de dejar claro que hablar no era lo mejor, que dijera lo que dijera, ellas dirían lo contrario, que su opinión distaba mucho de tener interés para ellas, y eso le preocupaba, pero responder... Debía responder de una manera que nadie dijera nada.

—Bueno, he pasado un día muy agradable —respondió ella con una sonrisa.

—Eso es lo que pasa cuando se pertenece a la clase alta, todo lo hacen por ti, no tienes nada que hacer —sentenció Regina—, por lo que haces lo que quieres.

Heather se encogió de hombros y continuó comiendo con calma. Estaba claro que dijera lo que dijera, a Regina no le caería bien. Por algún motivo, había cambiado totalmente, aunque una idea comenzó a rondarle: tal vez Regina no soportaba la idea de que ella pudiera casarse por amor.

Pero esa idea, afectaba a su amiga, ¿qué pasaba con Grace? Las institutrices solían abandonar el hogar cuando la educación de la muchacha llegaba a su fin, pero ella no, ella quedó en la casa pese a tener el trabajo terminado, aunque el motivo era... desconocido. Mucho tiempo estuvo, en secreto, preguntándose que pasó para que permaneciera allí, mas lo agradecía, pues se llevaba muy bien con ella.

Al menos hasta ese momento, cuando tranquilamente, cambió por completo. Pero ella no podía hacer nada, descubrió que las palabras de Blackburn no podían ser más ciertas, pues aunque el día le había volado, encontró algo que la hacia única.

—Buenas noches —dijo al terminar el postre— me voy a la cama, estoy muy cansada.

Nadie le dijo nada y ella, simplemente, se retiró y comprobó, en la soledad de su habitación, el dibujo que había terminado en un día. Deseaba mostrárselo a alguien, pero no sabía a quien enseñárselo, únicamente se le ocurría enseñárselo a Blackburn, mas ¿cómo hacerlo?

Guardó el dibujo y se acostó mientras pensaba en su próxima creación. Se durmió tranquila, hasta que, sin esperarlo, alguien la despertó.

Lo hizo con dulzura, con calma. La tomó en el hombro hablándole al oído y la observaba con una sonrisa en la mirada, que Heather reconoció al instante, pues en cualquier lugar reconocería aquellos

ojos café oscuros con un matiz de tristeza difuminada por el brillo de una alegría apenas fingida.

—¿Qué hacéis aquí, a esta hora, sin ser invitado y sin nadie que cuide mi reputación? —preguntó ella sentándose en la cama con tranquilidad.

—La única forma de hablar con vos es en secreto —respondió sentándose en la cama con ella—. Vine hoy, pero estabais tan ensimismada con vuestro dibujo que no me visteis.

—Lo siento, hoy ha sido un día confuso un poco, nunca había desconectado tanto de la realidad ni había disfrutado de tal manera —contó con una leve sonrisa y algo sonrojada.

—Es genial, de verdad, me alegro. ¿Puedo ver el dibujo terminado? Por favor —pidió cortésmente. Heather no dijo nada, observó a Blackburn, quien en pijama y con la bata anudada, sonreía. Era cierto que no hacia mucho, odiaba a todos los hombres, pero cuando él se abrió a ella y ella le dio una oportunidad, todo cambió, mas con el interés que él estaba demostrando hacia ella, Heather no tuvo el menor problema en enseñar el dibujo.

—Este es —dijo cuando abrió el maletín y sacó de el una hoja.

Lord Blackburn sonrió al verlo. Sabía, por lo visto cuando le llevó las flores, que iba a ser un excelente paisaje, pero no esperaba tanto, todo lo contrario, esperaba que fuera algo sin las formas definidas en su totalidad, pero no, no fue así. Al contrario, se trató de una escena que le recordaba a una fotografía.

—Me encanta, ojalá yo tuviera vuestro don. Es maravilloso —dijo sin saber muy bien que decir.

—Os lo podéis quedar y decir que es vuestro —indicó ella, sabiendo que, al menos así, su dibujo serviría para algo.

—Venderlo y compartir los beneficios ¿no? —preguntó, intentando comprender las intenciones de lady Hamilton, quien asintió con la cabeza al tiempo que encogía los hombros, en señal de conformidad con las palabras del lord—. Lo siento lady Hamilton, pero no podía, eso sería como robaros.

—No es un robo si yo doy permiso —indicó ella—. Además, ¿qué puedo hacer yo? Soy una mujer, nadie me pagaría, si el dibujo puede servir a alguien, quiero que sea a vos.

Sus miradas se encontraron por primera vez con seguridad, sin vergüenza, sin ocultar nada. Los secretos no contaban, el mundo no existía, la sociedad no se había creado, eran la noche encontrándose con el día por primera vez. Ninguno la apartó ni cuando él, sin darse cuenta, alargó la mano y acarició con ternura el rostro de la joven, cuyas mejillas se ruborizaron, aunque Christopher Blackburn, no se aprovechó de ello, en cuanto se percató de su acto, acercó su rostro al de Heather y la besó fraternalmente en la frente.

—Yo quiero ayudaros lady Hamilton, no creo que quedarme con dinero que es de vos, sea ayudaros —indicó él bajando la cabeza.

—A mí no me pueden ayudar lord Blackburn, nadie puede ayudarme. Al menos, mientras sea libre, permitirme que mis cosas sean de provecho— informó ella sonriente.

—¿Mientras seáis libre? Explicaos, os lo ruego —pidió él interesado.

—Está bien, pero no se lo digáis a nadie —pidió ella con la mirada baja, aliviada por poder liberarse de un peso tan grande. No miró a Blackburn, pero hubiera visto un hombre sereno, interesado en poder ayudar a una mujer que reclamaba mantener una libertad que toda persona merecía tener—. Mis padres me dan once meses para casarme o seré subastada. Durante dos años han buscado un marido para mí, pero yo los rechacé a todos, ahora... ahora el tiempo se acaba.

Blackburn la escuchó en silencio. Era imposible para él imaginarse a esa chica tan especial, en los brazos de otro hombre sin saber quién la compraría, quién la haría suya, cómo la tratarían... Él la quería, por eso estaba allí, sacrificando su honor y el de ella, porque la adoraba, porque ella le hizo ver lo que antes no veía, al tiempo que olvidaba su propio dolor.

Las lágrimas cayeron por las mejillas de Heather quien intentaba que su llanto no se escuchase fuera de aquellas paredes, pero Christopher Blackburn no pudo llorar, al contrario, sonrió intentando que ella se sintiese mejor, aunque desconocía cómo hacerlo.

—Tranquilizaos, por favor, no lloréis —pidió con calma—. Ojalá yo pudiera hacer algo, si tuviera dinero me casaría con vos y no estaríais obligada a nada más, pero no tengo dinero.

—La deuda de mis padres llega a casi cinco mil libras, es mucho dinero lord Blackburn —indicó ella, agradeciéndole profundamente las palabras—, aunque preferiría aceptar vuestra propuesta en lugar de ser subastada.

—No seréis subastada, desconozco como podré evitarlo, pero al menos, calmaos, es de noche y necesitáis descansar. Por favor —dijo él limpiándole las lágrimas con la ayuda de un pañuelo que sacó del bolsillo de su bata—. Recordad lo que os dije: vivid el día a día. El momento, nada más que el momento.

Heather no supo que decir. Asintió con la cabeza y le sonrió agradecida por su carió y su atención, recibiendo a cambio un beso en la frente.

—Me marcho ya, no quiero que nadie me descubra aquí. Me llevo el dibujo, cuando tenga algo claro, entonces, os aseguro que algo haré —dijo con seriedad—. Pero por favor, os lo ruego, no desesperéis.

Tras decir aquellas palabras, salió tranquilo una vez se aseguró de que nadie le veía, y dirigió sus pasos a su habitación, donde permaneció despierto casi toda la noche, intentando saber que iba a hacer, pues él se encontraba impedido para una boda, no tenía el dinero necesario para pagar la deuda, de hecho, no tenía dinero ninguno, pero no estaba dispuesto a que la joven viera como su vida se acababa siendo vendida en una subasta como si fuera una casa o un animal.

Únicamente esperaba que Grace también se preocupase por ella y estuviese buscando una solución, así, como esperaba encontrarla lo antes posible.

Heather Hamilton no tardó en dormirse. Al contrario de lo que siempre le sucedía, las palabras de Blackburn la consolaron, y mucho. Confiaba en él, nunca le había fallado ¿por qué no confiar? Sí, mucha gente la había defraudado, pero eso le dejaba claro quien era su amiga y quien no. Cada cual se preocupaba de sí misma, de sus propios intereses, sin importarle los intereses de los demás, pero, aunque lo comprendía, veía claro que era algo necesario de romper, no podía seguir así, ella no fue quien se gastó la fortuna de sus padres, fueron ellos. Ella no fue quien obligó a Grace a permanecer en la casa como una criada, y no fue quien casó a la fuerza a Regina, así que no tenía ninguna necesidad de pagar por ninguna de esas cosas.

Gracias a las palabras de Blackburn lo comprendió, por ello, se durmió tan tranquila esa noche. Además, él no se rió de ella, le limpió las lágrimas, se ofreció a ayudarla e incluso, se ofreció a pagarle dinero.

Y como dijo, aún había tiempo.

Esa noche, por primera vez, se durmió tranquila y tuvo un maravilloso sueño, ajena a las conversaciones que tenían Grace y Jane a escondidas. Conversaciones de las que nadie más sabía, ni Regina tenía la menor idea de que, cuando su criada desaparecía, lo hacía para ir a la habitación de la cocinera, donde sin que nadie la molestase, permanecía hablando con Grace. La cocinera mantenía el secreto, pues era una persona que debía callar, Jane sabía muy bien quien era.

Pero quien no lo sabía, era Regina. Estaba dispuesta a conseguir que su amiga se casara por amor y con quien pudiera darle lo más mínimo que ella quisiera, aunque no fuera tan agraciado como Blackburn, pues eso era muy complicado, Blackburn era muy atractivo. Mucho.

Pero era pobre.

No era el adecuado para Heather.

Y Regina estaba preparada para encontrarlo, sobre todo porque los bailes comenzaban, la temporada ya comenzaba y ella, estaba dispuesta a que Heather no faltara a ninguno, así como a que luciera sus mejores galas y su mejor melena. Ciertamente no tenía el cabello muy largo, pero podía realizarse un muy buen recogido, al tiempo que dejaba caer sobre los lados de su cara, dos tirabuzones bien marcados. Regina estaba segura de que, con eso y un buen vestido, todos los hombres solteros iban a centrar su mirada en ella.

Pero no tenía muy claro que haría para que Heather sonriera un poco durante el baile, la joven solía mostrarse muy seria si estaba rodeada de personas, y más en los eventos donde podía encontrarse con sus padres, aunque suponía, en ese no estarían, pues no era desconocido de nadie, el hecho de que los Hamilton y los Thompson no se soportaban, y eran precisamente los Thompson quienes celebraban ese baile, lo que iba a ser toda una suerte, pues así podría conseguir que las miradas se posasen en alguien como era Heather, eso, si ella estaba por la labor...

Y no parecía estarlo.

Cuando llegó el momento de vestirse, Grace insistía en que Heather llevase el vestido azul de raso, pero ella se negaba, al igual que a llevar el vestido rojo que aconsejaba Regina. Los ojos de la joven estaban en uno blanco de satén, cuyos bordados en las mangas parecían crear tres volantes, igual que en la falta, aunque en esta, los volantes eran el doble de grandes y eran, en total, seis. El vestido lo complementaba un chal de seda con los mismos dibujos del bordado, pero en tono negro.

—Si no me pongo ese, no me pongo ninguno y, por lo tanto, no voy —sentenció ella con seguridad. Le gustaba el vestido, le encantaba y ya que iba a tener que ir a un lugar que no le hacía ninguna gracia, al menos, iría vestida con algo de su agrado.

Grace quiso buscar ayuda en Regina, pero ésta no sabía cómo intervenir, ver a su amiga delante de ella, en paños menores, con los brazos cruzados y tan firme como si sus palabras fueran órdenes, la dejó totalmente helada y a Grace aún más.

Ambas suspiraron y se resignaron a la idea de que Heather escogiera el vestido, aunque ninguna se podía hacer a la idea, de que esa joven se decidiera a tomar una decisión de esa manera. Por un lado les gustaba, pero por otro... ¿Y si tomaba una decisión errónea? ¿Y si esa decisión tenía repercusiones negativas?

Pero Heather no pensaba así. Seguía con las palabras de Blackburn en la mente, con la idea de que sí, aún quedaba tiempo. Si él decía que la ayudaría, lo haría. ¿Por qué iba a mentirle? No tenía sentido, él no era como los demás.

Por eso decidió que iba a llevar el vestido blanco, ese que tanto le gustó cuando lo vio en el armario. Y cuando se vio allí, con el puesto, esbozó una amplia sonrisa de satisfacción, tenía poder para decidir por sí misma, incluso por encima de Grace y de Regina, además de que le sentaba estupendamente.

Las opiniones de Grace, de Regina e incluso de Jane, le entraban por un oído y le salían por el otro. Estaba deseosa de poder llegar al baile, terminar y hundirse bajo las sábanas, pero no era tan sencillo, el camino sería largo y, además, estaría en el baile hasta las dos de la madrugada, de manera que aún quedaba mucho.

Demasiado.

Y el viaje, que llevaría más de media hora, se hacía pesado, muy pesado. Regina no paraba de dar información sobre quien iba al baile, sobre quien era el mejor partido, sin importarle que Christopher Blackburn se encontrase allí, delante de ellas, lo que la avergonzaba un poco, aunque no parecía que el afectase y eso la ayudaba mucho, pues le ofrecía un hombro en el que apoyarse.

Un hombro que le resultó muy útil cuando llegó al baile y todas las miradas se centraron en ella. Los comentarios elogiaban el buen gusto de la joven, aunque no todos lo hacían en voz alta, otros lo hacían en secreto, lo que despertaba la curiosidad de Heather sobre el motivo de hablar tan bajo, pero en realidad, lo hacían porque los Thompson no soportaban a los Hamilton, y menos, después de lo ocurrido, pero ella desconocía que ocurría.

Para quien no era desconocido era para Blackburn, él sí sabía el motivo pero no podía decírselo a Heather, pues necesitaba que su tío regresara y que confirmase si ella era o no, una Blackburn. Si lo era, sabía, la iba a perder para siempre, pues no le cabía la menor duda de que no podría casarse con ella, aunque si esperaba que pudieran ser, al menos, amigos.

—Lord Blackburn —dijo Heather buscando en él el apoyo que no encontraba, pues Regina no cesaba de presentarla solteros y de resaltar las cualidades que poseía.

—Lady Hamilton, habéis levantado pasiones con ese vestido, y no es para menos, en verdad estáis muy hermosa —respondió sonriente ofreciéndole el brazo— ¿Os apetece un breve paseo por el jardín?

Heather aceptó sin dudarle, cogida del brazo, salió del salón con Christopher y caminaron en silencio por el jardín, donde más de media docena de parejas disfrutaban del aroma de las flores otoñales, de la hierba y de los árboles. Las luces del salón, de la ciudad... Las estrellas que brillaban parpadeantes en el cielo nocturno acompañadas por una luna inmensa... Dos estrellas fugaces cortaron la paz y los deseos fueron lanzadas al viento en susurro que sonaron como murmullos al compás de la música.

—Que se cumplan todos vuestros deseos, lady Hamilton —dijo en voz baja Blackburn, con una sonrisa sincera y un beso fraternal en la frente.

La joven sonrió agradecida por aquellas palabras y aquel gesto, pues de no sacarla al jardín no estaría disfrutando de tan hermosa escena, ni podría haber pedido los dos deseos que pidió.

—Una pregunta lord Blackburn, ¿cómo queréis ayudarme? —preguntó ella llena de curiosidad y con la mirada fija en los ojos de Christopher, ojos que brillaban como el cielo.

—Bueno, tengo tres formas: vender vuestros dibujos como si fueran míos y pagar con el dinero la deuda de vuestros padres, casarme con vos, o recurrir a mi familia. Ellos me ha expulsado, pero aún puedo pedir un favor a cambio de ocultar la verdad, el favor sería el dinero para vuestra libertad —dijo con seguridad y con las manos de Heather entre las suyas—. Sé que la segunda opción es la que menos os agrada, pero también sé que para esa opción, algo ha de pasar.

—No os entiendo, ¿por qué? No me conocéis —dijo ella.

—Es cierto, no os conozco. No, como puede conoceros Regina o Grace, pero Heather, conozco muchas cosas sobre vos. Sé por lo que pasáis, recordad que tengo 30 años, he vivido, conocido y hablado con muchas mujeres en mi vida, y todas, bueno, casi todas, han vivido circunstancias parecidas a la vuestra. Muchas acabaron casándose a la fuerza, otras fueron subastadas y no pocas me rogaron que me casara, pero yo no puedo casarme sin amar a la mujer que lleve al altar. Tampoco puedo obligar a una mujer a que se case conmigo, y desde luego, no pienso obligar a vos, por eso, sois vos quien debe pedirme a mí ese matrimonio.

Las palabras de lord Blackburn llegaron al corazón de Heather, quien con lágrimas en los ojos, no pudo evitar reposar su cabeza sobre el pecho de Blackburn, quien la abrazó amorosamente con una mano colocada en la espalda de la joven y la otra en la cabeza.

Por primera vez en mucho tiempo, la joven sintió una paz que la cubrió por completo. No le importaba nada, ni lo que fueran a decirle, ni lo que fueran a pensar... Nada. Lo único que le importaba era ese momento, ese instante, ese abrazo tan sencillo y conmovedor, tan agradable. No sentía frío, ni calor, no sentía nada que se alejara de calma, paz y sosiego.

—Lamento molestaros, no era mi intención incomodaros —dijo soltándolo de inmediato.

—No... Por favor, no me soltéis, os lo ruego. Abrazadme, es muy grato —aseguró ella acercándose a él, a lo que él respondió con un nuevo abrazo aún más fraternal pero menos amoroso—. Por favor, hacedlo como antes.

Lord Christopher Blackburn sonrió y la volvió a abrazar del mismo modo que había abrazado antes, mientras las parejas se alejaban del jardín para continuar bailando y otras solían para poder descansar. Pero a ellos les daba igual, estar allí, juntos, protegiéndose, amándose, aunque Heather desconocía si realmente era amor lo que sentía por él, o era agradecimiento, no lo sabía y no lo quería saber, suponía que, quizás, el hecho de saberlo rompería la magia que los rodeaba.

—En algún momento tendremos que entrar —dijo casi en un susurro, al tiempo que sus ojos se posaban en un crisantemo rosa que cortó de la planta sin pedir permiso a la propietaria de la casa, y tampoco al jardinero, el cual observó la escena pero no dijo nada, sonrió y prosiguió con su quehacer—. Creo que es mejor un crisantemo púrpura, pero no creo que haya o yo no lo veo, sin embargo... ¿os gusta

éste, lady Hamilton?

Heather sonrió apartándose un poco de él para ver la flor ya en la mano de su acompañante, y la observó con agrado.

—Es muy hermosa. Un crisantemo realmente dulce, me gusta. Gracias lord Blackburn —dijo alegre mientras le tomaba la flor y la colocaba en su escote entre los pechos. La estrechez del vestido le permitió mantener el regalo sin que este se moviera.

—No las merece lady Hamilton, pero... ¿por qué no me llama Christopher? Le aseguro que no voy a molestarme por tal cosa, de hecho, la invito a ello —dijo al ver como las mejillas de la joven se ruborizaban, y recibía como única respuesta una breve reverencia, tras la cual se tomaron de la mano y entraron en el salón.

Heather Hamilton se rindió a los brazos de Blackburn en el jardín y en el salón ante los ojos de todo el mundo, no le importaba ya nada, le importaba vivir ese momento: el abrazo, las caricias, las palabras, las promesas, los consejos y el ser como era, derribaron las murallas que había levantado a su alrededor para cambiarlas por los brazos de él.

Ya ni le importaban las miradas de Regina, las ignoró por completo.

—Pero ¿qué haces? ¿Estás loca? —preguntó Regina interrumpiendo el baile que estaban llevando a cabo ambos, al mismo tiempo, que varias parejas más, no siempre marido con esposa.

—Perdona lady Harper, pero esto es un baile, se puede bailar con quien se desee, que yo sepa, lady Sweet baila con lord Blum y él no es su esposo —replicó con calma Blackburn, ante la mirada de muchos que vieron en ello como una especie de liberación.

—Lord Blackburn, el motivo de que lady Sweet y lord Blum bailen entre ellos, a mí no me importa, pero deseo lo mejor para Heather, seguro que comprendéis —dijo ella con una mirada desafiante que, parecía, no era lo suficientemente desafiante, pues la pareja siguió bailando con calma, ajena a todo.

Pocas parejas dijeron o hicieron algo, pues al contrario de lo que Heather llegó a pensar, la mayoría se dedicó a bailar ignorando, por completo, lo que sucedía a su alrededor, pues todos disfrutaban demasiado del baile, en el cual la temperatura era apacible, la música agradable y casi todos, estaban ya con una larga lista de futuros bailes. Muchos, tuvieron la necesidad de apuntar algunos datos, pues ya la memoria no les daba para más, algo que también sucedió a lady Harper, la cual accedió a todos menos al baile de los Blackburn, al que, por cierto, no invitaron a Christopher, quien palideció cuando en el baile vio a su hermano mayor, pero no se acercó a él ni dejó a su acompañante, una joven muy hermosa, demasiado joven, que se negó a hablar con todo el mundo.

—Christopher, por favor, os lo ruego, ¿qué sucede? —preguntó lady Hamilton extrañada por el cambio que había experimentado su acompañante.

—Es mi hermano lady Hamilton —respondió en un susurro.

—Pues no os preocupéis por ello, disfrutad el baile, dejadle con su vergüenza, es su problema no es el vuestro —respondió ella mientras bailaban abrazados.

—¿A qué vergüenza os referís? —preguntó él bajando la cabeza para observarla.

—Pues al hecho de bailar con una joven embarazada que no está comprometida. No hay que ser muy inteligente para verlo —respondió ella con una leve sonrisa en voz baja para no ser oída, no quería que nadie escuchara esa conversación.

—No lo sabía, o soy tonto, o me falta poco para serlo —dijo realizando una reverencia a Heather como agradecimiento por haber bailado con él esa pieza.

—Tranquilo —dijo ella llevándole a un rincón tranquilo, pero a los ojos de los invitados—. Veréis hay que fijarse mucho para ver el embarazo, y sé que ella fue presentada en sociedad el año pasado. ¿Acaso no escuchasteis la noticia de la desaparición de una chica en su baile de presentación? Pues ella

es —explicó—. Lo único que os puedo decir, es que la boda se tendrá que celebrar pronto si no quiere ser también este año el centro de todos los rumores, tanto ella como vuestro hermano.

—Pues siendo así, lady Hamilton me alegra no vivir bajo el mismo techo —indicó esbozando una sonrisa.

—Tranquilo, aún viviendo allí, os aseguro que nadie os culparía, de eso seguro, pero me alegra que no viváis allí, antes yo era capaz de enfrentarme a mis padres pero me sentía como una muñeca, aunque ahora... no lo sé, todo es difícil, os lo aseguro. Pero me siento bien con vos.

Las palabras de Heather hicieron sonreír a Blackburn, quien, sin poderlo evitar, tomó entre sus manos el rostro de ella y la besó con ternura en la boca, saboreando sus labios, su lengua, disfrutando de cada resquicio y de la suavidad de una piel virgen y nunca antes probada, aunque ella no se echó hacia atrás, al contrario, siguió el camino que abría él aunque fuera en público, no le interesaba nada, solo quería disfrutar y conocer hacia donde iba a llevarla aquello.

Pero no la llevaba a nada malo, al contrario, los presentes aplaudieron con alegría al ver aquella escena mientras el cielo era cruzado por una estrella fugaz, ya eran tres y aún la noche no había acabado.

Como tampoco el beso, pues continuaron besándose con pasión aún cuando el chal caía de los hombros de la muchacha hasta ser recogido por el suelo.

Al día siguiente, Regina Harper mandó llamar a Heather Hamilton a la biblioteca a primera hora de la mañana, en cuanto la joven estuvo levantada, pues ella no pudo dormir, pasó toda la noche despierta, pensando en como podía ayudar a su amiga, pues su única intención era que Heather pudiera tener aquello que ella no tenía, eso que a ella le arrebataron.

Pero al contrario de lo esperado, Heather se mostró de lo más serena e incluso, de lo más ausente.

—Me estas ignorando ¿verdad? —preguntó con una sonrisa Regina.

—No, no te ignoro, te escucho y agradezco tu opinión, pero no la comparto. Tu te casaste con un hombre al que no amabas, yo, si me caso, lo haré por amor. Blackburn está dispuesto a ayudarme: pagar la deuda de mis padres y conseguir mi libertad. Estoy cansada Regina —dijo Heather apartándose de la ventana para sentarse en un sillón cerca de ella—, muy cansada de luchar, de resistir, de fingir, no puedo más. Si un hombre se ofrece a ayudarme, pues adelante, que me ayude, si quiere algo a cambio... Lo siento, pero no creo que él sea de esos.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Regina extrañada.

—Pues porque ha tenido más de una oportunidad para aprovecharse sin soltar una libra, y no la ha aprovechado —respondió sin querer entrar en demasiados detalles, si él no la deshonró, no tenía ella porque deshonrarlo a él.

—Tal vez, porque no el interesa la deshonra. ¿No has pensado que tal vez las intenciones de él vayan más allá de un simple beso robado como el de anoche? —preguntó Regina con una mueca afirmativa.

—¿Beso robado? Regina, nos besamos los dos y no me lo robó, se lo dí con placer y me gustó —respondió ella con una leve sonrisa—. Por favor, creí que te alegrarías por mí.

—Pero... ¿cómo quieres que haga eso? Ni sé quién es realmente, tu lo dijiste, no es un Blackburn.

—No, pero puede que yo sí lo sea. Regina —dijo Heather con las manos cruzadas—, lo siento mucho, lamento que no compartas mi punto de vista, mas no voy a dar marcha atrás, las fuerzas ya no me acompañan como antes, debo tomar un camino y seguirlo. Esta es mi decisión.

Heather Hamilton se puso en pie. Estaba triste, muy triste, pero era una decisión, la primera que tomaba que la llevaba a algo bueno para ella. Ya sabía que estaba sola, nadie la iba a apoyar y mucho menos a acompañarla pero si había aprendido algo, era que, lo importante, no era lo que los demás opinaran o dijese, era lo que ella opinase de sí misma, y opinaba que aceptar la ayuda de alguien que se la ofrecía, sin pedir nada a cambio, no tenía nada de malo.

Al contrario.

Salió de la biblioteca con tristeza, mientras veía como Grace no compartía su opinión, lo que la entristeció aún más, incluso la hizo soltar unas lágrimas que ella se esforzó en que fueran silenciosas, aunque deseaba esconderse y no ver a nadie.

Caminó hasta el salón, pero no se sentía bien allí, era un lugar demasiado amplio, hacia frío y las ganas de llorar aumentaban, de modo que se decidió por ir a la habitación y llorar cuanto necesitaba, pero al contrario de lo que esperaba, no pudo hacerlo mucho tiempo, Grace entró con el deseo de poder hablar con ella.

—Las lágrimas enrojecen los ojos y afean el rostro, de modo que deja de llorar —dijo Grace nada más entrar—. Además, Regina tiene razón...

—Pero bueno, ¿por qué no me dejáis que viva mi vida? —preguntó interrumpiendo a Grace por primera vez.

—Porque no sabes lo que te conviene y no es bueno para tí —dijo ella con calma.

—Sí sé lo que me conviene, lo sé muy bien, y voy a por ello aunque sea sola —sentenció limpiándose las lágrimas y poniéndose firme ante ella.

—No olvides que vives en su casa, comes su comida y vistes su ropa —recordó Grace, suponiendo que quizás, Heather lo había olvidado debido a la libertad que tenía en aquella casa.

—No lo olvido, y dudo, algún día pueda pagarle todo lo que ha hecho por mí y por tí —dijo Heather acercándose a Grace con lágrimas en los ojos—, pero eso no la convierte en mi dueña. Yo puedo tomar mis propias decisiones, no necesito pagarle con mi esclavitud.

Grace no dijo nada, suspiró y se sentó en el diván con el rostro pálido. Estaba segura de estar obrando de la mejor manera para con Heather, pero la joven que delante de ella tenía, le indicaba claramente que no era necesaria esa protección. En absoluto. Necesitaba apoyo, un hombro que se alegrara con ella de los pequeños logros a diario, que sonriera y la abrazara en los resbalones o las caídas. Alguien que la acompañara además de Blackburn, pues de una u otra forma, no parecía que él fuera a sustituirla.

Pero ¿cómo decirle a ella la verdad?

Pero no podía seguir manteniendo ese secreto, no podía, debía ser sincera, lo necesitaba. Guardar secretos no serviría de nada, y menos aún cuando le afectaban a ella, si iba a estar a su lado, debía demostrarlo, debía... Debía decir alguna verdad.

—He de hablaros, pero te rogaría que, por favor, no me critiques, no hasta saber todo ¿podrás? —preguntó con calma sin mirar a Heather, pues la vergüenza le podía.

—Sí, podré, pero hablar antes de que mi corazón se paralice, la intriga no es de mi agrado —respondió.

—Entonces sentaos, es mejor que escuches sentada —dijo Grace, quien sentada en el diván, cruzó las manos sobre el regazo y comenzó a hablar—. Tu no sé de quien eres hija, pero te aseguro que lord Hamilton fue quien se adueñó del dinero y las riquezas de tu madre. Malgastó el dinero y las deudas comenzaron a agobiarle, de manera que comenzó a no pagarme. Cada mes ponía una excusa nueva, desde retrasos hasta no ver una sola libra. Sí tenía comida, y también ropa, pero los problemas se acrecentaron, de manera que empezaron a tener ciertos negocios turbios y, durante un tiempo, todo mejoró, pero cuando fuiste presentada en sociedad, comenzó un nuevo problema: pagarte la temporada. Y todo acabó para lord Hamilton. Yo me quedé a cambio de protegerte, no reclamé el dinero ni tampoco exigí nada, salvo permanecer contigo.

—Comprendo, no es nada que no tuviera en mente, supongo le pasa a muchas familias —dijo Heather, quien comenzaba a pensar que había algo más, Grace no estaba siendo del todo sincera con ella.

—Sí, bueno, no todas conocen donde subastar a sus hijas, de hecho, Jane fue subastada, tu eras muy pequeña, la compró lord Harper y cuando se cansó de ella, la cedió a su hijo, y este a su esposa Regina, por eso Regina lleva con Jane dos años —informó de una manera tan convincente y tan firme que, Heather comprendió, era lo primero realmente cierto que le decían.

Heather no dijo nada en ese momento, se guardó su opinión para ella. Si Grace quería ayudarla, la verdad era lo único que le permitiría, pero era precisamente eso, lo que parecía que nadie quería decir, aunque, al menos, tenía una explicación para el tiempo que pasaban juntas Grace y Jane, y, posiblemente, para el porqué Grace dejó de usar sus vestidos, porque los habrían vendido, era lo más seguro.

—Es difícil pero... —dijo Grace— ojalá pudiera decirte algo más.

—No importa, no pasa nada, todo da igual —dijo seria, aunque las palabras que deseaba decir eran muy distintas, pero innecesarias del todo. Sus cartas prefería enseñarlas en otro momento, por algún motivo, algo, le decía que no era ese el momento.

Guardó silencio, se dijo a sí misma que el silencio, cuando se rompía para el provecho y la gloria de una única persona, no tenía valor alguno, de modo que se resignó a la espera de que se dignase a contarle la verdad oculta.

—Lo siento Heather —dijo Grace con inmensa tristeza en la voz y en el rostro.

—No, quien lo siente soy yo Grace —dijo la joven poniéndose en pie y con ganas de desaparecer, aunque huir no era la solución—. Lamento las circunstancias y los problemas, pero, sinceramente, no veo motivo para tanta preocupación, cada persona es como es y los demás han de aceptarlo, no creo que vaya a pasar nada malo, pues esas cosas, realmente, nunca llegan a pasar.

Las palabras de Heather la tranquilizaron, se levantó y se acercó a ella. Estaba segura de que los secretos acabarían por descubrirse, pero no podía hacerlo con esa joven, no, sin descubrir los secretos de ambas familias y ella no había criado, educado y acompañado a esa joven para quedar abandonada en un rincón porque no hiciera falta ya, conocía muy bien que muchas institutrices no conseguían un trabajo una vez terminaban en una casa, y sabía, los Hamilton no la dejarían marchar, sabía mucho y tenía porque callar.

—Me gustaría tener esa seguridad —dijo Grace casi en un susurro, mientras veía por la ventana a Blackburn que paseaba con el ayudante de cámara por el jardín, bajo la luz del sol y la sombra de los árboles.

—Bueno, tranquila, todo se soluciona, ya lo verás —sentenció Heather—. Las flores de este jarrón se están marchitando —dijo con calma—, voy a por más ¿vienes?

—No, ve tu sola —respondió—, yo prefiero descansar.

Heather Hamilton se encogió de hombros en señal de resignación. Estaba segura de que Grace no quería que ella se viera con Christopher, pero al mismo tiempo, no se sentía con capacidad para evitarlo. Creyó que su media verdad sería suficiente para que la joven se reprimiera, pero no pudo ser.

Al contrario, lo único que consiguió fue que deseara más libertad, que luchara más, aunque supiera la verdad de la existencia.

Y cuando pudo ver que ella cortaba las flores sin hablar con Blackburn, un aura de paz y sosiego la envolvió. Regresó al sofá donde se sentó y esperó pacientemente a que Heather regresara y le pidiera algo en concreto, aunque eso no sucedió.

Heather recogió las flores ante la atenta mirada de Blackburn, quien dejó en un momento al ayudante de cámara y se acercó a ella casi con disimulo.

—Mañana no estaré aquí durante el día, pero regresaré a la hora de la cena, os ruego me esperéis —pidió casi en un susurro.

—Mañana no puedo esperaros, Regina ya ha confirmado mi presencia en el baile de los Smith —dijo con cierta tristeza.

—De acuerdo, pero por favor, os lo ruego y os pido que no os acercáis a mi hermano. Por favor —pidió insistente, tras lo cual se alejó.

Heather comprendió que deseaba decirle Christopher, aquel hermano suyo dejaba mucho por

desear, pero, sobre todo, era difícil porque estar con una joven embarazada sin que hubiera antes un compromiso y, sobre todo, una boda. Quiso hablarle a él, pero el hombre ya se alejaba, por lo que ella, simplemente, se encogió de hombros, suspiró y, con las flores de varios colores en las manos, se dirigió al interior de la casa, donde dejó las flores, unas en su habitación y otras en la biblioteca, donde Grace la esperaba pacientemente.

—Algo te pasa. Habla —pidió Grace con una leve sonrisa.

—Mañana en el baile no estará Christopher —habló casi en un susurro, sin darse cuenta de que había llamado a lord Blackburn por su nombre de pila, algo no normal si era alguien fuera de la familia—. Ya me ha dicho que debo permanecer lejos de su hermano.

—No eres nada más que una conocida, y ya te está diciendo lo que debes y no debes hacer, me parece que se pasa —indicó Grace extrañada—. Si algún día se casa, su esposa será muy desgraciada.

—Te equivocas Grace, su consejo es algo que agradezco y mucho, su cuidado y atención me da confianza. Su hermano es alguien que no merece confianza, en absoluto. Su última compañía es una chiquilla más joven que yo, embarazada, a la que no se le conoce ninguna conquista y, mucho menos, un marido.

Los ojos de Grace se abrieron como platos. Quedó completamente helada. En ese sentido, era el consejo de Blackburn uno muy bueno para poder mantener el honor de Heather intacto, aunque sabía, la intención de los Hamilton era que Heather se casara con un Blackburn, pero en ningún momento era Christopher, pero tras lo dicho por Heather... ¿cómo iba a decirle tal cosa? No podía.

La dejó marchar sin decir nada, aunque la curiosidad por saber quién era la joven embarazada y cómo había hecho Henry para permitir aquello, provocó cierto interés en ella, tanto que acudió en busca de Jane para saber si ella sabía de algo, pero la encontró escuchando tras la puerta una conversación que estaba teniendo lugar en el salón entre Regina y una mujer de la que Jane contó cosas muy interesantes:

—Es la hermana de Nicholas Harper, vive en Escocia, ha venido a Londres con su hija, pero ella está embarazada del hermano de Christopher Blackburn, de Henry, y quiere que Christopher intente convencer a su hermano para que se case, pero Regina no tiene poder sobre él, únicamente lo mantiene bajo su techo —contó casi en un susurro intentando que no la escucharan como ella hacia.

Ambas escucharon con calma la conversación, descubriendo ciertas cosas de las dejaron atónitas.

—¿Qué haré? —preguntó la mujer asustada, con un pañuelo entre las manos que, de vez en cuando, se acercaba a los ojos—Tengo miedo por ella.

—Yo no puedo intervenir, me preocupa, pero ¿qué puedo hacer? Blackburn se encontraba abandonado cuando le ofrecí que viviera aquí, y aunque a cambio puedo pedirle mucho, no creo que eso pueda pedirlo —respondió Regina con amargura en la voz.

—Comprendo, me dijeron algo cuando mi hija me contó quién era el padre, pero pensé que era una excusa para que Henry no reconociera su paternidad —explicó la mujer.

—Henry es hermano de Christopher, pero nada más, los actos que realiza uno no tiene porque ser algo que el otro pague —dijo Regina con una amplia sonrisa, pues tenía una idea—. Pero, ¿por qué no hablas con Christopher? Puedes explicarle la situación, tal vez él sepa algo. Desconozco que te puede decir, pero por intentarlo... Escuchar te escuchará, estoy segura, él no va a ignorarte, aunque si te ayuda o no, ya depende de él.

—Ojalá pudiera ayudarme, no quiero que mi nieta nazca sin un padre —dijo—. De no ser por esta sociedad...

—Bueno, un momento, no ha sido la sociedad y te pido perdón por hablarte con tanta franqueza, la que ha dejado embarazada a esa joven, que, supongo, ella sabía bien lo que hacia ¿no? —preguntó Regina intrigada.

—Sí, tienes razón, ella quiere a Henry Blackburn, y él a ella, aunque los Blackburn lo quieren casar con la hija de los Hamilton, no sé por qué, estoy segura de que lo han hecho para casarse.

—Entonces, ¿por qué no dejas que el asunto se resuelva el mismo? Henry sabrá cómo hacer para pasar por el altar con ella, no preocupes —habló Regina más tranquila, con las ideas claras y el camino sin piedras delante—. Si no estuviera dispuesto a casarse con ella, estoy segura de que no la hubiera paseado por delante de medio Londres con un embarazo que no puede ocultar.

La mujer se puso en pie y volvió a limpiarse las lágrimas con el pañuelo.

—Creo que Christopher Blackburn está en el jardín, si quieres hablar con él, adelante, no te hará daño —invitó con un movimiento de mano señalando la puerta.

Grace y Jane se apresuraron a esconderse, mientras la mujer, llorosa, se dirigía al jardín con lágrima en los ojos y el pañuelo entre las manos. Lo que fuera a ocurrir, a partir de ese día, ya no era nada seguro, nadie podía imaginar como actuaría Blackburn, pues Henry no se sabía si tenía algo que ver con acontecido, o por el contrario era inocente.

Pero ¿lo sabía Christopher?

Ambas mujeres permanecieron escondidas, en silencio, mirándose sin poder aclarar sus pensamientos, aunque con distintas cosas en mente: ¿qué consecuencias tendría para Regina? ¿Qué consecuencias tendría para Heather? ¿Y qué pasaría con ellas?

Llenas de curiosidad, se dirigieron a la puerta trasera que comunicaba, con el jardín y se dedicaron a escuchar, sin percatarse de la presencia de Heather, quien, al ver a la mujer aproximarse a Blackburn, bajó al jardín por si su presencia podría ser útil a alguno, pues fue testigo de lo acontecido en el baile, y conocía lo ocurrido a Blackburn en Kensington Garden si Regina no quería dar la cara, ella lo haría, él se lo merecía.

Heather se mantuvo en un muy discreto plano. Nerviosa y preocupada por lo que aquella mujer fuera a contarle a Blackburn, pero dispuesta a ayudar si él lo requería, después de cuanto había hecho por ella, era lo mínimo que podía hacer.

Y por el rostro triste de él, lo necesitaba.

—Debo hablaros de vuestro hermano —dijo ella con firmeza.

—Sé lo ocurrido, lo vi anoche en el baile —informó él con tristeza.

—Pues tal vez puedas hablar con él, sois hermanos, te escuchará —pidió ella llorando con amargura y limpiándose con el pañuelo las lágrimas— mi niña, ya está de seis meses, es una niña tan buena, no se merece que su reputación quede manchada con un bebé en camino.

—Señora, yo no tengo problema en ayudar cuando puedo hacerlo, pero no puedo intervenir, eso debe comentarlo con mis padres, no conmigo...

—Intenté —interrumpió ella a Christopher— hablar con ellos pero no me dejaron ni entrar.

—Perdone, pero yo no puedo hacer nada, no vivo ni allí ¿no lo ve? Yo no puedo ir a una casa y exigir algo que no va conmigo —habló con firmeza pero con amargura al mismo tiempo—. Entiendo que se preocupe por su hija, si fuera la mía yo arañaría a quien fuera, pero comprenda lo que le digo.

—¡Comprende tú! —gritó ella con fuerza sin guardar las formas—. Es tu hermano, también es tu responsabilidad —dijo golpeando en la mejilla de Blackburn con su mano—. Tienes que hacerle ver lo que está bien y lo que está mal.

La mujer se marchó enfadada, mientras Heather se acercaba a Blackburn el cual permanecía inmóvil, con la cabeza baja luchando por no mostrar sus sentimientos pero con los puños prietos, y, en cuanto ella colocó su mano en el hombro de él, se rindió a ella y accedió al abrazo que tanto necesitaba.

Un abrazo que la joven no le negó, al contrario, obsequió con agrado y satisfacción, triste por no poderle ayudar, pues al fin y al cabo era algo que su hermano debía solucionar, él, ni debía ni podía intervenir. Sonrió al sentir como él comenzaba a relajarse, pues era el comiendo de una paz que merecía.

—Intentad relajaros, vamos dentro —invitó ella feliz de haber tomado la iniciativa de salir, de haberse encontrado solo, no sabía como hubiera reaccionado.

Christopher aceptó, pero no por la necesidad de un abrazo, lo hizo por la necesidad de un apoyo, de alguien que comprendiera lo que sucedía, de alguien que no le pidiera cosas ajenas a él.

—Esperad —pidió antes de entrar— creo que...

—Me llamo Heather —replicó ella con tristeza—. No lo olvides, llámame por mi nombre y deja de preocuparte por todo, has de preocuparte por ti. Está bien ayudar a los demás, pero cuando de verdad necesitan ayuda, no creo que tu hermano la necesite.

—Está bien, lo haré así —dijo esbozando una sonrisa—. Entremos en la casa y ya pensaré.

Heather no dijo nada, siguió a su lado, acompañándole hasta el salón pequeño y sentándose en el

sofá, mientras él se apoyaba en la repisa de la chimenea, con una tormenta en la mente. ¿Qué hacer? No era tan fácil, Henry era su hermano, posiblemente inocente de lo acontecido, ¿y si lo que decían de esa joven era falso? ¿Y si Henry no tenía nada que ver con los secretos que ocultaba la familia? Que él recordase, esos secretos estaban relacionados con su abuelo y con su tío Anthony. Además, todo aconteció antes de su nacimiento y, para entonces, Henry tenía como mucho dos años.

Pero no podía olvidar a Heather, ella lo necesitaba, si no conseguía ese día podía olvidar su libertad, sería subastada, y ¿quién la compraría? Además, él la amaba, la amaba con todas sus fuerzas. Durante 10 años, había disfrutado de las fiestas, de las salidas nocturnas, de las óperas, de las representaciones teatrales, de... Llevaba dos buscando una mujer con la que compartir la vida, una mujer con la cual poder crear una familia, con la que llegar a una vejez digna.

Y eligió a Heather.

Sí, era joven. Sí, podía encontrar otra mujer. Sí, las cosas no eran blancas o negras, pero no importaba, nada importaba, ella sí importaba.

—Te amo Heather. Te amo desde el momento en el que me gritaste en la biblioteca. Te amo y siempre te amaré por distintas que sean nuestras intenciones. Tu quieres conocer la verdad, yo, quería lo mismo, pero ahora deseo tu bien, nada más que eso —dijo con los codos apoyados en el repisa y cubriéndose el rostro con las manos.

Heather sonrió. Se puso en pie y caminó hacia él con paso titubeante hasta colocarse detrás de él. Durante un breve instante, no supo que decir ni que hacer, pero se decantó por ponerse a su lado, a la espera de lo que pidiese.

Pero el tiempo pasaba y él no decía ni hacía nada, de modo que se decidió por colocar su mano derecha sobre el hombro izquierdo de él y apoyar su rostro en el brazo, a lo cual Blackburn reaccionó con una leve sonrisa abrazándola, presionándola contra su pecho y besándola en la frente con cariño.

En el salón pequeño no había nadie excepto ellos dos, por lo que no era necesario que se cubriesen, y en el jardín, pese a estar Regina, Grace, Jane, el jardinero... Pese a todos, ninguno veía nada porque las ventanas tenían las cortinas de terciopelo verde completamente corridas. Había claridad, pero escaseaba, la penumbra era la dueña de la estancia.

Aprovechando eso, Christopher no pudo reprimirse y la besó en los labios apasionadamente. Al contrario de lo que supuso en un primer momento, ella no lo apartó, le devolvió el beso del mismo modo que él se lo daba. Tenía algo de miedo, aunque no era su primer beso, y le resultó muy agradable, y las caricias de él sobre el vestido color beige de flores anaranjadas que esa mañana había escogido, lo hacían todo mucho más especial.

—Lo siento, no quería ofenderte —dijo cuando se percató de que no le había pedido permiso—. Ruego me disculpes.

Dijo apartándose de ella, quien se afanaba en colocarse las mangas bien, pues se le había bajado por el lado derecho más que por el izquierdo y la estrechez del vestido no ayudaba.

—No tenéis porque disculparos, yo no he hecho ningún intento por apartaros, quería saber lo que se sentía, quería saber si el tercero iba a ser tan especial como el primero, y lo ha sido —respondió con una amplia sonrisa—. Y ahora ¿me ayudas?

Christopher Blackburn sonrió tranquilo al escuchar las palabras de Heather, y no dudó en ayudarla con el vestido, desabrochando algunos botones de la espalda, para poder colocar bien el escote y volviendo a abrochar cuando hubo terminado.

—Gracias, y gracias por el beso —dijo—. ¿Os encontráis mejor?

—Sí, mejor. Gracias por...

Ambos comenzaron a reír con ganas, tanto agradecerse les resultaba de lo más divertido, pues,

además, ninguno había hecho nada que el otro no pidiera a gritos o en silencio, aunque al menos, le sirvió para poder relajarse, algo que agradeció aunque no dijo nada a Heather, el verla a su lado era, para él, lo más grande.

—No deseo presionarte, pero ¿qué vas a hacer? —preguntó Heather con humildad dispuesta a cualquier cosa por él.

—Iré a casa de mis padres, les pediré el dinero y pagaré la deuda de tus padres, creo que en el baile, cuando te besé en público, dejé claro que eras para mí ¿no? —preguntó mientras se sentaba en el sofá y mordiéndose la uña con nerviosismo, observaba la pared repleta de libros, frente a la cual creía tener a un niño pequeño que intentaba ponerse en pie. Sonrió ante aquella visión—. Eso si tú quieres.

—Claro que quiero —respondió Heather de inmediato, sorprendiéndose con el cambio que se había producido en ella en tan pocos días.

—Hace una semana no querías saber de mí —dijo él inmóvil.

—Hace una semana no te conocía —respondió ella con sinceridad, consciente de lo rápido que había ido todo.

Heather Hamilton se le acercó con una amplia sonrisa, sentándose a su lado, evitando que la visión de él quedase fija en los libros, algo que no le incomodó, se dedicó a sonreír, acariciarle el rostro con la ayuda del dedo índice que dibujaba cada contorno de su perfil, la nariz, la barbilla y los labios, cuyo premio fue un beso.

—Os amo, ¿lo sabes? —preguntó sin intención ninguna de recibir respuesta, aunque la obtuvo.

—Lo sé, pero hace una semana, no sabía que podíamos amarnos con tal rapidez... —susurró sin intención.

—Yo creo en el amor a primera vista ¿tú no? —preguntó preocupado mirándola atentamente.

—Para mí es todo nuevo, estoy algo confusa. Quien yo creía que me quería, resulta tener otros planes en los que yo no entro, y oculta información que mezcla con verdades, por lo que no sé en quien puedo confiar, pero confío en vos —confesó con tristeza, reposando la cabeza en el brazo que Blackburn tenía sobre el respaldo del sofá. Él aprovechó para besarle ligeramente en la mejilla y acercarla un poco más, terminando por quedar ambos abrazados en el sofá, cobijados por la penumbra del salón, protegiéndose entre ambos, sin prestar atención a que alguien pudiera verles, aunque desconocían que no podían hacerlo.

Grace y Jane charlaban juntas en un rincón del jardín, ajenas a todo, tomando un té a deshora ocupando una mesita a la sombra de un manzano florido, cuyos pétalos caían sobre ellas de vez en cuando ayudados por el suave viento londinense. Tan entretenidas estaban que ninguna se daba cuenta de la hora.

Pero tampoco se daba cuenta Regina, dedicada a responder cada una de las cartas que había recibido de hombres preguntando por su salud tras el baile, algo a lo cual ella nunca se cansaba, pues cuando estaba casada, ni la dejaba Nicholas bailar, ni había nadie que deseara bailar con ella, pero en cuanto fue abandonada, se peleaban por bailar con ella, invitarla a fiestas, a meriendas, a la ópera...

Acababa de aceptar acudir a una merienda, una representación teatral, una ópera y dos bailes, iba a ser una semana muy interesante. Se alegraba, pues era algo muy interesante y cada fiesta, cada baile, la ocasión de olvidar que Nicholas podía aparecer en cualquier momento.

Algo que el ayudante de cámara cada día se ocupaba de recordar, y lo mismo el cochero cuando la llevaba a algún lugar, como esa misma tarde, que la llevó hasta la tienda que vestía a la flor y nada de la ciudad, donde en una habitación cómoda, con sillas y sillones tapizados, libros con ilustraciones de moda y otros clásicos ofrecían un espacio para que los hombres esperaran mientras las damas escogían un espacio para que los hombres esperaran mientras las damas escogían su vestuario, bien para hacérselo o

bien escoger los vestidos que se mostraban ya confeccionados.

Regina no dudó en elegir varios diseños, telas y accesorios para el día y para la noche. Unos en tonos claros, otros en oscuros, unos de seda, satén, terciopelo... Pasó toda la tarde allí y, en cuanto salió, la propietaria del lugar cerró la tienda de lo tarde que se había hecho.

Tanto, que sus trabajadoras, ya se habían marchado.

Pero Regina estaba feliz, su vestuario iba a ser, estaba segura, el mejor de todos, y con Heather a su lado, no había hombre que se le resistiera, aunque sí lo hacía Blackburn, claro que ella no estaba interesada en él, era un hombre sin dinero, sin casa, sin ropa... Nadie estaba lo suficiente loca, como para escoger como marido a un hombre cuya propia familia abandonaba sin un motivo aparente.

Claro que nadie se preocupó por saber la verdad. En parte, porque no les interesaba, y en parte, porque lo único que vieron fue a una mujer ayudar a un necesitado, no había ningún mal en ello, no era la primera mujer que lo hacía y no sería la última, pero esa fama e interés levantado, que no había, si no sorprendido a ella más que a los demás miembros de la sociedad, podía usarlas a su voluntad, y, sobre todo, en su favor.

Y camino de su casa, valoraba cada pequeño detalle de esa historia, ignorando lo que su cochero le iba diciendo:

—Lo siento señora, pero necesito decirle un par de cosas —dijo sonriente el cochero, intentando ayudarla—. Tengo en cuenta que lo hago porque la aprecio de veras y deseo únicamente su bien.

—Ajá —habló para sí misma inmersa en su pensamiento, imaginando como le sentaría el vestido rojo de satén, con una capa también roja.

—Creo que, si usted tiene tanto aprecio a lady Hamilton, debería de contarle la verdad sobre Grace y Jane, tarde o temprano lo descubrirá, y si cree que usted la ha traicionado, es casi seguro que no querrá saber más de usted, se verá sola en el mundo, y usted expuesta a las habladurías de la sociedad, dese cuenta de que todos los ojos están fijos en lo que haga.

—Ajá —dijo ella, con una idea nueva para el vestido rojo.

—Señora, creo que debería pensarlo muy bien, dese cuenta de que lady Hamilton y lord Blackburn están juntos, pueden anunciar su compromiso en cualquier momento y si la sociedad se entera, usted se verá implicada.

—Ajá —siguió diciendo ella sin escuchar nada más que a sí misma.

—Señora, no quiero involucrarme donde no me llaman, pero Jane, su doncella, es la hermana de Grace, se debería saber por lady Hamilton, pues la familia la vendió y ella tiene que saberlo, no puedo ocultar tal cosa, los secretos, no llevan a nada bueno.

—Ajá —dijo ella mientras el coche se detenía.

El cochero detuvo el coche y el lacayo la ayudó a bajar, pero ella seguía en sus pensamientos, de tal manera que no escuchaba una palabra de cuanto le decían, ni al mayordomo, quien molesto, se quejaba de tener que llamar cada por tres al ama de llaves por cosas que no le pertenecían a ninguno de los dos.

—Señor Dalton —dijo lady Hamilton al ver la indiferencia con la cual su amiga trataba a todos—, venga por favor.

—Señora yo... —dijo él intentando explicarse, pero al no conseguirlo, atendió a Heather—. Dígame.

—Grace es mi doncella y ha de realizar mis peticiones, si vuelve a pedirle algo, tiene mi permiso para que le recuerde ese detalle. Y le aconsejo, haga lo mismo con Jane —habló con tranquilidad Heather, cansada del comportamiento de Grace.

—Así haré señora, como usted diga —indicó él dejando escapar un profundo suspiro, antes de retirarse tranquilo, ante la mirada de Regina, quien sonreía con la mente muy lejos de allí, ignorante a lo

que sucedía.

Aunque sí la afectaba, y mucho, pues era un secreto que tenían guardado ambas familias: la compra-venta de algunos criados de gran prestigio, cuando el dinero escaseaba y era necesario el pago de manera rápida. A eso, se le unía el secreto sobre Heather que Grace conocía y había compartido con Jane, aunque nada más lo sabía, a excepción de lady Jefferson, la cual ya había preparado una habitación para acoger a lord Blackburn, si se dignaba a regresar a Londres, aunque muy pocos deseaban ese ingreso.

Aunque Christopher lo deseaba con mucha intensidad, y en el salón, mientras abrazaba a Heather, le contó que deseaba que regresara.

—¿Y en qué nos beneficia? Preguntó ella curiosa sin moverse.

—En muchas cosas —respondió él—. Tú podrás saber quien es tu verdadero padre, y yo sabré el por qué me ha ocurrido esto.

Heather Hamilton se mantuvo en silencio abrazada a Christopher Blackburn sin decirle una palabra, pero tenía mucho miedo de que, aquel hombre de Francia, fuera su padre. De serlo no podrían estar juntos ¿cómo? Siendo familia no estaba bien. Sí, mucha gente ignoraba ese detalle, pero ella no podía. Ella no. ¿Estar junto con su primo? ¿Casada? Imposible.

Pero aun así, mientras lo supieran, deseaba disfrutar de la compañía de él, deseaba seguir a su lado, abrazados, amándose. No comprendía cómo había llegado a ese extremo, pero sí sabía que, de tener que acabar aquello, lo haría dejando un sabor muy dulce en la boca.

Y siguió allí, hasta que escucharon el coche caballo de Regina, que por fin regresaba.

—¿Tanto tiempo necesitáis las mujeres para dar un paseo? —preguntó Blackburn extrañado al ver la hora en la que regresaba.

—Si ha ido de compras, ya te digo... —respondió resignada ella.

—Pues yo adoro los vestidos sencillos —dijo.

—Y yo —sentenció ella levantándose para evitar que Regina los descubriera juntos, pues no deseaba más problemas.

La mañana siguiente se mostró fría. Un ligero viento llevaba hasta la nariz de lord Blackburn ya en el carruaje, un fortísimo olor que no sabía de dónde ni qué era, pero que muy poco le interesaba, pues lo único que en su mente tenía lugar, era lo que en su casa fuera a pasar. Tenía tanto que pensar, tanto por hacer... Acabó por salir a primera hora de la mañana, incluso rechazó el desayuno, aunque sí dio unas instrucciones muy precisas para que una criada las cumpliera en cuanto Heather Hamilton se levantara.

—Muy bien, así lo haré —dijo ella con humildad—. No se preocupe.

Christopher Blackburn sonrió al saber que, realmente, cuando Heather se despertara, alguien podría atender todas sus necesidades, pues no confiaba en Grace, sabía que ella, por muy buena que fuese, tenía otras prioridades.

Pero esa criada no, en cuanto Heather se despertó y tocó la campanilla, ella entró, la ayudó a vestirse, la peinó, le contó el motivo por el cual se ocupaba de ella, le hizo la cama con premura y no dudó en darle la lista que estaba preparada por Blackburn para su distracción.

—Hay algo que no entiendo, ¿cómo voy a comprar ropa? Tengo ropa —dijo confusa.

—Tenéis ropa, pero no es vuestra propia, es de lady Harper —respondió la criada.

—Sí, pero ¿con qué dinero pago? —preguntó ella sin comprender las cosas, pues, aunque suponía que, tal vez, Blackburn se encargaría, no las tenía todas consigo sobre si podría o no, sacarle el dinero a su familia.

—Lord Blackburn ha dado instrucciones muy precisas, y ha dicho que vaya usted en cuanto haya acabado de desayunar. No conozco mucho a lord Blackburn, pero sé que, si dice algo, lo cumple, y creo, usted también sabe muy bien que puede confiar en él —dijo con la almohada entre las manos.

—Sí, es cierto —respondió—. Nunca me ha traicionado, al contrario. ¿quién viene conmigo? —preguntó, pues suponía que ni Grace ni Regina lo harían, estaba segura de que ambas tenían unos planes mucho más interesantes.

—Quien usted desee —respondió la criada.

—Entonces, por favor, ven tú —pidió Heather con una leve sonrisa.

La criada se giró para ver si en realidad Heather le tomaba le pelo, pero en realidad no lo haría, todo lo contrario, hablaba muy en serio y ella no sabía que podía hacer. Pero le estaba agradecida y le hacía ilusión.

—Acepto con agrado —dijo con alegría.

—Pues a desayunar, y nos vamos —dijo Heather—. Por cierto, una pregunta, ¿has desayunado?

—Sí, señorita, desayuné a primera hora —respondió con humildad—. Nosotras desayunamos con el mayordomo al levantarnos.

—Comprendo, pero si deseas tomar algo... Estaré encantada de compartir contigo —invitó con una amplia sonrisa, mientras esperaba con paciencia a que le respondiera, pues la criada observaba pero sin

poder responder—. ¿Te ha comido la lengua un ratón?

—Por favor no digo eso señorita, me dan mucho miedo los ratones —pidió con rapidez, mientras el rostro se le volvía cada vez más pálido.

Heather Hamilton sonrió. Se acercó a la criada y la abrazó para tranquilizarla, pues no era su intención asustarla, era una persona tan grata y tan joven...

—Vamos al comedor —dijo ella esbozando una gran sonrisa mientras la criada le respondía de la misma forma.

—Como usted desee señorita —dijo siguiéndola al exterior.

Aquella criada estaba feliz por primera vez en mucho tiempo. Llevaba dos años trabajando en la casa y era su primera trabajo, aún tenía mucho por aprender.

Y más aún si soñaba con ser, alguna vez, una doncella dedicada únicamente a ayudar a la señora de la casa. Pero ese, era un sueño guardado en secreto, pero contado a Blackburn, el cual no se rió de ella, el contrario, la animó a ello.

—Si yo consigo lo que deseo, tan por seguro que te vendrás conmigo y mi futura esposa. Pero mientras, aprende todo cuanto te sea posible, no sé cuantos criados podremos permitirnos —confesó mirando a la criada que apenas era capaz de llegarle al pecho, su corta edad no le permitía ser tan alta como pudiera llegar a ser.

Pero esa promesa la animó mucho, y más lo hubiera hecho, al ser que la primera parte del plan de Blackburn se cumplía por completo, pues en la tienda, la mujer accedió a venderle todos los vestidos necesarios sin necesidad de pagarle, únicamente quería a cambio que fueran felices, ella aún recordaba cuando le vio en Kensington Garden, de no haberlo recogido Regina Harper, lo hubiera recogido ella sin dudarlos dos veces.

El problema estaba en la segunda parte del plan: sus padres.

Y no estaba equivocado, aunque, por suerte, no estaba solo.

El cochero bajó del carruaje una vez llegaron a la mansión de los Blackburn y abrió la puerta para ayudar a Blackburn a bajar momento que aprovechó para ofrecer sus servicios más allá de ser un simple cochero.

—¿Me permitís que le acompañe? —preguntó él con humildad.

—Por supuesto, se lo agradecería —respondió al tiempo que cerraba la puerta del carruaje.

—Richard. Mi nombre es Richard —respondió al tiempo que cerraba la puerta del carruaje.

—Pues vamos Richard —dijo Blackburn, aliviado por poder estar acompañado en un momento como ese—. Así no estaré solo.

El cochero no dijo nada, pero estuvo a punto de recordarle que no estaba solo, al contrario, él le apoyaba pasara lo que pasara, Heather había encontrado lo que siempre deseó y nunca tuvo, sin olvidar a la propietaria de la tienda, todas las personas merecen una segunda oportunidad, ella no era menos.

Siguió a Blackburn en silencio y llegaron a la puerta, donde llamó lord Blackburn con calma, ocultando como mejor podía sus miedos y nervios, que no le hicieron mucho cuando el mayordomo abrió la puerta.

—¿Qué desea? —preguntó fingiendo que no le conocía.

—Deseo hablar con lord Steven Blackburn y su esposa. A esta hora se que se encuentran aquí —respondió a la pregunta del mayordomo, dejando claro que sabía bien a lo que iba y a quien iba a ver, aunque nadie quisiera saber de él.

—Muy bien, pase y espere, veré si pueden recibirle —dijo con severidad.

Blackburn y el cochero entraron en silencio, mientras el mayordomo les informaba a sus padres sobre el regreso de un hijo al cual, suponían, ya habían podido dejar atrás, pero, sin embargo, estaban

equivocados, pues ahí estaba él y acompañado por un cochero, aunque era un cochero muy específico, era el hermano de uno de los amigos de la realeza, no se le podía desobedecer, por lo que aceptaron verle, aunque no ocultaron su malestar.

—Es muy incómodo, ¿qué podemos hacer? —preguntó ella.

—Nada, recibirle, escucharle y olvidar que ha venido —respondió el marido, mientras se acercaban al pequeño salón, pues no quería recibirle, bajo ningún concepto, en un despacho más adecuado, creyó haber cerrado esa parte de su vida.

Pero, al verle en el salón, de pie apoyado en la ventana, observando el exterior, descubrieron que los crímenes del pasado habían regresado para pedir una explicación.

Y ese pasado, les golpeaba allí mismo.

Ambos, marido y mujer, sabían que aquello iba a pasar, pero creyeron que abandonándole podrían evitar las explicaciones, y aún creían que podrían esquivarla.

—Buenos días... —tartamudeó el padre sin saber muy bien como podía llamarle.

—Mi nombre es Christopher, de manera que podéis llamarme así —dijo él dándose la vuelta para hablarle cara a cara.

—Está bien Christopher, dime ¿qué deseas? —preguntó el padre.

—Deseo diez mil libras, si no queréis que hable a toda la sociedad de lo que hicisteis —dijo con firmeza, mirándoles a la cara. Creyó en un primer momento que no podría, pero las fuerzas que le daban saber que ayudaría a Heather Hamilton, lo impulsaba a seguir.

—Eso es mucho dinero —replicó el padre buscando por donde tentar a Christopher para que se rindiera.

—¿Y cuánto podéis perder si la sociedad se entera de lo que ocultáis? —preguntó con una leve sonrisa de malicia, teniendo en cuenta que las pruebas habían desaparecido, al menos, la mitad de las que apoyaban lo acontecido.

—No tienes pruebas —respondió su padre.

—Eso no lo sabéis. Tengo testigos, tengo pruebas y tengo un secreto que os haría perder esta casa, el negocio, la fortuna e, incluso, el favor de la alta sociedad. ¿No vale eso diez mil libras? —preguntó cruzando los brazos.

Su padre dejó escapar un profundo suspiro y observó a su esposa, la cual permaneció en silencio. Se preguntaba como era posible que aquel hombre quien tanto disfrutó de los bailes, las mujeres y la compañía de chicos, cuya forma de ser había provocado más de un escándalo, hubo cambiado tanto en un espacio de tiempo tan breve. Dos años fueron suficientes para ese cambio, y era que ya la insistencia no bastaba para lograr su silencio, era firme en las decisiones que tomaba.

—De verdad te digo, no escarbes en el pasado —dijo su madre por ayudar al marido, el dinero era demasiado.

—Vosotros me habéis obligado a ello —explicó él con calma—. Vuestro rechazo, vuestra indiferencia, vuestro abandono... ¿Nadie pensó que yo podía ser alérgico a la sustancia utilizada? —preguntó con determinación, dando un golpe con la palma de la mano abierta en la mesa que, junto al sofá mantenía una pequeña lámpara, un libro y un cenicero.

Ambos se observaron con respeto. Él tenía razón, de haber sido alérgico y sucumbido a la muerte, nadie decía que antes de alejar la vida, le contara a alguien lo que sucedió, y entonces, hubieran perdido incluso la libertad.

—Está bien, te daremos cincuenta mil libras, pero no cuentes a nadie nada, a nadie digas lo que ocurrió y no te relaciones con nosotros ni con Henry. No nos conocemos. Usa el apellido pero nada más —dijo el padre—. Por otro lado, a esa joven con la que te besaste...

—Si no pertenezco a la familia, no os debería importar con quien salgo o dejo de salir —dijo, asumiendo que, quizás, fuera lo mejor para él y para Heather, pues podría, de ese modo, darle lo que se merecía—. Ah, acepto ese dinero

—Enseguida vuelvo —dijo con tranquilidad, saliendo del salón en compañía de su esposa, dejando a Christopher con el corazón encogido, y demasiado dolido como para poder hablar y, mucho menos, como para expresar lo que sentía.

—Tranquilo, tengo una idea, acepte el trato, confíe en mí —susurró el cochero a Christopher aprovechando que estaban solos en el salón.

Christopher aceptó en silencio con un leve movimiento de cabeza y esperó a ver que planes tenía el cochero, pues le había intrigado. Sabía que conocía a muchas personas, que sabía de secretos y que la ciudad no poseía un rincón al que él no supiera llegar, pero en algo como lo acontecido ¿ayudarle? Lo veía difícil.

Aun así, aceptó su propuesta. Tomó el dinero una vez lo contó y salió de la casa completamente desorientado, algo de lo que se ocupó el cochero con total normalidad, como si estuviera acostumbrado a ello, aunque no dijo una sola palabra, hasta llevarlo a un parque que, en ese momento, se encontraba casi solitario.

—Descanse un poco y no se preocupe, todo irá bien —dijo el cochero—. Tenga en cuenta que las cosas no son aún claras, pero lo serán. Le invito a castañas ¿quiere? —preguntó con la puerta del carruaje en la mano y observando a Christopher, el cual le sonreía con incredulidad—. ¿Quiere castañas asadas? Yo se las preparo.

—Sí, gracias. Pero me las puedo preparar yo mismo —respondió, en referencia a peladlas. Aunque se manchara las manos, eso no era importante, ¿quién lo iba a saber? Además, las castañas estaban riquísimas.

No tardó mucho el cochero en abandonar el carruaje, acercarse a un vendedor callejero y comprar dos paquetes de castañas asadas que pagó de su propio bolsillo. Cuando regresó al coche, Christopher suspiraba intentando pensar en el siguiente paso, un paso en el que ya contaba con Heather, el tiempo de pensar únicamente en él, había acabado.

—Tome, coja el paquete, enseguida se las pelo —dijo para poder subir.

Christopher no dijo nada, tomó el paquete. Estaba caliente, olía muy bien, le llevaba recuerdos de su abuelo que le comparaba castañas y bajo un árbol se las pelaba y comían alegres. Lo llevaba a los parques, jugaba con él incluso, le llevaba a las jugueterías donde podía escoger un juguete, aunque él nunca cogía nada grande, le gustaban las cosas pequeñas que le permitían jugar con su abuelo. No quería hacerlo con su hermano, pues Henry le quitaba los juguetes y, con las castañas, hacía otro tanto: se las quitaba y, con las manos sucias, se limpiaba en la ropa de Christopher, lo que llevaba a un castigo cada año más severo.

—Parece muy triste ¿qué pasa? —preguntó el cochero.

—Son los recuerdos, nada más. No es importante —respondió el esbozando una leve sonrisa.

—Pues el pasado es pasado, por él nada se puede hacer, pero espero las disfrute —dijo recuperando el paquete—. Vamos a comerlas.

Las comenzó a pelar. A medida que terminaba, se las daba a Christopher, y él se las comía con agrado. Las saboreaba tranquilo, sin prisa. Nadie iba a quitárselas, nadie iba a mancharle, al contrario, podría tardar lo que necesitase. Además, el coche caballo estaba cerrado, nadie iba a ver nada si él no dejaba que así fuera.

—Puede comer también, caliente están más buenas —recomendó mientras su mente estaba en otro lugar, pensaba en Heather, en qué haría, en si estaría en la tienda escogiendo los vestidos y si le gustaba o

no el vestido color celeste con ribetes en las mantas y en el escote, y que se adornaba con un lazo color azul en la cintura que se anudaba en la espalda.

—Aceptaré, ya que me invita —dijo el cochero comiéndose la que en las manos tenía.

Comieron con tranquilidad, hasta acabar con los dos paquetes. El cochero tenía las manos negras, por lo que salió del carruaje, tiró a la papelera que tenía cerca las sobras y se aprovechó del agua de la fuente para lavarse las manos que se secó en un pañuelo y regresó al carro.

—¡Richard! ¡Qué suerte encontrarte! —exclamó con agrado Heather acompañada por la criada y cargadas de paquetes.

—Lady Hamilton, encantado de serle de utilidad, espere un momento, por favor —salió el cochero abriendo la puerta del carruaje—. Lord Blackburn, ¿tiene inconveniente en compartir el coche con lady Hamilton y la criada? —preguntó tranquilamente con una idea por si el lord prefería la soledad, algo que comprendería, y que, desde luego, pensaba explicarle a Heather Hamilton en la menor oportunidad.

—Por supuesto, ningún problema, lamento que no les hayamos dejado castañas —respondió lord Blackburn.

—Bueno, puedo comprarles si a ellas les apetece —indicó el cochero dejando caer la indirecta.

—Yo estaría encantada —dijo lady Hamilton—, ¿te apetece? —preguntó a la criada, quien, a media voz, respondió que nunca las había probado—. Tienes que probarlas, están deliciosas. De verdad.

—Iré a comprar un par de paquetes —informó el cochero, mientras dejaba a las chicas con Blackburn, el cual ardía por saber si todo había ido bien con la propietaria de la tienda.

—Lord Blackburn, os noto triste, ¿qué pasa? —preguntó Heather preocupada—. Si os puedo ser de utilidad...

—Nada lady Hamilton, nada. Decidme ¿habéis ido a la tienda que os dije? —preguntó intentando cambiar de opinión.

—Sí, he conseguido zapatos, botas, chal, sombreros, vestidos, capas... Gracias por todo, pero ¿por qué? —preguntó casi con lágrimas en los ojos.

—Porque sé lo que se siente cuando estás sola y tu familia o te da de lado o se aprovecha de ti. Y porque... Lo sabes, te quiero desde el primer momento que te vi, pero no sé si tú me querrás a mí cuando...

—¿Cuándo qué...? —preguntó Heather aceptando el paquete de castañas que le ofrecía el cochero.

—Cuando...

El regreso a la mansión de los Harper transcurrió con tranquilidad. Christopher le contó por encima a Heather lo ocurrido en la casa de sus padres, pero, al contrario de lo que él pensaba, ella no se mostró triste ni molesta.

—Miradlo de esta forma, ahora sois libre y no tenéis que preocuparos de lo que Anthony o los demás hagan —dijo Heather con la única intención de Blackburn se sintiera más tranquilo y menos abandonado.

—Sí, supongo que sí, pero... —dijo dejando escapar un suspiro.

—Os entiendo muy bien, pero calma, no pasa nada, ellos pierden más que vos —indicó Heather, comprendiendo que para él había terminado una fase y comenzaba otra para la cual no estaba del todo preparado.

Lord Christopher Blackburn esbozó una sonrisa. Comprendía la intención de lady Hamilton y la agradecía, pero sobre todo, agradecía que ella ya no le odiara y poder pagar la deuda. Estaba seguro de que, al menos para la joven, la vida empezaría a sonreír.

—Mañana iré a ver a vuestros padres y pagaré vuestra deuda, hoy necesito descansar —explicó con una amplia sonrisa, deseando saber que había en las cajas y paquetes que ocupaban el asiento y que no conseguía contar, pues siempre había uno más antes no visto.

—Lo comprendo. Y por cierto, muchas gracias, la tienda es preciosa, he podido hacerme con cosas muy especiales, pena que tenga que ir hoy a ese baile, en verdad no me apetece —confesó con un hilo de tristeza en la voz.

—¿Y qué os apetece entonces? —preguntó Blackburn, que esperaba, dijera pasar una noche tranquila.

—Pasar una noche tranquila —respondió sin dudarle, sorprendida por una luz especial reflejada en la mirada de Blackburn—. ¿Pasa algo? —preguntó extrañada.

—No, nada, pero tengo una ligera idea de como podéis pasar esa noche, sin que nadie os moleste, sin necesidad de permanecer en la mansión y con la tranquilidad de poder regresar de permanecer en la mansión y con la tranquilidad de poder regresar a casa sin depender de nadie, ¿os apetece? —preguntó él con calma, apartando un pequeño trozo de piel de castaña asada que había caído sobre el vestido de Heather.

—Por supuesto —respondió con una amplia sonrisa, al tiempo que observaba el gesto de Blackburn—. Gracias.

—No las merece. Como le iba diciendo —dijo él—, conozco el lugar: Vauxhall Pleasure Gardens.

A Heather Hamilton se le ruborizaron las mejillas. Aquel lugar era un hermoso parque que no hacia mucho fue comprado por veinte mil libras tras ser subastado en 9 de septiembre de 1841. Era un lugar espacioso, con senderos flanqueados de árboles, donde se celebraban conciertos y se veían fuegos artificiales, donde, en la noche, los amantes disfrutaban de una calma muy superior a la de otros lugares.

Allí, nadie veía a nadie, nadie conocía a nadie, únicamente había silencio y paz.

—Siempre he querido conocer ese lugar, pero si Regina se lleva el coche... ¿Cómo voy a ir? —preguntó curiosa sin comprender donde quería llegar lord Blackburn.

—Con los caballos —respondió él—. Podemos ir esta noche, eso, si vos queréis, no tengo planes.

—Por supuesto, llevo mucho sin salir a cabalgar —dijo ella—, me encantaría cabalgar con vos. Pero ¿conocéis el camino? —preguntó.

—Mi hermano me obligaba a ir a menudo para encargarme de que ni a él ni a su pareja le molestara o descubriera alguien. Normalmente nadie molesta a nadie allí, pero su miedo era que alguna de las otras chicas que había llevado le reconociera, y, entonces, su reputación... —habló, intentando no reír, pues a él no le hacía ninguna gracia ser el guardaespaldas de un hombre que le utilizaba como le daba la gana, aunque, en realidad y mirándolo desde otro punto de vista, era algo bastante gracioso.

De hecho, la criada echó a reír antes de que Blackburn acabase su explicación, y con ella también lo hizo Heather. No podía evitar imaginarse la situación, era de lo más cómica.

—Entonces, yo encantada —respondió con un movimiento de cabeza, mientras sonreía—. Lo siento, pero no es fácil dejar de reír.

—En verdad lady Hamilton, prefiero veros reír, es muy agradable escuchar una risa sincera. Podéis reír cuanto os apetezca, y tú también pequeña —dijo en referencia a la criada, quien reía y tosía al mismo tiempo, pues aún no había terminado de comerse todas las castañas—. Pero cuidado con comer y reír a la vez, me parece que no es una buena combinación.

—Estoy de acuerdo —dijo Heather tapándose la boca con la mano, cuyos guantes blancos de satén no se habían manchado, pues había sido Christopher quien se encargó del aperitivo que tanto les gustó a ambos—. Oh, lord Blackburn, os habéis manchado muchísimo.

—No importa lady Hamilton, os gusta, y a la pequeña también, eso es lo importante. Y ya llegamos, me lavaré ahora —indicó con una sonrisa.

—Lord Blackburn ¿quién es ese hombre? —preguntó Heather extrañada.

—Es mi tío de Francia, y puede, que sea vuestro padre —respondió lord Blackburn con seriedad.

A Heather Hamilton el mundo se le cayó encima. ¿Su padre? No importaba demasiado, pero... le empezaba a coger cariño a Christopher... Empezaba a amarle, le gustaba estar con él, le gustaba abrazarlo, besarle, se sentía a salvo y libre en su compañía. ¿Por qué no podía estar así toda la vida? Había tocado el cielo y caía hasta el abismo, no podía creerlo.

—¿Qué sucede Heather? —preguntó lord Blackburn.

—Nada, es... ¿qué digo? —preguntó en un susurro.

—Responde a las preguntas que te formule y estate tranquila, no es una mala persona —respondió con una gran sonrisa, al tiempo que el lacayo abría la puerta para poder ayudar a las mujeres.

Las dos bajaron del carruaje, dejando que Christopher bajase el último, lo que provocó una amplia sonrisa a su tío, que no el veía desde hacía muchos años.

—Christopher, estás impresionante —dijo su tío, al cual él pidió con un sencillo gesto que se esperase—. ¿Qué sucede?

—Nos ha pelado varias castañas asadas y tiene las manos manchadas —respondió la criada, provocando una carcajada a los presentes.

—Típico de mi pequeño —dijo el tío entre risas—, siempre está ayudando, lo hace siempre, desde pequeño. Eso pone furioso a mi hermano y no digo a mi cuñada. Pero no tiene maldad, lo conozco bien —informó mientras regresaba y el cochero le entregaba una caja a Christopher.

—Muchas gracias por su ayuda —dijo con la caja en las manos.

—No es algo que a mí me competa, pero para cualquier cosa, aquí estoy. Y lo que dije antes, lo

dije en serio —indicó el cochero bajando—. Existe una casa, no muy grande, pero sí amplia, de mi familia. Yo no puedo mantenerla, ni quiero que cualquiera viva en ella, pero si me promete cuidarla, se la cedo encantado —contó en un susurro, para que nadie más le oyera.

—Me gusta la idea, la estudiaré —dijo él con alegría.

Christopher, con una sonrisa y la caja en las manos, se acercó a su tío. Le había sorprendido, no sabía que las cartas fueran tan rápidas, creía que iban a una velocidad menor, pero se alegró al saber que no era así. De cualquier manera, lo importante era que estaba allí.

—Me alegra verte. ¿Cómo te va? —preguntó con una sonrisa.

—Entremos y hablamos con tranquilidad —respondió su tío.

Ambos entraron en la casa, mientras Heather, la criada y Regina sacaban del carruaje toda la compra.

—¿Has comprado toda la tienda? —preguntó Regina intrigada al ver la cantidad de paquetes existentes en el carruaje.

—No, pero he comprado de todo. Esta tarde vendrán a traerme los vestidos —respondió ruborizada.

—Me gusta verte feliz, lamento mostrarme tan arisca, pero... —dijo Regina terminando por sucumbir al silencio, pues ya no sabía que decir, no tenía ninguna excusa.

—Regina, tranquila. Sé que los secretos que oculta la familia Blackburn son muchos, y mis padres también lo hacen. Tú quieres ayudarme, no puedo enfadarme por eso —dijo ella tranquila, pues tenía claro que los remordimientos no llevaban a nadie y estar pensando constantemente en lo que hacía y el por qué, no ayudaba—. El pasado es el pasado.

Regina sonrió con una sombrerera en la mano, aunque no tardaron en llegar las demás para poder cargar los paquetes y subirlos a la habitación, mientras los Blackburn conversaban en la biblioteca.

—Me alegra saber que la carta ha llegado —dijo Christopher, mientras observaba a su tío servirse una copa de brandy.

—¿La carta? ¿Qué carta? —preguntó Anthony invitando a una copa a su sobrino, aunque éste la rechazó cortésmente—. No sé de que hablas, llevo casi dos meses sin noticias.

Christopher sintió un estremecimiento al oír aquellas palabras. ¿No le había llegado? ¿Qué hacía allí? ¿Qué pasaba? ¿Acaso adivinó que era el momento de mostrar ya lo que ocultaba? Suspiró, se sentó en un sillón y esperó pacientemente a lo que su tío tenía que decirle, aunque no le quedaba muy claro quien tenía que hablarle a quién.

—Christopher, ¿qué carta? —preguntó de nuevo el tío, sentándose en el sofá junto a su sobrino, el cual, con la pierna derecha sobre la izquierda, tenía los codos sobre los reposabrazos y las manos cruzadas delante del rostro.

—Pedí a lady Jefferson que te escribiera una carta, necesitaba que vinieras y poder ayudar a Heather Hamilton, ahora sé que esa ayuda pide más de lo que yo puedo hacer, pues además de pagar la deuda... —dijo girando la cabeza hacia su tío sin mover nada más de su cuerpo—. Tío, ¿qué ocultan los Hamilton?

—¿Los Hamilton? —preguntó su tío extrañado, aunque al ver que el sobrino asentía, cayó en la cuenta de que el tiempo de los secretos habían acabado—. Estuvo casado con ella un año. Me divorcié y le devolví todo el patrimonio que era suyo. Desconozco que ha pasado para que tenga deudas, pero no debería. ¿Sabes a cuánto asciende?

—A cinco mil libras, según me dijo Heather. Incluso pensaban en subastarla, yo tengo el dinero pero desconozco que haré. Mejor, que pedirán. La sociedad únicamente pide y exige, y en cuestión de hijas... Si éstas no consiguen ser despiadadas, poco podrán conseguir —dijo Christopher con la mirada

perdida—. Por suerte, Heather ha sabido rechazar todos los intentos de matrimonio pero...

—Comprendo. La paciencia llega a un límite. Tu la ama ¿verdad? —preguntó el tío con una media sonrisa, a la cual Christopher desconocía que debía decir. Mentir no iba con él y tampoco sabía hacerlo, pero no podía dejar de pensar en ciertas cosillas: podía ser su prima, podía no tocarle nada, podía ser tantas cosas, que estaba abrumado—. No soy quién para juzgar, di sí o no. Es fácil.

—Sí —dijo a media voz Christopher con la ligera sensación de estar haciendo algo muy malo.

—Lo sabía por la forma de hablarme de ella, te brilla la mirada, y por lo que haces por ella —explicó el tío. Se puso en pie, dejó la copa vacía en la pequeña mesita y dirigió sus pasos a un pequeño maletín—, sé que tus padres te han expulsado de la familia, pero tú, te preocupas por ella en lugar de por tu futuro.

—Mi futuro está con ella —respondió Christopher con seguridad, poniéndose en pie.

—Ella es mi hija. Digan los Hamilton lo que digan, es mi hija —confesó el tío sin mirar a Christopher.

Christopher comprendió entonces que había perdido la oportunidad. Heather no querría casarse con él, ella no querría volver a saber nada de un hombre a quien había besado en repetidas ocasiones, que la había invitado a más de una salida, que le compró todo tipo de ropa, que la hizo sentir segura, que la besó, siendo su primo.

Mil ideas confusas en el tiempo y el espacio, pasaron por la mente de Christopher Blackburn, quien, sin decir nada, abrió la caja que junto a él tenía, sacó las cinco mil libras y salió de la biblioteca con lágrimas en los ojos y el corazón a punto a estallar en el pecho.

Sus pasos le llevaron a la habitación, donde trasladó el dinero de la caja a un maletín y salió de allí dirigiéndose a las cuadras, donde ensilló un caballo él mismo. Subió y galopó sin dar ningún tipo de explicación a nadie. Ni al cochero, quien le preguntó varias veces qué ocurría.

Acabó por suponer que se trataba de cualquier asunto urgente del cual se quería hacer cargo él personalmente, por lo que no le dio mayor importancia ni prestó atención hacia que lado había tomado camino con el caballo, el cual le pertenecía al cochero, pero quien no tenía interés en causarle problemas a Blackburn, al contrario, únicamente deseaba ayudar, por ello decidió guardar silencio, pero cuando supo que empezaban a buscarle, comenzó a pensar que, tal vez, el silencio no fuera tan bueno como le parecía, pero se mantuvo callado, no conocía a quien le buscaba.

Pues quien lo hacía era Anthony Blackburn.

El tío, en cuanto vio que su sobrino no le decía nada, se giró y allí, en la mesa, el dinero permanecía en solitario. Lo tomó y contó: cinco mil libras, el dinero para la libertad de Heather.

Se guardó el dinero y comenzó a buscarle con curiosidad. No había terminado de hablar, pero él se fue. Desapareció en la nada, y nadie le había visto.

Incluso preguntó a Heather Hamilton, pues al pasar por la habitación de ella, la puerta estaba abierta. Llamó con suavidad.

—Perdonadme lady Hamilton —dijo con cierto miedo—. ¿Habéis visto a mi sobrino? —preguntó temiendo la respuesta.

—No lord Blackburn, desde que él entró con vos, no le he vuelto a ver —respondió—. ¿Qué sucede?

—No le encuentro, estábamos hablando y desapareció —respondió—. Antes de que se me olvide, tomad, esto es para vos —dijo, sacando el dinero y ofreciéndoselo—. Podéis pagar la deuda de vuestros padres.

Entregó el dinero y salió sin más, apoyándose en la pared. Luchaba contra sí mismo para no acudir a ella, abrazarla, besarla y decirle lo que durante 18 años no pudo decirle: hija mía.

Le dolía todo: los brazos, de no abrazarla; los ojos, de no verla; los oídos, de no escucharla; la boca, de no besarla; el corazón, de no tenerla. Era su hija, renunció a ella creyendo que era lo mejor y, no solo su familia se dedicó a gestionar mal lo que le pertenecía, también la utilizaba para ganar dinero ¡cuánto tuvo que sufrir!

Se dirigió a la habitación que lady Harper tuvo a bien dejarle por una única noche, y lloró todo cuanto necesitó, no porque le diera vergüenza que le vieran llorar, lo hizo así, porque desconocía que decir si alguien se interesaba por lo que le tenía tan triste. ¿Confesaba la verdad? ¿Decía qué era su sobrino?

Supuso que Christopher ya aparecería, pero en la noche no apareció para cenar, y se preocupó. Mas, cuando preguntó y nadie le había visto, su preocupación fue en aumento.

—No se preocupe, muchas noches no cena —explicó Jane, quien al estar Regina en el baile respondió sin que se le hablara de forma directa.

—Ya, pero hay algo que no comprendo: estábamos hablando y... —calló de repente con una amarga sensación. Desapareció en cuanto él dijo que... —Creo que ya sé lo ocurrido, pero ¿dónde puede estar?

—No le conozco mucho, aunque esta noche, dijo, me llevaría a Vauxhall Pleasure Gardens. Supongo que lo ha olvidado —dijo Heather—, aunque me hubiera gustado conocer ese sitio, me preocupa, no creía que él fuera de ese tipo de personas.

—Creerme, lady Hamilton, él no suele hacer esas cosas. Lo conozco desde que nació y nunca ha hecho esto. Si ahora lo ha hecho, ha sido por mi culpa —explicó él con amargura—. No supe decir las cosas, me olvidé de que es muy sensible.

Heather dejó escapar un profundo suspiro y siguió cenando sin silencio, sin casi levantar la vista del plato. Su pensamiento estaba fijo en Christopher Blackburn. Sabía que su familia no iba a acogerle, sabía que estaba solo, sabía que la vida no iba a regalarle nada y mucho menos, detener el caballo desbocado en el cual se había convertido su vida. La soledad no podía ser comprendida por alguien que no la vivía.

—Mañana saldré a buscarle en caso de que no regrese. ¿Quién me acompaña? —preguntó tras cenar antes de retirarse.

—Heather, aunque tu gesto es muy hermoso, no es de buen ver que una mujer salga a buscar a un hombre —sentenció Grace con austeridad.

—Yo iré —dijo la criada que la hubo acompañado a la tienda esa misma mañana. Hablaré con el cochero cuando regrese, estoy segura de que nos ayudará.

—Muy bien, gracias —respondió Heather levantándose de la mesa.

—Cuenta conmigo lady Hamilton —informó el tío con tristeza—, es mi sobrino y mi responsabilidad.

—Gracias lord Blackburn —dijo Heather instantes antes de salir del comedor—. Pero con vos, ya contaba.

A la mañana siguiente, Heather, quien ya había recibido los vestidos, se puso el vestido de satén color celeste claro que se compró en la tienda, y que era acompañado por una capa corta cerrada en el cuello por un lazo. Suponía, podría gustarle a Christopher cuando le encontrara, salió sin casi desayunar para buscar a Blackburn.

En el carruaje, ya la esperaban el tío, la criada y el cochero, quien se recriminaba a sí mismo el no haber tenido al precaución de fijarse hacia que dirección se iba él.

—Estese tranquila, le encontraremos —dijo el tío cuando ella subía al carruaje.

—Eso espero, porque estoy segura de que algo muy grave a tenido que suceder para marcharse sin decir nada —dijo Heather sentado antes de dejar escapar un profundo suspiro. No le interesaba nada más que encontrarle. Necesitaba hacerlo, se lo debía.

Anthony Blackburn no dijo nada. Desconocía como podía explicar tal cosa, posiblemente ella no lo entendería, o podía que sí, no lo tenía muy claro. Incluso podía que... si pedía una prueba no le sería posible darla, pues la única persona que podía hacerlo, era su madre, no le cabía la menor duda de que nunca lo haría, fue ella quien exigió el divorcio, fue ella la persona que le apartó.

Por otro lado, no era capaz de ocultar su preocupación, lady Harper le relató cuándo lo encontró, dónde y cómo, de manera que supuso, no estaría allí, en la mansión Blackburn, no. Quizás hubiese viajado a otro lugar, quizás el hogar de algún amigo, conocido u otra persona, pero no se le ocurría.

Quiso preguntar a Heather, mas su miedo y el deseo de poder tratarla como la persona que era, le hacia muy difícil el preguntar. Además, a medida que el carruaje iba por las distintas calles, plazas, callejas y paseo veía como Heather sacaba la cabeza e iba buscándole con interés. Podía ser cierto que sí, que no fuera muy lícito el hecho de que una mujer buscara a un hombre, pero no era eso lo que estaba pasando, en absoluto, lo que pasaba era que una mujer buscaba a un primo desaparecido.

O mejor dicho, a un medio primo, porque su padre no era un Blackburn y su madre no era una Blackburn...

—¡Pare! —gritó Heather sacándolo de sus pensamientos— ¡Pare aquí!

El cochero no dijo nada, detuvo el carro y se giró por si la joven necesitaba ayuda o deseaba algo específico.

—Cochero, ¿cree que Christopher ha podido venir por aquí?—preguntó Heather sacando la cabeza y mirando hacia el cochero.

—No sabría decirle lady Hamilton, lo lamento, pero lo comprobaré —dijo, y, sin tardanza, bajó del coche dejando las riendas enganchadas en el asiento—. Perdone —pidió a un hombre bien trajeado— ¿podría decirme si lord Christopher Blackburn ha entrado en el club?

—Lo lamento, acabo de llegar y aún no he entrado. Si lo desea, puedo quedarme junto al coche y usted entra, yo espero a mi socio —respondió el hombre a quien el cochero no conocía y Heather

tampoco.

—Muchas gracias —dijo el cochero entregando las riendas.

Tras aquellas palabras, entró en el club, donde buscó durante un largo rato a Christopher sin ningún éxito, aunque preguntó a muchos presentes, todos los cuales respondieron, e incluso, dos se ofrecieron a informar si le veían.

—Muchas gracias —dijo con amabilidad y salió del club.

—Espere, puede ir al Travellers Club, en Pall Mall, tal vez esté allí. Por intentarlo... —sugirió uno de los presentes—. Sé que a lord Blackburn le apasiona la lectura, y allí, la biblioteca es muy amplia.

El cochero sonrió y regresó al coche, donde quien dejó con las riendas le esperaba pacientemente, pese a que el socio ya había llegado.

—¿Le ha encontrado? —preguntó el hombre.

—No —respondió recuperando las riendas—, pero me han indicado donde puede estar, iré a ver si tengo suerte. Gracias por su ayuda.

—No hay de qué, suerte —dijo el hombre mientras veía como el coche comenzaba a dirigirse hacia Pall Mall.

El camino a Pall Mall estuvo repleto de dudas e inseguridades para Heather. Desconocía que había pasado. Quería preguntar a Anthony que le había dicho a Christopher, pero le veía con tanta preocupación que prefería no preguntar para no tener necesidad alguna de lamentar nada.

—Lady Hamilton, tranquilizaos, todo irá bien —dijo la criada mientras Heather la observaba—. Las cosas las vemos de un modo pero no es así. Nada es tan malo como nosotros lo creemos. Él estará bien.

—Gracias, agradezco el apoyo —dijo Heather con una sonrisa triste volviendo a observar la calle—. Lord Blackburn solía decirme algo similar.

—Pues aplicaoslo lady Hamilton, os aseguro que funciona —dijo la criada—. ¿Os puedo preguntar algo?

—Claro, no pidas permiso, pregunta —respondió como si en lugar de a una criada, estuviera hablando con alguien de su misma clase social.

—¿Por qué no ha venido Grace? —preguntó intrigada.

—Ella se ha quedado con Jane. La echaba de menos, demasiado tiempo sin verla. Además, son familia y necesitan ponerse al día —explicó con calma sin fijar la mirada en la criada.

—¿Grace y Jane son hermanas? —preguntó la criada— No lo sabía.

—No he dicho que sean hermanas —respondió Heather mirándola.

—Lo siento yo... —dijo la criada al tiempo que se avergonzaba de haber hablado.

—Pequeña, si sabes algo, dilo —invitó lord Blackburn—. Te aseguro que los secretos son los que han llevado a esta situación. Si alguien no quiere que hables, tranquila, no te quedarás en la calle.

La criada no sabía que decir. Estaba nerviosa y muy preocupada por todo lo acontecido, así como temerosa de que no se creyeran sus palabras, al fin y al cabo, era una criada de 14 años.

—Está bien, no pasa nada, lo diré —dijo resignada, suponiendo que tras la confesión, se quedaría sin trabajo—. Cuando yo llegué a la mansión de los Harper, también lo hizo Jane. La habían subastado y durante un tiempo fue la amante de lord Harper, pero con la boda del hijo y de Regina, se vio obligada a cambiar eso por una criada, aunque se convirtió más en la amiga de Regina Harper que en otra cosa.

Heather comenzó a darle vueltas a la cabeza. Los puntos comenzaban a tener sentido, aunque no podía creelo. Hasta ese momento, había un motivo para lo que pasaba, pero no conseguía centrarse, tenía miedo y, lo que era peor, no veía a Christopher, y no podía evitar tener miedo, ¿y si no había ido a ningún lugar en concreto?

—Tal vez debí de haberlo dicho antes, mi sobrino me dejó el dinero para pagar la deuda de vuestro padre, si vos queréis, podemos pasarnos y pagarla —dijo Anthony Blackburn intentando cambiar de conversación, pues veía que el ambiente era bastante tenso.

—Lo lamento lord Blackburn, pero en este momento, lo único que necesito es encontrar a Christopher. Tal vez para el resto de personas de este mundo él no sea nadie, pero para mí sí es alguien, un hombre muy importante que me ha ayudado mucho en esta vida, demasiado quizás. Ha llegado incluso a arriesgar su salud por mí. ¿Cómo voy a poner por delante de él los caprichos de un hombre incapaz de amar y respetar la vida humana?

El silencio se adueñó del carruaje, mientras Heather rezaba por encontrar a su amado. Le sentía cerca, era aquel de espaldas, era aquel en el carro, era... Le veía en todas partes pero nadie era. El tiempo iba transcurriendo, no sentía ni el hambre, ni la sed ni el cansancio. Nada, no sentía nada, únicamente la necesidad de encontrarle, de tenerle delante, de besarle, abra... Frías gotas de lluvia cayeron sobre su frente alarmándola. ¿Dónde iba a refugiarse? ¿Qué sería de él? ¿Dónde iría?

Mas de pronto, iba sonrisa se dibujó en su rostro y la paz comenzó a hacerse un hueco en el corazón, así como la luz regresó a su mirada. Sí, le encontrarían, no pasaría nada, le encontrarían bien, pues él siempre decía que no se pusiera en lo peor, porque lo peor de lo peor nunca tenía lugar. Eso nunca pasaba, nunca.

Y lo peor que podía pasar era que llegase al puerto, tomase un barco y se hiciese a la mar para no regresar nunca más. Eso no iba a pasar, le encontraría y todo iría bien.

—¿Sonreís? —preguntó lord Blackburn.

—Sé dónde está, sé dónde está Christopher —dijo emocionada—. ¡Cochero! Diríjase a Silverley. Christopher está allí. Estoy segura.

El cochero no se negó. Giró a la derecha y comenzó a dirigirse hasta Silverley, con la esperanza de que la joven no se equivocase. Los caballos estaban cansados y ya no podían ir tan rápidos, aunque él, al ver los esfuerzos que estaban realizando sus pasajeros, atizó un poco más a los animales para que hicieran un pequeño esfuerzo más, luego ya podrían descansar, tendrían comida y agua en abundancia, pero no les quedaba más remedio que resistir un poco.

—Lady Hamilton ¿cómo lo sabéis? —preguntó la criada.

—Lo sé porque Silverley es un lugar que nos cambió a los dos, que nos hizo comprender el bien y el mal, que nos enseñó que era conseguir nuestros sueños, y que significó el comienzo de algo que me niego a dar por terminado aunque la vida se oponga a nosotros —sentenció Heather observando la calle y el cauce del río Támesis.

—Yo la apoyo lady Hamilton, seguro que está allí, ya verá como sí, y verá como conseguimos que esto sea un mal recuerdo —dijo la criada, intentando que la alegría y confianza de Heather no se evaporara como lo hacían las nubes de lluvia que parecían haberse arrepentido de poner en riesgo la seguridad de Christopher.

—Gracias —dijo con una sonrisa Heather—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Elena, lady Hamilton —respondió ella sonriente.

Heather dejó escapar un suspiro de alivio por dos motivos, pero los dos se los guardó para sí, mientras sonreía viendo como poco a poco se iban acercando a los límites de la ciudad, con lo que, antes del anochecer estarían en Silverley y allí podrían comenzar de nuevo.

De hecho, incluso el día les acompañaba, pues el sol lucía con fuerza, el viento llevaba suaves, aunque lejanos, aromas a las florecillas que veían por el camino, y que ellas, les recordaban al rato que permanecieron en el laberinto de Silverley, cuando en el centro, descubrió el jardín más hermoso que en su vida había conocido. Un jardín donde la primera conversación sería con Christopher Blackburn,

cuando descubrió que no todos los hombres buscaban dinero o sexo, algunos creían en el amor a primera vista, y se lo demostró en varias ocasiones, pero no le había tratado ella como se merecía.

Y eso le dolía mucho. Demasiado.

También le dolían los engaños que, por parte de sus padres y de Grace, había padecido. Ya comprendía muchas cosas, pero no comprendía el por qué nadie le decía la verdad, era como si todos se esforzaran en que no llegara a la raíz, y esa raíz era muy interesante.

Aunque sí, aquella joven, Elena, sí le había dicho la verdad. Podía sentirlo. Le hablaba mirándola a los ojos. Con calma, con buena pronunciación, y un ápice de tristeza en la voz.

—No me habéis dicho, ahora que lo recuerdo, que le dijisteis a Christopher para que desapareciera de ese modo, me gustaría saberlo —pidió ella con curiosidad.

—Dudo que éste sea el momento más adecuado para ello lady Hamilton —replicó Anthony temeroso de la reacción de la joven, pues no le quedaba la menor duda de que iba a recriminarle muchas cosas, entre ellas, la desaparición de Christopher y su abandono, pero las cosas no eran como ella creía, aún quedaba mucho por delante—. Las cosas poco a poco.

—Comprendo, pero necesito saber, al menos, que le dijisteis. Por favor. De nada me sirve encontrarle si desconozco que me voy a encontrar —dijo con seguridad mientras se desprendía de los guantes para poder disponer de mayor libertad en las manos.

—La respuesta a vuestra pregunta va a despertar más dudas, centraos en una cosa cada vez —respondió él, intentando que ella cambiara de conversación, ya casi no tenía excusas para ella.

—Pues deme una respuesta, y en su momento, me da otra —insistió ella con un poco más de firmeza—. No sigo poniendo trabas.

—Pero señorita... —dijo él con insistencia.

—Nada de señorita —replicó ella—. Soy lady Hamilton.

—Ese es el problema —susurró él.

—¿Mi apellido es un problema? —preguntó ella demostrando un gran oído y mayor avidez.

—Está bien jovencita, pero yo no soy culpable de nada. Vos insistís, yo no —dijo con sequedad. Aquel no era ni el momento ni el lugar para hablar sobre ello, pero aun así, accedió—. Lo que yo le dije a Christopher, fue la verdad sobre mí y sobre vos: sois mi hija.

Heather Hamilton suspiró profundamente. No era la respuesta que esperaba pero tampoco era la peor que podía esperar, como decía siempre Christopher, lo peor de lo peor, nunca pasaba, y el hecho de que su padre fuera aquel, no hacía ora cosa que cerrar un círculo.

—Tranquilo, ya me temía algo así —respondió con calma—. Me alegra saber quien es mi padre, aunque tengo una pregunta ¿por qué desapareció? —preguntó con interés.

—A eso me refería —respondió el—. Pero si he venido, ha sido porque creía que Christopher podría tener problemas, desconocía que iba a causarle más dolor.

—Más dolor y más problemas —sentenció ella—. Él ya tenía los suyos, ahora, carga con los míos y con los vuestros. Por mucho que vos seáis mi padre, ahora mismo, me preocupación es Christopher.

Las palabras de Heather fueron una mezcla de inconfundible dolor para Anthony, quien no sabía si reprochar aquellas hirientes frases a su hija, o en su lugar, agradecer el poder estar en compañía de alguien cuyo corazón era tan puro, tan amable y tan humilde al mismo tiempo. Apartó la vista de ella y la fijó en el horizonte, con la esperanza de ver a su sobrino acercarse feliz, como si nada pasase.

Pero esa visión, ese deseo no se hacía realidad pese a la fuerza de su petición. No se hacía realidad, pero sí se hizo la casa de Silverley. Poco a poco, en silencio, como jugando con el horizonte, el tejado de la casa aparecía, desaparecía, volvía a aparecer y volvía a desaparecer, era un niño pequeño jugando al escondite, y él no sabía si quería llegar, o, en cambio, quería desaparecer de allí, huir. Francia

le esperaba y él la amaba. Aquello no habría sido una buena idea. Remover el pasado nunca era buena idea.

—Ya llegamos, espero no equivocarme —dijo casi en un susurro Heather—. Los caballos han descansado un poco, pero estarán agotados y mi corazón también necesita paz.

Nadie le dijo nada. A la verdad no merecía la pena recriminar nada, pues tenía todas las de ganar, y ellos, todas las de perder.

—Está aquí, puedo sentirlo. Puedo... —dijo en cuanto el carro se detuvo y entonces, ella, abrió la puerta sacando el brazo y girando el pomo son seguridad. Sin esperar nada y a nadie, bajó y corrió hacia el laberinto mientras gritaba— ¡Christopher! ¡Christopher!

No le importaba ni el qué dirían, ni las voces que a su espalda que daban ni nada, lo único que le importaba era verle de nuevo. Quería verle de nuevo y el hecho de que fueran familia no era importante para ella, pues le importaba volver a tenerle entre sus brazos y besarle, volver a sentirlo, volver a sentirse ella misma segura.

Corría con las manos sujetándose el vestido, hasta que allí, en la entrada del laberinto, se asomó un hombre con botas oscuras, pantalones azules, camisa blanca, tristeza en el rostro y en la mirada, con el cabello café oscuro. Sus manos permanecían en los bolsillos del pantalón. Era Christopher.

Heather soltó el vestido. Sonrió feliz y se limpió las lágrimas con la ayuda de una de sus manos. No resistió la emoción, se lanzó a correr con los brazos abiertos hacia él, hasta que Christopher, la recogió entre su brazos con lágrimas en los ojos y sonrisa en el corazón.

Permanecieron unos instantes abrazados, sintiéndose uno junto al otro, sin comprender ni querer saber, lo único que tenían en mente era a la persona que entre sus brazos lloraba de emoción, alivio y amor. Ambos corazones latían en sincronía, y ambos sabían que eran correspondidos no por la ayuda ni por los favores, simplemente eran correspondidos porque sí, porque el amor de uno sembró semillas en el otro y habían germinado, de una manera maravillosa, devolviendo el mismo amor que recibía, como devolvió en sonrisa el beso que Christopher dio a Heather tras tomar el rostro caliente entre sus manos frías. Heather, al recibirlo, no pudo sino sonreír, y lo hizo desde el corazón, igual que, tras aquel beso, con el rostro aún en sus manos, Christopher acercó sus labios a los de Heather, y ambos se fundieron en un apasionado beso que echó por tierra todos los convencionalismos, muros e impedimentos. Solo importaban ellos dos, nada más.

—Te amo —susurró mientras la besaba.

—Pues quédate conmigo —pidió ella entre los besos—para siempre.

—Para siempre —respondió él apretándola contra su cuerpo, queriendo impedir que se alejara—.

Para siempre.

De aquel beso, fueron testigos el laberinto y el atardecer.

Tras aquel apasionado encuentro, Christopher tomó la mano desnuda de su amada y la llevó dentro del laberinto, al mismo rincón donde días atrás ella se refugió de la lluvia y él quedó calado hasta los huesos, pero en esa ocasión, cambió la circunstancia, ambos permanecieron sentados en el banco, en silencio.

Heather suspiró. Dejó reposar su cabeza sobre el hombro de Christopher y colocó su mano derecha sobre las de él, frías como el hielo.

—No tenéis idea de cuánto os he buscado, lo mucho que temí por vos y lo que pasaba por mi cabeza. Os lo pudo por favor, no volváis a desaparecer, ¿podréis prometérmelo? —preguntó con voz baja y llena de amor y paz.

—Por supuesto que sí, pero ¿sabéis la verdad de vuestro nacimiento? —preguntó con curiosidad dispuesto a mucho más que amarla.

—Sí, y no me importa, deseo estar con vos —respondió rápidamente sin pensar.

—En ese caso, no tengo motivos para esconder mis sentimientos —dijo más para sí, que para ella.

—No por favor, no lo hagáis. Os lo ruego. No ocultéis nada, todo lo que se oculta acaba por hacer daño —dijo—. Y os aseguro que a mí no me interesa que entre los dos existan secretos, ya hay suficientes entre nuestras familias.

Christopher Blackburn permaneció sonriente, aunque dejó reposar su cabeza en la de Heather, mientras la noche caía inexorable, regalando una oscuridad que a ambos les era grata, pues sería su despedida de la noche, de esconderse y de temer a la sociedad y al mundo entero. Sabían que juntos podían con todo.

—Somos familia ¿eso es un problema? —preguntó ella curiosa, a la espera de saber que opinaba realmente él.

—Bueno, la reina Victoria y el príncipe Alberto también, y además, primos —respondió él esbozando una sonrisa que ella no pudo ver, aunque sí la presentía, pues era consciente de los sentimientos tan puro que él le tenía—. Lamento todos los problemas Heather, desde el principio, lo único que he deseado ha sido ayudaros, pues sabía que lo estabais pasando muy mal, pero no encontraba palabras para hablar con vos, me alegra que eso permanezca en el pasado.

—Sí, lo hago, pero dejemos de hablar de ese modo, yo os amo —dijo con una sonrisa—. Quiero estar con vos toda la vida.

Juntos, permanecieron en aquel lugar hasta que el frío les hizo buscar una fuente de calor, cosa encontrada en el interior de la casa, frente a la chimenea, sentados en el sofá. Como nadie había encendido el fuego, Christopher estuvo encantado de hacerlo, mientras Heather, buscaba en la estantería un libro con el cual distraerse durante un rato antes de irse a la cama.

Quedaron en el sofá, abrazados, leyendo una historia escrita por una mujer: Frankenstein. Fuera de

la sala, observando a través de la puerta entreabierta, el tío Anthony sonreía viendo esa estampa.

Sí, su hija necesitaba ayuda, pero ya la había obtenido: el amor.

La fuerza más poderosa de todas, la verdadera fuerza universal la tenía a su lado. Él no era nadie para impedirlo, pero sí lo era para reclamar lo que el pertenecía: dinero, posesiones, título... Tenía que enfrentarse a su hermano y a la sociedad, pero lo haría con el menor daño posible hacia su hija y Christopher.

Se marchó hacia su habitación, donde le esperaba lady Jefferson, envuelta en una gruesa bata que ocultaba un camisón guardado hacia ya muchos años, pero rescatado del fondo del armario con sumo agrado.

—Vaya, no te esperaba —dijo a lady Jefferson con curiosidad—, deseas que hablemos, quieres que hagamos el amor...

—Hablemos —dijo cerrando la puerta tras de sí—. Hablemos de todo cuanto pasa y afecta a mi hija y a Christopher. Sé que se ama, sé también que Grace le ha fallado desde que puso los ojos en Christopher, y el secreto de Grace y de Jane mi hija ya lo sabe, la chiquilla que ha venido con nosotros se lo ha dicho. Dime ¿él sabe algo?

—No —respondió ella sentándose en la cama—. Él no sabe nada, de haberlo sabido este hubiera sido el último lugar al cual hubiera venido. Habrás cerrado con llave la puerta de tu despacho ¿verdad?

—Claro, pero dirás, del despacho que fue de mi difunto marido —respondió con una risa nerviosa.

—Venga, tú y yo, sabemos muy bien quien llevaba en realidad el negocio, él daba la cara y firmaba, pero eras tú quien lo llevaba adelante —dijo Anthony con picardía—. Que él sepa que tú eres su madre es algo, por ahora, indiferente. Lo principal, es que Grace y Jane no hablen. ¿Alguna idea?

—Yo no sé como evitarlo, aunque por mí él no lo sabrá nunca, no tengo madera de madre, mis hijas no me dolieron, él sí. Por eso te lo dejé a ti —habló sin mostrar ninguna emoción, algo para Anthony muy difícil de comprender. Tenía su miedo, pero...

Lady Jefferson era una maravillosa persona tan difícil de comprender como de odiar. Se hacía querer, pero cuando se conocía, se daba uno cuenta de que ella no era feliz con nada. Todo lo quería, todo lo deseaba, pero cuando lo tenía, lo dejaba a un lado sin importarle nada. Aun así, si alguien deseaba algo, si ella lo tenía, se lo daba.

Anthony no podía ocultar que, durante un tiempo, estuvo muy enamorado de ella. Tanto que incluso pensó en comprometerse con ella, pero esa forma suya de ser lo acabaría por volverse loco. Una persona como ella... Pero la amaba, aunque no tanto como a Sarah Rice.

—Gracias, te lo agradezco. Y lo del chico... Es una maravilla ver el hombre en el que se ha convertido, aunque lamento muchísimo lo ocurrido, supongo que mi hermano no quiere que él averigüe la verdad —dijo caminando por la habitación en dirección a la ventana que permanecía cerrada por él abrió sin problemas.

—Bueno, si lo sabe ¿no le beneficiaría? —preguntó ella únicamente por saber si debía o no guardarse las espaldas.

—No, al contrario. Eso podría causar muchos problemas, pues tu papel estaría a la luz, se sabría lo de Heather y lo de mi padre saldría a relucir, así como lo de Grace y Jane, sería un efecto muy perjudicial. Lo mejor es que no se sepa nunca —habló él con la mirada perdida en las siluetas de la noche.

Lady Jefferson dejó escapar un profundo suspiro de alivio. Eso la ayudaba, eran tantas las personas y las familias perjudicadas que el silencio era lo mejor. No le quedaba la menor duda de que, en otro tiempo, Christopher si podría levantar el propio Palacio de Buckingham en busca de la verdad, pero en ese momento, con Heather a su lado, las cosas cambiaban y los secretos podrían permanecer ocultos

como siempre lo estuvieron, y como siempre, deberían estar.

—Entonces, mejor el silencio —dijo con tranquilidad.

—Por mi parte, quiero ayudar a mi hija y a Christopher, a quien siempre he considerado mi sobrino y es para mí —añadió el con la seguridad de que ella lo comprendería, aunque en su interior, algo le decía que no, las cosas, algunas eran algo un poco más complicadas.

—Sí, lo comprendo. Por supuesto, cuenta conmigo —dijo acercándose a él por la espalda mientras dejaba caer al suelo de bata que le tapaba el camisón—. ¿Vienes ahora conmigo? —preguntó con una sensual voz, dedicada únicamente a él.

—No, esta noche no, mejor mañana u otro día —respondió, dudando de poder mantener las manos lejos de aquellos pechos tan insinuantes, tan firmes pese a los tres partos, pero tan exquisitos, por lo que se decidió a dejarla allí y bajar al salón. Si su sobrino había seguido siendo el mismo que cuando él se marchó, aún seguiría leyendo al calor de la chimenea y con la compañía de Heather.

La última vez que vio a su hija antes de marchar a Francia, ella tenía 6 años e iba de la mano de su madre con un vestido rosa, unos guantes blancos y un sombrero que hacía más bulto que ella. Y cuando la volvió a ver, era una mujer de 18 años que peleó con uñas y dientes por no casarse por dinero ni obligación. Estaba orgulloso de ella, muy orgulloso, quizás demasiado para o haber, en ningún momento, intervenido en su educación, aunque para ello ya era tarde, demasiado tarde.

Como también parecía serlo para estar levantado, pues no se veía a nadie en la casa ni se oía nada. Todo estaba en silencio y oscuro, excepto en el salón, donde la luz seguía brillando.

Entró y descubrió una escena que le pareció muy curiosa, demasiado quizás. Sonrió. Salió del lugar, se dirigió a la habitación de su hija, tomó una manta y regresó al salón, donde sentados en el sofá, dormidos, permanecían Christopher y Heather. Ella, tenía la cabeza apoyada en el hombro de él, y él, la suya en la de ella. El libro, permanecía en las manos de Christopher. Anthony sonrió mientras les cubría con la manta.

—Buenas noches —dijo con una sonrisa en voz baja, sabiendo que no iban a despertarse, pues estaban completamente dormidos en los brazos de morfeo— pequeños míos, buenas noches.

Salió del lugar y encontró a Regina. La joven le observaba con tranquilidad. Había viajado en un coche de caballos hacia el único lugar que se le había ocurrido, su amiga se marchó sin decir nada, en silencio, ella tenía que encontrarla. No hacía mucho que había llegado, de hecho, sus maletas aún se encontraban junto la puerta, el mayordomo le había abierto, pero las criadas no habían hecho su trabajo, quizás, porque todas estaban ya descansando.

—Buenas noches lady Harper —saludó—. Lamento no haber dicho donde veníamos, pero a Heather se le ocurrió cuando ya nos encontrábamos en el camino.

—Tranquilo, Heather es así, pero no pasa nada. Estese tranquilo, no estoy enfadada con nadie, únicamente estaba preocupada. Dígame una cosa ¿ella sabe la verdad? —preguntó acercándose a él.

—Sí, pero no le ha dado la menor importancia —respondió con tristeza—, algo que me tranquiliza, pues al menos no me he encontrado con un paño con lágrimas.

—No, Heather no es de esas personas. Llorar es cosa de Christopher, aunque parece que lo peor no eran las lágrimas, era el escapar —dijo Regina con tristeza—. Y no es esa la pareja que quiero para ella. Un verdadero padre no lo querría tampoco.

—Ja —dijo él con picardía—. Por favor, no intentes engañar a un viejo sabuesos como yo, es normal que pasen esas cosas, es normal huir cuando la vida te da un giro como el que él ha tenido, pero yo sé la verdad, y tú también. Me gustaría pedirte que no dijeras nada de Grace y de Jane, ese asunto no te incumbe, incumbe únicamente a ellas, y, si acaso, a tu marido.

—Pero Christopher... —dijo ella con tristeza.

—Christopher siempre será mi sobrino. Si sus padres no quieren saber de él, es problema de ellos. Heather es mi hija y él mi sobrino. Mientras yo viva, no les faltará nada. De hecho, ésta casa es de Christopher, pero soy yo quien tiene la escritura. Si no se la he dado, ha sido por el temor a que alguien hiciera algo similar a lo ocurrido —explicó con firmeza, molesto por tener que contar esa maldita verdad a alguien ajeno a la familia, desde el principio, los Harper quisieron entrar a pertenecer a la alta sociedad, pero el modo de conseguirlo le resultó muy molesto a Anthony.

—Entonces...

—Perdone lady Harper, pero ser una amiga, no es escarbar a ver que encuentra, eso, estoy seguro, ya lo sabe —sentenció él seriedad—. Y otra cosa, deje esos vestidos floridos, esos escotes provocativos y preocúpese de su esposo, él la ama, pero se marchó porque sabía que usted no le amaba, y un divorcio, lamento decirlo, no haría otra cosa que perjudicarla. Agradezca eso —replicó, antes de irse de regreso a la habitación.

—¿Perjudicarme? —preguntó, sin comprender bien que quería decir.

—Lady Harper —respondió él, tras detener sus pasos y regresar junto a ella— le aseguro que si su marido pidiera el divorcio, para usted se acabarían los vestidos ostentosos, los bailes de gala, las grandes mansiones, las meriendas... Todo cuanto tanto ama. Regresará antes de que se cumplan los siete años y le den por muerto, así usted podrá seguir con su ritmo de vida.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó entre asustada y avergonzada.

—Porque está en Francia, trabajando para mí. Ahora mismo, cuidado de mis tierras hasta mi regreso —respondió, sin indicar que era feliz con su amante y los dos hijos que había tenido con ella.

—Comprendo. Cuidaré mi comportamiento, pero os aseguro que nunca le voy a esperar, prefiero que no regrese, —sentenció seca.

—Pues regresará, os aseguro que él tampoco desea haceros daño, pero si no regresa, lo darán por muerto y el resultado para vos será el mismo, de modo que, por favor, no me pida que le diga que no venga. Usted deseaba libertad ¿no? Pues la tiene, disfrútela, pero no se pase.

—Comprendo. Lo tendré en cuenta —dijo y, en silencio, se retiró mientras Heather la escuchaba todo, con la mano en la boca. Todos sus miedos habían sido infundados, estaba segura de que las cosas eran como lo decía Christopher, pensar únicamente en ella, era lo mejor cuando no sabía en quién confiar—. Buenas noches —dijo Regina, mientras dedicaba una mirada triste a Heather. Ella, que nunca había tenido nunca la menor oportunidad, lo poseía todo, pero...

Le apartó la mirada con desdén, causando una enorme tristeza a Heather, quien dejó caer amargas lágrimas. Ella lloraba muy poco, pero cuando lo hacía, era por una traición, algo que, presentía, le volvería a pasar muy pronto, aunque no de la mano de Christopher, quien, al verla llorar, la abrazó con cariño sin saber muy bien que decirle.

Para Christopher, no había mayor dolor que verla sufrir. Comprendía los deseos de Regina, pero también comprendía el dolor de Heather. Desconocía que hacer, salvo confortarla.

—Ven conmigo, creo que tengo una idea —dijo esbozando una sonrisa que ella no pudo ver.

La llevó hasta la habitación. Cerró la puerta tras él mientras ella seguía llorando con desconsuelo. Se acercó a ella, la comenzó a desnudar con calma, despacio. No tenía ropa para ella, de modo que usó lo único que tenía a su disposición, la parte superior de un pijama. Se la puso, destapó la cama y la hizo acostarse, para luego hacer él lo mismo.

Y abrazados, en silencio, pasaron la larga noche entre ratos de paz, momentos de llanto, instantes de sonrisa y peticiones que ella susurraba tan bajo que él no podía entenderla por mucho que se esforzara en conseguirlo, por lo que se decidió a apretarla un poco más sobre su pecho y dedicarle tiernos besos y agradables caricias, mientras, sin darse cuenta, los primeros rayos del sol otoñal saludaban a los más

madrugadores, y aquellos que no pudieron dormir, así como a los que soñolientos, dormían con un ojo abierto por si su amada les reclamaba.

Pero Heather no le dijo nada a Christopher, las escasas frases que pronunció, iban dirigidas a ella misma, pues si le quedaba la más remota duda sobre si él era o no, un hombre educado, la noche le demostró que lo era con creces. No la forzó en contra de su voluntad pese a haberla desnudado, consolado y confortado.

—Gracias Christopher, gracias por estar a mi lado —dijo con una sonrisa mirándole, mientras apoyaba la barbilla en el dorso de la mano, y esta la mantenía en el pecho de él.

—No tienes nada que agradecer, si no te importa el parentesco... Yo siempre estaré a tu lado Heather, te amo —explicó dándole un beso en la frente.

—Si es contigo, no me importa el parentesco —respondió ella—. Además, lo hemos sabido hace horas, ni yo lo sabía ni tú tampoco, no somos culpables. Pero no te levantes aún, quédate por favor —dijo con una amplia sonrisa, mientras se volvía a acomodar en su pecho—. Quédate conmigo un poco más.

—Me quedaré todo el tiempo que desees amor —respondió con una sonrisa dejando escapar un suspiro por el que salieron todos los males y las penas, para dejar espacio únicamente al amor.

FIN

Palabras de la autora

Gracias por leer esta historia, os quedo muy agradecida. Escribir una saga era una aventura a la que me lancé sin pensarlo demasiado, únicamente me puse a escribir lo que sentía, pero a medida que iba escribiendo, iba disfrutando, iba profundizando un poco más, se iban enlazando las cosas... Y al final, salió esto. Una saga, ambientada en la época victoriana, de secretos donde el amor encuentra mil y una dificultades.

Esta historia es ficción, aunque los lugares mencionados existen o han existido en Londres, excepto las casas y el laberinto.

Sé que hay muchas lagunas en esta primera novela, mas varias de esas preguntas que ahora os formuláis, tendrán respuesta en la siguiente entrega de la saga, que llevará por nombre: Corazón abandonado. El protagonista será lord Anthony Blackburn.

Espero que nos volvamos a encontrar en la siguiente entrega, mientras tanto, un saludo muy cordial.